

GEORGE R.R.
MARTIN



La
ESPADA LEAL

de

Tras los fabulosos sucesos del torneo de Vado Ceniza, Dunk se consolidó como caballero y Egg obtuvo permiso para ver mundo. Ahora la errancia ha llevado a la extraña pareja a Tiesa, un lugar empobrecido que sufre una grave sequía. Además, la violencia atenaza el territorio, pues hace años que su gobernante, Ser Eustace, está enemistado con la señora de la región vecina, Fosafría. Se trata de la bella y temible *Lady Rohanne*, a quien los lugareños atribuyen crímenes infames y llaman, entre susurros, la Viuda Escarlata. El pleito pondrá a prueba la lealtad de Dunk y Egg hasta extremos que jamás habrían sospechado.

La espada leal (The Sworn Sword) es una historia corta escrita por George R. R. Martin que apareció por primera vez en 2003 y fue publicado en la antología, *Leyendas II*. Es el segundo de los *Cuentos de Dunk y Egg* y sirve como precuela a los eventos de *Canción de Hielo y Fuego*. Posteriormente, sale a la venta la novela gráfica en 2008.



George R. R. Martin

La espada leal

Los cuentos de Dunk y Egg-II

ePub r1.4

fenikz 27.07.16

Título original: *The Sworn Sword*
George R. R. Martin, 2003
Traducción: Raul Sastre Letona
Ilustración de portada: Leinil

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2



LA ESPADA LEAL

En el interior de una jaula de hierro situada en un cruce de caminos, dos cadáveres se pudrían al sol del verano.

Egg se detuvo debajo para echarles un vistazo.

—¿Quiénes pensáis que eran, *Ser*? —Su mula Maestra, agradecida por el respiro, comenzó a ramonear la seca hierba rastrera de las orillas del camino, ajena a las dos enormes cubas de vino de su lomo.

—Ladrones —dijo Dunk. Montado sobre Trueno, estaba mucho más cerca de los muertos—. Violadores. Asesinos. —Bajo ambos brazos, su vieja túnica verde presentaba manchas oscuras en forma de círculo. El cielo era azul y el sol resplandeciente y cálido, y había sudado litros desde que levantarán el campamento por la mañana.

Egg se quitó el flexible sombrero ancho de paja. Debajo, su cabeza era calva y reluciente.

Usó el sombrero para espantar a las moscas. Había cientos sobre los cadáveres, y más aún revoloteando perezosamente por el aire caliente e inmóvil.

—Debe haber sido algo malo, para que les dejaran morir dentro de una jaula.

En ocasiones, Egg podía *ser* tan sabio como cualquier maestro, pero otras veces seguía siendo un niño de diez años.

—Hay señores y señores —dijo Dunk—. Algunos no necesitan muchos motivos para dejar que un hombre muera.

La caja de hierro apenas tenía el tamaño suficiente para contener un hombre, pero dos habían sido forzados a entrar. Estaban cara a cara, con los

brazos y las piernas enredados y las espaldas contra el caliente hierro negro de los barrotes. Uno había intentado comerse al otro, por los mordiscos en su cuello y hombros. Los cuervos sí que lo habían hecho, a los dos.

Cuando Dunk y Egg habían rodeado la colina, los pájaros habían levantado el vuelo como una nube oscura, tan espesa que Maestra se había asustado.

—Quien quiera que fuesen, parecen haber muerto de hambre —dijo Dunk. Esqueletos dentro de la piel, y la piel es verde y se está pudriendo—. Debe *ser* que robaron algo de pan, o cazaron un venado en el bosque de algún noble. —Con la sequía entrando en su segundo año, la mayoría de los señores se había vuelto menos tolerante con la caza furtiva, y para empezar ninguno lo había sido demasiado.

—Pudiera *ser* que estuvieran en alguna banda de forajidos. —En Dosk, habían oído a un arpista cantar *El día en que ahorcaron a Robin el Negro*. Desde entonces, Egg veía gallardos forajidos detrás de cada arbusto.

Dunk se había encontrado con algún forajido mientras servía como escudero para el anciano. No tenía prisa por encontrarse con ninguno más. Ninguno de los que había conocido fue especialmente gallardo. Recordó a un bandido que *Ser Arlan* había ayudado a colgar, por robo de anillos. Cortaba los dedos de los hombres para conseguirlos, pero con las mujeres prefería morder. Que Dunk supiera, no había canciones en su honor. Bandidos o cazadores furtivos, no hay diferencia. Los muertos son una compañía muy pobre. Hizo caminar a Trueno alrededor de la jaula. Los ojos vacíos parecían seguirle. Uno de los cadáveres tenía la cabeza gacha y la boca abierta. No tenía lengua, observó Dunk. Supuso que los cuervos se la habrían comido. Los cuervos siempre picoteaban primero los ojos del cadáver, según había oído, pero quizá la lengua iba la segunda. O puede que un señor se la haya cortado, por algo que dijo.

Dunk se pasó los dedos por su coleta de pelo con mechas rubias. Los muertos estaban más allá de su ayuda, y tenían unas cubas de vino que llevar a Tiesa.

—¿Por dónde vinimos? —preguntó, pasando la mirada de una carretera a otra—. Me he despistado.

—Tiesa está por ahí, *Ser* —señaló Egg.

—Por ahí nos vamos, pues. Podríamos estar de regreso para el ocaso, pero no si nos sentamos aquí todo el día a contar las moscas. —Tocó a Trueno con los talones y condujo al gran corcel hacia el ramal de la izquierda. Egg volvió a ponerse el sombrero y tiró con fuerza de las bridas de Maestra. La mula dejó de mordisquear la hierba y, por una vez, siguió adelante sin discutir. *También tiene calor*, pensó Dunk, *y esas barricas de vino deben de ser pesadas*.

El sol veraniego había vuelto el camino tan duro como el ladrillo. Los surcos eran lo bastante profundos para romper la pata de un caballo, así que Dunk puso cuidado en llevar a Trueno por el terreno más elevado entre ellos. Se había torcido su propio tobillo el día que dejaron Dosk, caminando en la noche cerrada cuando más frío hacía. Un caballero tenía que aprender a vivir con achaques y dolores, solía decir el anciano. Sí muchacho, y con huesos rotos y cicatrices. Son tan parte de la caballería como tus espadas y escudos. Sin embargo, si Trueno se rompiera una pata... bueno, un caballero sin caballo ya no era un caballero.

Egg le seguía a unos cinco metros, con Maestra y los toneles de vino. El chico caminaba con un pie desnudo dentro de un surco y el otro fuera, por lo que subía y bajaba a cada paso.

Su daga descansaba en su cadera, sus botas colgaban por encima de su bolsa y su raída túnica marrón estaba enrollada y atada a su cintura. Bajo el ancho sombrero de paja, tenía el rostro manchado y sucio, y los ojos grandes y oscuros. Tenía diez años, y apenas pasaba del metro y medio de altura. Últimamente había crecido con rapidez, aunque le quedaba mucho que estirar para alcanzar a Dunk. Se parecía exactamente al mozo de cuadra que no era, y en absoluto a quien era en realidad.

Los dos hombres muertos pronto desaparecieron tras de sí, pero Dunk siguió pensando en ellos todo el rato. En aquellos tiempos, el reino estaba lleno de fueras de la ley. La sequía no tenía aspecto de finalizar, y el pueblo llano se había echado a los caminos a miles, en busca de algún lugar donde aún cayera la lluvia. Lord Cuervo de Sangre les había ordenado que regresaran a sus propias tierras y señores, pero pocos obedecieron. Muchos culpaban a Cuervo de Sangre y al rey Aerys de la sequía. Castigo de los dioses, decían, el regicida está maldito.

No obstante, si eran listos, no lo decían en voz alta. ¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?, decía el acertijo que había oído en Antigua. Un millar, y uno.

Hace seis años en el Desembarco del Rey, Dunk le había visto con sus dos ojos, montado en un caballo blanco por la Calle del Acero con cincuenta Picos de Cuervo detrás. Eso fue antes de que el rey Aerys hubiera ascendido al trono de Hierro y la Mano fuese suya, pero aún así tenía una silueta impresionante, ataviado de gris y escarlata y con Hermana Oscura a un costado. Su pálida piel y sus cabellos blancos como el hueso le hacían parecer un cadáver viviente. A lo largo de su mejilla y mentón se extendía una marca de nacimiento que se supone recordaba a un cuervo rojo, aunque Dunk sólo vio una mancha de piel descolorida con forma rara. Se le quedó mirando tanto que Cuervo de Sangre lo notó. El hechicero del rey ya se había dado la vuelta para estudiarle cuando él se marchó. Tenía sólo un ojo, y era rojo. El otro era una cuenca vacía, el regalo que Bittersteel le había hecho en Campo de Hierbarroja.

No obstante, a Dunk le había parecido que ambos ojos le habían atravesado la piel y mirado su misma alma.

A pesar del calor, el recuerdo le hizo estremecerse.

—¿*Ser*? —le llamó Egg—. ¿Os encontráis indispuerto?

—No —dijo Dunk—. Tengo tanto calor y sed como ellos. —Apuntó a los campos que había más allá del camino, donde las filas de melones se marchitaban en sus parras. A lo largo de las orillas, había matorrales de hierba que seguían aferrándose a la vida, pero los cultivos no llegaban a tanto. Dunk sabía cómo se sentían los melones. *Ser* Arlan solía decir que ningún caballero errante pasaba sed. «No mientras tenga un yelmo para atrapar la lluvia. El agua de lluvia es la mejor bebida que hay, muchacho». El viejo nunca vio un verano como éste, empero. Dunk había dejado su yelmo en Tiesa. Hacía demasiado calor y pesaba, y había poca lluvia que meter en él. ¿Qué es lo que hace un caballero errante cuando los arbustos están marrones, secos y muertos?

Quizá cuando llegaran al arroyo echarían un trago. Sonrió al pensar en lo bien que sentaría saltar directamente en él, y resurgir empapado hasta los huesos y sonriendo, con el agua bajándole por las mejillas, por el pelo

enmarañado, por la túnica pegada a la piel. Egg también querría echar un trago, aunque el chico parecía fresco y seco, más polvoriento que sudoroso.

Nunca sudaba mucho. Le gustaba el calor. En Dorne iba con el pecho casi descubierto, y se bronceó como un dorniano. Es su sangre dragón, se dijo Dunk. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un dragón sudoroso? Con gusto se hubiera quitado su propia túnica, pero no sería apropiado. Un caballero errante podía cabalgar desnudo si se le antojaba; no tenía a nadie a quien avergonzar más que a sí mismo. Era distinto cuando habías jurado tu espada. «Cuando aceptas la carne y el aguamiel de un señor, todo lo que haces se refleja en él», solía decir *Ser Arlan*. «Haz siempre más de lo que espera de ti, nunca menos. Nunca te inmutas ante cualquier tarea o dificultad. Y por encima de todo, nunca avergüences al señor al que sirves». En Tiesa, «carne y aguamiel» significa pollo y cerveza, pero el propio *Ser Eustace* comía lo mismo.

Dunk se dejó puesta la túnica, y siguió tostándose.

Ser Bennis del Escudo Pardo esperaba impaciente apoyado en el viejo puente de madera.

—Por fin volvéis —les llamó—. Tardasteis tanto que pensé que habíais huido con la plata del viejo. —Bennis estaba sentado sobre su peluda montura mascando hojamarga, lo que le hacía parecer como si tuviera la boca llena de sangre.

—Tuvimos que hacer todo el camino hasta Dosk para encontrar vino —le dijo Dunk—. Los kraken arrasaron Pequeña Dosk. Se llevaron las riquezas y las mujeres y quemaron la mitad de lo que dejaron.

—Ese Dagon Greyjoy está buscando que lo cuelguen —dijo Bennis—. Sí, ¿pero quién va a hacerlo? ¿Visteis al viejo Pellizco Pate?

—Nos dijeron que estaba muerto. Los Hombres del Hierro le mataron cuando trató de evitar que se llevaran a su hija.

—Malditos sean siete veces. —Bennis giró la cabeza y escupió—. Una vez vi a su hija. No merecía la pena morir por ella, si me lo preguntas. Ese tonto de Pate me debía media moneda de plata. —El caballero pardo estaba igual que cuando lo dejaron; aún peor, seguía oliendo igual. Llevaba puesto el mismo atuendo todos los días: calzones marrones, una túnica basta sin forma, botas de piel de caballo. Cuando se armaba se ataviaba con un peto marrón holgado sobre una cota de malla roñosa. El cinturón de su espada era un cordón de cuero endurecido, y su rostro lleno de cicatrices podría muy bien estar hecho del mismo material. Su cabeza parece uno de aquellos melones arrugados que pasamos. Incluso sus dientes eran marrones, bajo las manchas rojizas de la hojamarga que tanto le gustaba masticar. Sus ojos destacaban en medio de todo aquel tono pardo: eran verde claro, pequeños y

bizcos, muy juntos, y brillaban con malicia—. Sólo dos barricas —observó—. *Ser Inútil* quería cuatro.

—Tuvimos suerte de encontrar dos —replicó Dunk—. La sequía ha alcanzado también el Rejo. Oímos que las uvas se vuelven pasas en las parras, y que los Hombres de Hierro han estado saqueando...

—¿*Ser*? —le interrumpió Egg—. No hay agua.

Dunk había estado tan concentrado en Bennis que no se había dado cuenta. Bajo las combadas planchas de madera del puente sólo quedaban piedras y arena.

—Qué extraño. El riachuelo estaba bajo cuando nos marchamos, pero corría.

Bennis rió. Tenía dos tipos de risa. En ocasiones cloqueaba como un pollo, y otras veces bramaba más alto que la mula de Egg. Esta era su risa de pollo.

—Se secó mientras estabais ausentes, supongo. Es lo que tiene una sequía.

Dunk estaba decepcionado.

—En fin, ahora no podré remojarme. —Saltó hasta el suelo—. ¿Qué va a ocurrir con los cultivos?

La mitad de los pozos del Dominio se habían secado, y todos los ríos tenían poco caudal, incluso el Aguasnegras y el Mander.

—Un asunto desagradable, lo del agua —dijo Bennis—. Una vez bebí un poco, eché hasta la primera papilla. El vino es mejor.

—No para la avena. Ni para la cebada. Ni para las zanahorias, las cebollas, las coles... Hasta las uvas necesitan agua. —Dunk sacudió la cabeza—. ¿Cómo se ha secado tan rápido? Sólo hemos estado fuera seis días.

—Para empezar, no había mucha agua ya, Dunk. Hace un momento, he meado un arroyo más caudaloso que éste.

—Dunk no —dijo Dunk—. Ya te lo había dicho. —Se preguntó por qué se molestaba. Bennis era un hombre malhablado, y le encantaba la burla—. Me llaman *Ser Duncan* el Alto.

—¿Quién? ¿Tu cachorro calvo? —Miró a Egg y se rió con su carcajada de pollo—. Eres más alto que cuando estabas en Pennytree, pero para mí sigues siendo Dunk.

Dunk se frotó la nuca y miró las rocas de debajo.

—¿Qué podemos hacer?

—Lleva a casa el vino, y dile a *Ser Inútil* que su arroyo se ha secado. El pozo de Tiesa aún funciona; no se morirá de sed.

—No le llames inútil. —Dunk le tenía aprecio al viejo caballero—. Duermes bajo su techo, muéstrale algo de respeto.

—Tú le respetas por nosotros dos, Dunk —dijo Bennis—. Le llamaré como quiera.

Los tablones de color gris plata crujieron pesadamente cuando Dunk salió del puente, mirando con el ceño fruncido las piedras y la arena de debajo. Entre las rocas brillaban algunos charcos marrones, pero ninguno más grande que su mano, según advirtió.

—Peces muertos, allí y allí, ¿los ves? —Su olor le recordó los cadáveres del cruce de caminos.

—Los veo, *Ser* —dijo Egg.

Dunk saltó al cauce, se acuclilló y le dio vuelta a una piedra. Seca y caliente por arriba, húmeda y barrosa por debajo.

—El agua no puede haberse ido hace mucho. —Se puso en pie y arrojó la piedra a la orilla, donde golpeó en un saliente que se desmenuzó en una nube de polvo seco parduzco—. El terreno está resquebrajado en las orillas, pero blando y húmedo en el centro. Esos peces estaban vivos ayer.

—Dunk el Tocho, recuerdo que solía llamarte Pennytree. —*Ser Bennis* escupió una hoja de hojamarga sobre las piedras. A la luz del sol, brilló rojo y viscoso—. Los tochos no deberían pensar, sus cabezas son demasiado gordas para ello.

Dunk el Tocho, la mollera tan dura como la muralla de un castillo. Mas las palabras de *Ser Arlan* eran afectuosas. Había sido un hombre amable, incluso en las reprimendas. En boca de *Ser Bennis* del Escudo Pardo sonaban diferentes.

—*Ser Arlan* lleva muerto dos años —dijo Dunk— y soy *Ser Duncan* el Alto. —Estuvo casi tentado de cruzar la cara marrón del caballero de un puñetazo, y reducir a astillas aquellos rojizos dientes podridos. Bennis del Escudo Pardo podría *ser* una pieza de cuidado, pero Dunk le sacaba casi medio metro y veinticinco kilos. Quizá fuese un tocho, pero era fuerte. A

veces parecía como si hubiera aporreado con la cabeza la mitad de las puertas de Poniente, por no mencionar las vigas de todas las tabernas desde Dorne hasta El Cuello. Aemon, el hermano de Egg, le había medido en Antigua, y pasaba varios centímetros de los dos metros, pero eso fue hace dos años. Habría crecido desde entonces. Crecer era la única cosa que Dunk hacía realmente bien, como solía decir el anciano.

Volvió donde estaba Trueno y se montó de nuevo.

—Egg, regresa a Tiesa con el vino. Voy a ver qué ha pasado con el agua.

—Los arroyos se secan de cuando en cuando —dijo Bennis.

—Sólo quiero echar un vistazo...

—¿Como cuando has mirado debajo de esa piedra? No deberías ir dando vuelta a las rocas, tocho. Nunca se sabe lo que puede reptar debajo. Tenemos unos preciosos jergones de paja en Tiesa. Hay huevos la mayoría de los días, y poco más que hacer que escuchar a *Ser Inútil* divagar acerca de lo fabuloso que solía *ser*. Déjalo estar, te digo. El arroyo se secó, eso es todo.

Si había algo que fuese Dunk, era testarudo.

—*Ser Eustace* está esperando ese vino —le dijo a Egg—. Dile a dónde he ido.

—Así lo haré, *Ser*. —Egg le dio un tirón a la brida de Maestra. La mula alzó las orejas, pero se puso otra vez en camino a la primera. Quiere librarse de los toneles de vino de su lomo. Dunk no podía culparla.

El arroyo fluía hacia el norte y el este cuando no estaba seco, así que guió a Trueno hacia el sur y el oeste. No había avanzado doce metros cuando Bennis lo alcanzó.

—Será mejor que vaya para cuidar que no te quedes tirado. —Se metió una hoja fresca de hojamarga en la boca—. Pasado ese grupo de sauces, la orilla derecha es terreno de arañas.

—Me quedaré en nuestro lado. —Dunk no quería problemas con la Señora de Fosafría. En Tiesa se oían cosas terribles sobre ella. La Viuda Escarlata, le llamaban por la cantidad de esposos que había enterrado. El viejo Sam Encorvado decía que era una bruja, una envenenadora, y cosas peores. Hace dos años había ordenado a sus caballeros que cruzaran el arroyo para ajusticiar a un campesino de Osgrey por robar ovejas.

—Cuando mi señor fue hasta Fosafría para pedir su liberación, le dijeron

que le buscara en el fondo del foso —había dicho Sam—. Habían metido al pobre Dake en un saco de piedras y le habían hundido. Por eso después *Ser* Eustace tomó a su servicio a *Ser* Bennis, para mantener a las arañas fuera de sus tierras.

Trueno mantenía un lento trotecillo rítmico bajo el sol abrasador. El cielo era azul y estaba despejado, ni una señal de nubes se mirase donde se mirase. El curso del arroyo dibujaba meandros alrededor de rocosos oteros y sauces melancólicos, a través de desnudas colinas ocre y campos de grano seco, o en proceso. Una hora río arriba desde el puente, se encontraron cabalgando en el lindero del pequeño bosque de Osgrey llamado Bosque Cerradón. La fronda parecía invitarles desde lejos, y llenó la cabeza de Dunk con pensamientos de cañadas sombrías y arroyos cantarines, pero cuando alcanzaron los árboles vieron que estaban resecos y débiles, con las ramas caídas. Algunos de los grandes robles perdían hojas, y la mitad de los pinos se habían vuelto tan pardos como *Ser Bennis*, con círculos de agujas muertas alrededor de sus troncos. *Cada vez peor*, pensó Dunk. *Una chispa, y todo eso arderá como la yesca.*

Por el momento, no obstante, el enmarañado follaje que jalonaba el río Jaquel seguía espeso y lleno de zarzas, ortigas y tallos de espino blanco y sauces jóvenes. En lugar de atravesarlo, cruzaron el cauce seco hasta la orilla de Fosafría, donde habían talado los árboles para convertirla en pastizales. Entre los parches marrones de hierba y la moribunda maleza, pastaban unas cuantas ovejas de morro negro.

—Nunca conocí un animal más estúpido que la oveja —comentó *Ser Bennis*—. Seguro que son parientes tuyas, ¿eh, tocho? —Cuando Dunk no replicó, se rió de nuevo con la risa de pollo.

Dos kilómetros al sur después, llegaron a la presa.

No era tan grande como suelen *ser* tales ingenios, pero parecía sólido. Habían construido a través del río dos robustas barricadas de madera de orilla

a orilla, fabricadas a partir de troncos de los árboles con la corteza sin pulir. El espacio entre ellos estaba lleno de rocas y tierra apisonada. Detrás del dique, la corriente rebosaba las orillas y se derramaba en una acequia que transcurría por los campos de *lady* Webber. Dunk se elevó sobre sus estribos para mirar mejor. El reflejo del sol en el agua traicionó una serie de canales menores que corrían en todas direcciones como una telaraña. Están robando nuestro arroyo. Aquella vista le llenó de indignación, en especial cuando entendió que los árboles habían sido talados con seguridad en el Cerradón.

—Mira la que has armado, tocho —dijo Bennis—. No podías dejar que el arroyo se secara, no. Todo esto empieza con agua, pero acabará con sangre. La tuya y la mía, probablemente. —El caballero pardo sacó su espada—. Bueno, ahora no hay forma de evitarlo. Allí están tus tres veces malditos excavadores. Será mejor que les metamos un poco de miedo. —Azuzó su montura con las espuelas y galopó por el campo.

Dunk no tuvo más opción que seguirlo. La espada larga de *Ser* Arlan colgaba de su cadera, un buen pedazo recto de acero. Si esos excavadores de canales tienen un mínimo de sentido común, echarán a correr. Las pezuñas de Trueno levantaban terrones del suelo.

Un hombre dejó caer la pala a la vista de los caballeros recién llegados, pero eso fue todo. Eran una veintena de obreros, bajos y altos, viejos y jóvenes, todos ellos tiznados por el sol. Formaron una fila irregular mientras Bennis aflojaba la marcha, y sostenían sus picas y palas.

—Estas son tierras de Fosafría —gritó uno.

—Y este es el arroyo de Osgrey. —Bennis apuntó con su espada larga—. ¿Quién ha levantado ese maldito dique?

—El maestre Cerrick —dijo uno de los jóvenes excavadores.

—No —le rebatió un hombre más viejo—. Ese cachorro cano apuntó aquí y dijo haced tal y cual, pero fuimos nosotros quienes lo hicimos.

—Entonces ya estáis deshaciéndolo de una condenada vez.

Los ojos de los excavadores eran hoscos y desafiantes. Uno se enjugó el sudor de la frente con el reverso de la mano. Nadie habló.

—Vosotros, grupo, no oís muy bien —dijo Bennis—. ¿Queréis que rebane una o dos orejas? ¿Quién va primero?

—Esto es territorio Webber. —El viejo excavador era un tipo escuálido,

encorvado y terco—. No tenéis derecho a estar aquí. Rebana una sola oreja y mi señora te meterá en un saco.

Bennis se aproximó.

—No veo ninguna señora por aquí, sólo un campesino lenguaraz. —Apoyó la punta de su espada sobre el moreno pecho desnudo del excavador, lo suficiente para extraer una gota de sangre.

Está yendo demasiado lejos.

—Levanta la espada —le avisó Dunk—. Esto no es cosa de ellos. Ese maestro les asignó la tarea.

—Es para los cultivos, *Ser* —dijo un excavador con orejas de soplillo—. El trigo se muere, dijo el maestro. También los perales.

—Bueno, puede que mueran los perales, o puede que vosotros.

—Tu charla no nos asusta —dijo el anciano.

—¿No? —Bennis hizo volar su espada, abriendo la mejilla del viejo desde la oreja hasta la mandíbula—. He dicho que o los perales o vosotros. —La sangre del campesino corría escarlata por un lado de su rostro.

No debería haber hecho eso. Dunk tuvo que tragarse su rabia. Bennis estaba de su parte en aquello.

—Marchaos de aquí —le gritó a los excavadores—. Volved al castillo de vuestra señora.

—Corred —les urgió *Ser* Bennis.

Tres de ellos dejaron caer sus aperos e hicieron justamente eso, correr por los campos. Pero otro hombre, fornido y quemado por el sol, levantó un pico y dijo:

—Sólo son dos.

—Palas contra espadas es una lucha de tontos, Jorgen —dijo el anciano sujetándose la cara. La sangre rezumaba entre sus dedos—. Esto no va a quedar así. No creáis lo contrario.

—Una palabra más, y yo seré tu fin.

—No queríamos hacer daño a nadie —dijo Dunk, ante el rostro ensangrentado del viejo—. Todo lo que queremos es nuestra agua. Decidle eso a vuestra señora.

—Oh, se lo diremos, *Ser* —prometió el hombre musculoso, aún aferrado al pico—. Eso haremos.

En el camino hacia casa atajaron a través del corazón del Bosque Cerradón, agradecidos por la escasa sombra que les daban los árboles. A pesar de todo, se estaban asando. Se suponía que había ciervos en el bosque, pero los únicos seres vivos que vieron fueron las moscas. Zumbaban sobre la cara de Dunk mientras cabalgaban, y andaban alrededor de los ojos de Trueno, irritando hasta su límite al gran caballo de guerra. El aire estaba parado y era sofocante. Al menos en Dorne los días eran secos, y por la noche hacía tanto frío que temblaba dentro de mi capa. En el Dominio las noches apenas eran más frías que los días, incluso tan al norte.

Cuando se agachaban bajo una rama, Dunk arrancó una hoja y la arrugó entre los dedos. Se deshizo en su mano como un pergamino de mil años.

—No había necesidad de herir a aquel hombre —le dijo a Bennis.

—No fue más que una caricia en la mejilla, para enseñarle a dominar su lengua. Debería haberle rebanado el maldito pescuezo, sólo así el resto hubiera corrido como conejos, y hubiéramos tenido que cazarlos.

—¿Matarías a veinte hombres? —dijo Dunk, incrédulo.

—Veintidós. Dos más que todos los dedos de tus pies y manos, tocho. Tienes que matarlos a todos, o irán contando historias. —Rodearon un risco—. Le hubiéramos dicho a *Ser Inútil* que la sequía evaporó su arroyo de orina.

—*Ser Eustace*. Le hubieras mentido.

—Sí, ¿y por qué no? ¿Quién va a contarle una historia diferente? ¿Las moscas? —Bennis sonrió con una mueca roja y húmeda—. *Ser Inútil* nunca deja la torre, excepto para ver a los muchachos abajo en las moreras.

—Una espada leal le debe a su señor la verdad.

—Hay verdades y verdades, tocho. Algunas no sirven. —Escupió—. Los dioses crean las sequías. Un hombre no puede hacer ni una maldita cosa contra los dioses. La Viuda Escarlata, en cambio... Si le decimos a Inútil que esa perra se llevó su agua, se sentirá obligado por honor a recuperarla. Espera y verás. Pensará que tiene que hacer algo.

—Debería. Nuestro pueblo necesita el agua para sus cultivos.

—¿Nuestro pueblo? —*Ser Bennis* soltó su risa rebuzno—. ¿Estaba yo echando una cagada cuando *Ser Inútil* te nombró su heredero? ¿Cuántos campesinos crees que posees? ¿Diez? Eso contando al imbécil del hijo de Bizco Jeyne, que no sabe qué extremo del hacha coger. Ve y nómbralos caballeros a todos, y tendremos la mitad de los que tiene la Viuda, sin contar sus escuderos, sus arqueros y el resto. Necesitarías ambas manos y ambos pies para contarlos a todos, y también los de tu chico calvo.

—No necesito los dedos de los pies para contar. —Dunk se sentía mareado por el calor, las moscas y la compañía del caballero pardo. Puede que él haya cabalgado con *Ser Arlan* una vez, pero eso fue hace años. El tipo se ha vuelto malhablado, falso y cobarde. Clavó los talones en su caballo y trotó en cabeza, para dejar el olor tras de sí.

Tiesa era un castillo sólo por cortesía. Aunque se alzaba con valentía sobre una colina rocosa y podía *ser* visto desde varios kilómetros a la redonda, no era más que una torre. Un derrumbamiento parcial hace unos siglos requirió de algo de reparación, por lo cual las caras norte y oeste eran de piedra gris claro por encima de las ventanas, y de vieja piedra negra por debajo. Durante las obras, habían añadido torreones al tejado, pero sólo en las partes nuevas; en las otras dos esquinas se agazapaban unas antiguas gárgolas de piedra, tan erosionadas por el viento y las inclemencias que era difícil decir lo que representaban. El tejado de madera de pino era plano, pero mal urdido, por lo que era propenso a las goteras.

Una senda retorcida llevaba desde el pie de la colina hasta la torre, tan estrecha que sólo se podía recorrer en fila india. Dunk abrió la marcha durante el ascenso, con Bennis justo detrás.

Podía ver a Egg sobre ellos, de pie sobre un saliente de roca con su sombrero de paja.

Tiraron de sus riendas en frente del pequeño establo lleno de zarzas y barro que se hallaba al pie de la torre, medio oculto bajo una informe masa de musgo púrpura. El grisáceo caballo castrado del anciano estaba en uno de los pesebres, al lado de Maestra. Egg y Sam Encorvado habían metido ya el vino, al parecer. Las gallinas vagaban por el corral. Egg se acercó correteando.

—¿Encontrasteis lo que le ocurría al arroyo?

—La Viuda Escarlata se lo había cargado. —Dunk desmontó, y le dio las riendas de Trueno a Egg—. No dejes que beba demasiado de una vez.

—No, *Ser*, no lo haré.

—Chico —le llamó *Ser* Bennis—. También puedes coger mi caballo.

Egg le lanzó una mirada insolente.

—No soy vuestro escudero.

Esa lengua suya le hará daño algún día, pensó Dunk.

—Te ocuparás de su caballo, o te llevarás un tortazo en la oreja.

Egg puso gesto huraño, pero hizo lo que le ordenaban. Sin embargo, mientras se estiraba para coger la brida, *Ser Bennis* carraspeó y escupió. Un pegote de brillantes flemas rojas alcanzaron al muchacho entre dos dedos de los pies. Éste le dedicó al caballero pardo una mirada gélida.

—Escupisteis en mi pie, *Ser*.

Bennis saltó al suelo.

—Sí. La próxima vez te escupiré en la cara. Así no oiré nada de tu maldita lengua.

Dunk podía ver la ira en los ojos del chico.

—Atiende a los caballos, Egg —le dijo, antes de que las cosas se pusieran peor—. Tenemos que hablar con *Ser Eustace*.

La única entrada a Tiesa era a través de una puerta de roble y hierro seis metros por encima de donde estaban. Los escalones que llevaban a ella eran bloques de piedra negra pulida, tan usados que estaban combados por el medio. Más arriba, daban paso a un tramo de escalones de madera que podían abatirse como un puente colgante si había problemas. Dunk apartó las gallinas a un lado con su bota y ascendió de dos en dos los escalones.

Tiesa era más grande de lo que parecía. Sus profundas criptas y celdas ocupaban buena parte de la colina en la que se asentaba. Sobre el suelo, la torre se elevaba cuatro plantas. Las dos superiores tenían ventanas y balcones, y las dos inferiores sólo aspilleras. Hacía fresco en el interior, pero había tanta penumbra que Dunk tuvo que dejar que sus ojos se acostumbraran. La esposa de Sam Encorvado estaba de rodillas junto a la chimenea, recogiendo las cenizas.

—¿Está *Ser Eustace* arriba o abajo? —le preguntó Dunk.

—Arriba, *Ser*. —La vieja mujer estaban tan jorobada que tenía la cabeza más abajo que los hombros—. Acaba de llegar de visitar a los muchachos, abajo en las moreras.

Los muchachos eran los hijos de Eustace Osgrey: Edwyn, Harrold y Addam. Edwyn y Harrold habían sido caballeros, y Addam un joven

escudero. Habían muerto en Campo de Hierbarroja hace quince años, al final de la Rebelión de Fuegoscurio.

—Tuvieron buenas muertes, luchando con valentía por el Rey —le había dicho *Ser Eustace* a Dunk—, y les traje a casa para enterrarlos entre las moreras. —Su esposa también estaba allí enterrada. Cada vez que el anciano abría una nueva barrica de vino, bajaba la colina para ofrecer a cada uno de ellos una libación—. ¡Por el rey! —Solía gritar, justo antes de beber.

El dormitorio de *Ser Eustace* ocupaba la cuarta planta de la torre, justo sobre su sala de estar. Dunk sabía que ahí sería donde lo encontrarían, paseándose entre los cofres y los toneles. Las gruesas paredes grises de la sala de estar estaban repletas de armas oxidadas y estandartes capturados, premios de batallas luchadas hace siglos, y recordadas ahora por nadie excepto *Ser Eustace*. La mitad de los estandartes estaban mohosos, y todos estaban descoloridos y cubiertos de polvo, convertidos los brillantes colores de antes en verde y gris.

Ser Eustace le estaba quitando el polvo a un escudo roto con un trapo cuando Dunk subió las escaleras. Bennis le seguía pisándole los talones. Los ojos del viejo caballero parecieron iluminarse un poco a la vista de Dunk.

—Mi buen gigante —declaró— y el valiente *Ser Bennis*. Venid y echadle un vistazo a esto. Lo encontré en el fondo de ese baúl. Un tesoro, aunque me temo que estropeado.

Era un escudo, o lo que quedaba de él. Poca cosa. Casi la mitad había sido cortada, y el resto estaba astillado y grisáceo. Los bordes de hierro eran puro óxido, y la madera estaba llena de agujeros de polilla. Unas pocas escamas de pintura seguían allí, pero demasiado escasas para sugerir un blasón.

—Mi señor —dijo Dunk. Los Osgrey no habían sido señores hace siglos, aunque a *Ser Eustace* le placía hacerse llamar así, rememorando las pasadas glorias de su Casa—. ¿Qué es eso?

—El escudo del Pequeño León. —El anciano frotó el borde, y algunas escamas de óxido se desprendieron—. *Ser Wilbert Osgrey* llevaba esto en la batalla donde pereció. Seguro que conoces la historia.

—No, mi señor —dijo Bennis—. Resulta que no. ¿El Pequeño León, decís? ¿Es que era un enano o algo así?

—Por supuesto que no. —Los bigotes del viejo caballero temblaron—. *Ser Wilbert* era un hombre alto y poderoso, y un gran caballero. Le pusieron ese apodo en su infancia, por *ser* el menor de cinco hermanos. En su época, aún había siete reyes en los Siete Reinos, y Altojardín y la Roca solían estar en guerra. Los reyes verdes nos gobernaban entonces, los jardineses.

»Llevaban la sangre del viejo Garth Manoverde, y su estandarte real era una mano verde sobre un campo blanco. Gyles el Tercero llevó sus emblemas al este, para luchar contra el Rey Tormenta, y los hermanos de Wilbert fueron con él, porque en aquellos días el león jaquelado ondeaba junto a la mano verde cuando el Rey del Dominio iba a la batalla.

»Sin embargo, resulta que mientras el rey Gyles estaba fuera, el Rey de la Roca vio su oportunidad de morder un bocado del Dominio, así que reunió una hueste de hombres y cayó sobre nosotros. Los Osgrey éramos los Alguaciles de la Frontera del Norte, por lo que el Pequeño León se enfrentó a ellos. Era el cuarto rey Lancel quien comandaba a los Lannister, creo recordar, o quizá el quinto. *Ser Wilbert* bloqueó el paso del rey Lancel, y le dio el alto.

»*Ni un paso más*, le dijo. *Aquí no eres bienvenido. Te prohíbo que pongas un pie en el Dominio.* Pero el Lannister ordenó a todos sus banderizos que avanzaran.

»Combatieron durante medio día, el león de oro y el jaquelado. El Lannister iba armado con una espada valyria que ninguna hoja común podía igualar, así que el Pequeño León estaba acorralado, con el escudo en las últimas. Al final, sangrante a causa de una docena de malas heridas y con su propia espada quebrada en la mano, se arrojó de cabeza contra su enemigo. El rey Lancel le cortó casi por la mitad, dicen los bardos, pero mientras moría el Pequeño León encontró un hueco en la armadura del rey, debajo del brazo, y le clavó su daga.

»Cuando su rey murió, sus hombres dieron la vuelta, y el Dominio se salvó».

El anciano acariciaba el escudo roto con tanta ternura como si hubiera sido un niño.

—Sí, mi señor —carraspeó Bennis—, nos vendría muy bien un hombre como ese hoy en día. Dunk y yo le hemos echado un vistazo a vuestro arroyo,

señor. Seco como un hueso, y no por culpa de la sequía.

El viejo puso el escudo a un lado.

—Contadme. —Tomó asiento, y les indicó que hicieran lo mismo. Mientras el caballero pardo se sumergía en la historia, él escuchaba con atención, con la barbilla alta y los hombros echados hacia atrás, tan tieso como una lanza.

En su juventud, *Ser Eustace Osgrey* debía haber sido la viva imagen de la caballería, alto, musculoso y apuesto. El tiempo y las penas le habían transformado, pero seguía siendo un hombre enderezado, de constitución fuerte, hombros anchos y pecho como un tonel, con los rasgos tan firmes y afilados como los de una vieja águila. Su pelo cortado casi al rape se había vuelto blanco como la leche, pero el espeso mostacho que ocultaba su boca permanecía de un color gris ceniza. Sus cejas eran del mismo color, y los ojos de debajo de un tono grisáceo más pálido, y estaban llenos de tristeza.

Parecieron ponerse aún más tristes cuando Bennis mencionó lo de la presa.

—Ese arroyo ha sido conocido como el Jaquel durante mil años o más —dijo el anciano caballero—. Pescaba peces allí cuando era un niño, y todos mis hijos igual. A *Alysanne* le gustaba chapotear en los bajíos en los días calurosos de verano como éste. —*Alysanne* había sido su hija, fallecida en primavera—. Fue a orillas del Jaquel cuando besé a una chica por vez primera. Una prima mía, la hija menor de mi tío, de los *Osgrey* de Lago Frondoso. Todos han muerto ya, incluida ella. —Sus bigotes temblaron—. Esto es inadmisibile. Esa mujer no tendrá mi agua. No se llevará mi Jaquel.

—El dique es resistente, mi señor —advirtió *Ser Bennis*—. Lo bastante fuerte como para que *Ser Dunk* y yo tardemos una hora en echarlo abajo, incluso con la ayuda del chico calvo. Necesitaremos cuerdas, picos y hachas, y una docena de hombres. Y eso sólo para el trabajo, sin contar la lucha.

Ser Eustace miraba el escudo del Pequeño León. *Dunk* se aclaró la garganta.

—Mi señor, al respecto de este tema, cuando llegamos hasta los excavadores, bueno...

—*Dunk*, no molestes a mi señor con pequeñeces —dijo *Bennis*—. Le di una lección a un idiota, eso es todo.

Ser Eustace levantó la mirada con rapidez.

—¿Qué tipo de lección?

—Con mi espada, por así decirlo. Un pequeño tajo en su mejilla, eso fue todo, mi señor.

El anciano caballero le miró durante largo rato.

—Eso... eso fue irreflexivo, *Ser*. La mujer tiene el corazón de una araña. Asesinó a tres de sus maridos. Y todos sus hermanos murieron en pañales. Cinco, nada menos. O seis, quizá, no lo recuerdo. Se interponían entre ella y el castillo. Le arrancaría la piel a latigazos a cualquier campesino que le disgustara, no lo dudo, pero a vos por cortarle a uno... No, ella no resistirá semejante insulto. Sin duda. Vendrá por vos y por Lim.

—Dake, mi señor —dijo *Ser* Bennis—. Os ruego me disculpéis, vosotros le conocíais y yo no, pero su nombre era Dake.

—Si os place, mi señor, yo podría ir a Sotodeoro y contarle a lord Rowan lo de ese dique —dijo Dunk. Rowan era el señor feudal del viejo caballero. La Viuda Escarlata también obtenía sus tierras de él.

—¿Rowan? No, no buscaremos ayuda ahí. La hermana de lord Rowan se casó con la prima de Wyman, Wendell, así que es pariente de la Viuda Escarlata. Además, no me aprecia. *Ser* Duncan, mañana recorreréis todos mis poblados, y reclutaréis a todo hombre capaz en edad de luchar. Estoy viejo, pero no muerto. ¡Esa mujer descubrirá pronto que el león jaquelado aún tiene garras!

Dos, pensó Dunk, lóbrego, y yo soy una de ellas.

Las tierras de *Ser Eustace* abastecían tres pequeños pueblos, ninguno de más de un puñado de casuchas. La más grande presumía de tener un septo de una sola estancia con techo de paja y burdas representaciones a carboncillo de los Siete sobre las paredes. Mudge, un porquero jorobado que estuvo un tiempo en Antigua, oficiaba allí cada séptimo día. Dos veces al año, un verdadero septon venía para perdonar los pecados en nombre de la Madre. Los habitantes estaban encantados del perdón, pero del mismo modo odiaban las visitas del cura, ya que tenían que darle de comer.

No parecieron más contentos de la visión de Dunk y Egg. Dunk era conocido en los pueblos por *ser* el nuevo caballero de *Ser Eustace*, pero no le ofrecieron más de un cuenco de agua. La mayoría de los hombres estaba en los campos, así que eran casi todo mujeres y niños los que salieron de las casuchas a su llegada, además de algunos abuelos demasiado enfermos para trabajar. Egg portaba el estandarte de Osgrey, el león jaquelado verde y oro, rampante sobre campo blanco.

—Venimos de Tiesa con una citación de *Ser Eustace* —le dijo Dunk a los aldeanos—. Se ordena a todo hombre capaz, de edad entre quince y cincuenta, a asistir a la torre mañana.

—¿Hay guerra? —preguntó una mujer delgada, con dos niños escondidos detrás de su falda y un bebé mamando de su abultado pecho—. ¿Ha vuelto el dragón negro?

—No se trata de dragones, ni negros ni rojos —le dijo Dunk—. Esto es entre el león jaquelado y las arañas. La Viuda Escarlata se ha llevado vuestra agua.

La mujer asintió, aunque pareció recelosa cuando Egg se quitó el

sombrero para abanicarse la cara.

—Ese chico no tiene pelo. ¿Está enfermo?

—Estoy afeitado —dijo Egg. Volvió a colocarse el sombrero, tiró de la brida de Maestra, y se alejó trotando lentamente.

El chaval está hoy de un humor susceptible. Apenas había dicho una palabra desde que salieron. Dunk le dio a Trueno un toque de espuelas y pronto alcanzó a la mula.

—¿Estás enfadado porque no me puse de tu parte contra *Ser Bennis* esta mañana? —preguntó a su huraño escudero mientras se dirigían a la siguiente aldea—. El tipo no me gusta más que a ti, pero él es un caballero. Deberías hablarle con cortesía.

—Soy tu escudero, no el suyo —dijo el chico—. Es un guarro y un maleducado, y me da pellizcos.

Si tuviera una pista de quién eres, se mearía encima antes de ponerte un dedo encima.

—También solía meterse conmigo. —Dunk había olvidado aquello hasta que las palabras de Egg se lo trajeron a la memoria. *Ser Bennis* y *Ser Arlan* estaban en el grupo de caballeros contratado por un mercader dorniano para que le protegieran en su viaje desde Lannisport hasta el Paso del Príncipe. Dunk no era mayor que Egg, aunque si más alto. Me pinchaba debajo del brazo tan fuerte que dejaba moratón. Sus dedos parecían pinzas de hierro, pero nunca se lo dije a *Ser Arlan*. Uno de los otros caballeros había desaparecido cerca de Sept Pétreo, y se rumoreaba que Bennis le había destripado en una riña—. Si te vuelve a pellizcar, dímelo y acabaré con ello. Hasta entonces, no te cuesta mucho atender su caballo.

—Alguien tiene que hacerlo —concedió Egg—. Bennis nunca lo cepilla. Nunca limpia su pesebre. ¡Ni siquiera le ha puesto nombre!

—Algunos caballeros nunca le ponen nombre a sus caballos —le dijo Dunk—. De ese modo, cuando éstos mueren en batalla, la pena no es tan grande. Siempre hay otros caballos, pero es duro perder a un amigo leal. —O así le decía el anciano, aunque jamás siguió su consejo. Le ponía nombre a todo caballo que tuvo. Al igual que Dunk—. Veremos cuántos hombres van a la torre... pero ya sean cinco o cincuenta, tendrás que hacerlo por ellos también.

Egg parecía indignado.

—¿Tengo que servir a los plebeyos?

—Servir no. Ayudar. Necesitamos convertirlos en soldados. —Si la Viuda Escarlata nos da tiempo suficiente—. Si los dioses se portan, algunos habrán recibido instrucción antes, pero la mayoría estarán verdes como la hierba de verano, más acostumbrados a empuñar azadas que lanzas. Aun así, llegará el día en que nuestras vidas dependan de ellos. ¿Cuántos años tenías tú cuando empuñaste una espada por primera vez?

—Era pequeño, *Ser*. La espada era de madera.

—Los chicos corrientes también pelean con espadas de madera, sólo que las suyas son palos y ramas rotas. Egg, esos hombres pueden parecerte inferiores. No sabrán el nombre apropiado de las partes de una armadura, ni los blasones de las diferentes casas, ni qué rey abolió el derecho de pernada... pero trátalos con respeto, como a iguales. Tú eres un escudero nacido con sangre noble, pero sigues siendo un niño. La mayoría serán hombres maduros. Un hombre tiene su orgullo, no importa lo bajo de su cuna. Tú parecerías igual de tonto y perdido en sus aldeas. Y si lo dudas, vete y cava una zanja y pastorea una oveja, y dime los nombres de todas las hierbas y flores del Bosque Cerradón.

El chico lo pensó por un momento.

—Puedo enseñarles los blasones de las grandes casas, y cómo la reina Alysanne convenció al rey Jaehaerys para abolir el derecho de pernada. Y ellos pueden enseñarme qué hierbas son las mejores para fabricar venenos, y si esas bayas verdes son comestibles.

—Pueden —concedió Dunk—, pero antes de que llegues al rey Jaehaerys, será mejor que nos ayudes a mostrarles como se usa una lanza. Y no comas nada que Maestra no comería.

Al día siguiente, una docena de guerreros en potencia llegaron a Tiesa y se reunieron junto a los pollos. Uno era demasiado viejo, dos demasiado jóvenes, y otro un chico delgaducho que resultó *ser* delgaducha. Dunk los mandó de vuelta a sus aldeas, dejando ocho: tres Wat, dos Will, un Lim, un Pate y Gran Rob el Cenutrio. Lo siento mucho, no pudo evitar pensar.

Los muchachos campesinos fornidos y apuestos que ganaban los corazones de las damas de alta cuna en las canciones no se veían por ninguna parte. Cada uno era más mugriento que el anterior. Lim tenía lo menos cincuenta, y Pate tenía los ojos llorosos; eran los dos únicos que habían sido instruidos hace tiempo. Ambos habían ido con *Ser* Eustace y sus hijos a luchar en la Rebelión de Fuegoscurio. Los otros seis estaban tan verdes como Dunk había temido. Los ocho tenían piojos. Dos de los Wat eran hermanos.

—Supongo que tu madre no sabía otro nombre —dijo Bennis, cloqueando.

En cuanto a las armas, trajeron una guadaña, tres azadas, un viejo cuchillo y algunos garrotes gruesos de madera. Lim tenía un palo afilado que podría servir de lanza, y uno de los Will confesó *ser* habilidoso en el lanzamiento de piedras.

—Bien, bien —dijo Bennis—, tenemos con nosotros a un maldito catapulta. —Después de aquello, el hombre fue conocido como Cata.

—¿Sabe alguno de vosotros manejar un arco largo? —les preguntó Dunk.

Los hombres arrastraron los pies por el suelo, mientras las gallinas picoteaban a su alrededor. Pate, el de los ojos llorosos, contestó al fin:

—Le ruego me disculpe, *Ser*, pero mi señor no nos permite el uso de arcos largos. Los venados de Osgrey son para los leones jaquelados, no para

la gente como nosotros.

—¿Tendremos espadas, yelmos y cotas de malla? —Quiso saber el menor de los tres Wat.

—Hombre, claro —dijo Bennis—, en cuanto mates a uno de los caballeros de la Viuda y saquees su cuerpo sangriento. Asegúrate también de meter el brazo bien arriba por el culo de su caballo, ahí encontrarás su plata. —Pellizcó al joven Wat debajo del brazo hasta que el muchacho gritó de dolor, y luego marcharon todos ellos al Bosque Cerradón para cortar algunas lanzas.

Cuando regresaron, tenían ocho lanzas endurecidas al fuego de longitudes desiguales, y bastos escudos de ramas entretejidas. *Ser* Bennis también se había fabricado una lanza, y les enseñaba cómo clavar con la punta y usar el mango para desviar golpes... además de dónde poner la punta para matar.

—El estómago y la garganta son los mejores sitios. —Se golpeó el pecho con el puño—. Justo aquí está el corazón, que también servirá. El problema son las costillas de en medio. El estómago está bien, y es blando. Destripar es lento, pero seguro. Nunca conocí a un hombre que viviera con las tripas colgando. Y ahora, si algún idiota se da la vuelta y os da la espalda, poned vuestras puntas en medio de los omóplatos o atravesad sus riñones. Justo aquí. No viven mucho una vez que les pinchas en el riñón.

Tener tres Wat en el grupo causaba confusión cuando Bennis trataba de decirles qué hacer.

—Deberíamos otorgarles nombres de lugares, *Ser* —sugirió Egg—, como *Ser* Arlan de Pennytree, vuestro viejo maestro. —Podría haber funcionado, si no fuera porque sus aldeas no tenían nombre—. Bueno —dijo Egg—, podemos llamarlos según sus cultivos, *Ser*. —Una aldea se hallaba entre judiars, otra plantaba cebada principalmente, y la tercera cultivaba hileras de repollos, zanahorias, cebollas, nabos y melones. Nadie quería *ser* un Repollo o un Nabo, así que el último grupo se convirtió en los Melón. Acabaron como cuatro Cebada, dos Melón y dos Judía. Como los hermanos Wat eran ambos Cebada, fue necesaria otra distinción. Cuando el hermano menor hizo mención a la ocasión en que se cayó al pozo de la aldea, Bennis le apodó *Mojado Wat*, y así se quedó. Los hombres estaban emocionados por habérseles otorgado *nombres de señor*, a excepción de Gran Rob, quien

parecía no poder recordar si era un Judía o un Cebada.

Una vez que todos tuvieron nombres y lanzas, *Ser Eustace* salió de Tiesa para dirigirles. El viejo caballero estaba de pie en la puerta de la torre, llevando su malla y su armadura debajo de un largo sobretodo de lana que el tiempo había vuelto más amarillo que blanco. En el pecho y la espalda llevaba el león jaquelado, cosido con pequeños cuadros verde y oro.

—Muchachos —dijo—, todos recordáis a Dake. La Viuda Escarlata le metió en un saco y lo hundió en el foso. Le arrebató la vida, y ahora cree que también puede arrebataros el agua, el Jaquel que riega nuestros cultivos... ¡Pero no lo conseguirá! —Levantó su espada por encima de la cabeza—. ¡Por Osgrey! —dijo con grandilocuencia—. ¡Por Tiesa!

—¡Osgrey! —repitió Dunk. Egg y los reclutas retomaron el vitor—. ¡Osgrey! ¡Osgrey! ¡Por Tiesa!

Dunk y Bennis entrenaron a la pequeña compañía entre los cerdos y los pollos, mientras *Ser Eustace* observaba desde el balcón. Sam Encorvado había rellenado algunos sacos viejos con paja sucia. Éstos se convirtieron en los enemigos. Los reclutas empezaron a trabajar sus habilidades con la lanza mientras Bennis les rugía.

—Pinchar, girar y desgarrar. ¡Pinchar, girar y desgarrar, pero sacad la jodida lanza! Querréis tenerla preparada para el siguiente. Demasiado lento, Cata, demasiado lento. Si no puedes hacerlo más rápido, vuelve a lanzar piedras. Lim, no pongas todo el peso en la estocada. Hay un niño. Y dentro y fuera y dentro fuera. Jódelos bien, ese es el camino, dentro y fuera, destrípalos, destrípalos, destrípalos.

Cuando los sacos estaban hechos pedazos por medio millar de estocadas y toda la paja se había derramado por el suelo, Dunk se puso su malla y su coraza y cogió una espada de madera, para ver cómo se las arreglaban los hombres con un enemigo vivo.

No demasiado bien, fue la respuesta. Sólo Cata era lo bastante rápido para conseguir que su lanza pasara el escudo de Dunk, y lo hizo una sola vez. Dunk desviaba un torpe y desorganizado ataque tras otro, les desarmaba de sus lanzas y atacaba en corto. Si su espada hubiera sido de acero en lugar de pino, los habría matado a todos media docena de veces.

—Estáis muertos una vez que consigo pasar vuestra punta —les avisó,

golpeándoles en las piernas y los brazos para volver a empezar la lección.

Cata, Lim y Mojado Wat aprendieron pronto a mantener la distancia, al menos. Gran Rob tiró su lanza y corrió, y Bennis tuvo que perseguirlo y traerlo arrastrando entre lágrimas. Al final de la tarde todos ellos estaban magullados y apaleados, con ampollas que crecían en sus callosas manos por donde cogían las lanzas. Dunk no llevaba marcas, pero estaba medio ahogado en sudor para cuando Egg le ayudó a despojarse de su armadura.

Mientras el sol se ponía, Dunk hizo desfilar a su pequeña compañía hacia la bodega y les obligó a darse un baño, incluso a aquellos que ya se habían dado uno el pasado invierno. Después, la esposa de Sam Encorvado les dio a todos boles de carne, con guarnición de zanahorias, cebollas y cebada. Los hombres estaban derrengados, pero al oírles hablar parecía que pronto serían todos dos veces tan mortales como un caballero de la Guardia Real. Apenas podían esperar a probar su valor. *Ser Bennis* les incitaba contándoles los placeres de la vida de soldado: botín y mujeres, principalmente. Los dos de más edad le daban la razón. Lim había traído un cuchillo y un par de excelentes botas de la Rebelión de Fuegoscurio; las botas eran demasiado pequeñas para poder ponérselas, pero las tenía colgando de la puerta. Y Pate no paraba de hablar de los compañeros de campamento que había conocido siguiendo al dragón. Sam Encorvado les había preparado ocho jergones de paja en el corral subterráneo, así que una vez que llenaron sus barrigas se fueron a dormir. Bennis se rezagó lo bastante para dedicarle a Dunk una mirada de disgusto.

—*Ser Inútil* debería haberse follado unas cuantas campesinas fulanas más mientras le quedaba una gota de savia en sus viejas bolas arrugadas —dijo—. Si hubiera sembrado un buen montón de bastardos, ahora podríamos tener soldados.

—No parecen peores que cualquier otro recluta campesino. —Dunk había marchado con unos cuantos cuando servía a *Ser Arlan*.

—Claro —dijo *Ser Bennis*—. En quince días podrían arreglárselas contra otro grupo de campesinos. Pero ¿caballeros? —Sacudió la cabeza y escupió.

El pozo de Tiesa se encontraba en la bodega, en una estancia húmeda y fría con paredes de piedra y tierra. Allí era donde la esposa de Sam Encorvado ponía en remojo, restregaba y sacudía las ropas antes de llevarlas al tejado para su secado. La gran tina de lavar también se usaba para los baños. Bañarse requería extraer agua del pozo caldero a caldero, calentarla sobre la chimenea en una gran cazuela de hierro, verter la cazuela en la tina, y volver a empezar todo el proceso. Llenar la cazuela requería cuatro cubos, y tres cazuelas para llenar la bañera. Para cuando la última olla estaba caliente, el agua de la primera ya estaba tibia. Se había oído decir a *Ser Bennis* que todo el asunto era cansino de narices, motivo por el cual tenía piojos y pulgas y apestaba como un queso podrido. Dunk al menos tenía a Egg para ayudarle cuando sentía la imperiosa necesidad de un buen lavado, como aquella noche. El muchacho sacaba el agua con un silencio sombrío, y apenas habló mientras se hervía.

—¿Egg? —le preguntó Dunk cuando la última olla empezaba a entrar en ebullición—. ¿Suced algo? —Cuando Egg no contestó, dijo—: Ayúdame con la olla.

Juntos la llevaron de la chimenea hasta la bañera, con cuidado de no mojarse.

—*Ser* —dijo el chico—, ¿qué creéis que piensa hacer *Ser Eustace*?

—Echar abajo el dique, y plantar cara a los hombres de la viuda si intentan detenernos. —Habló en voz alta, para que se le oyera por encima del chapoteo del agua. El vapor se elevó como una cortina blanca cuando la vertieron, poniéndoles la cara colorada.

—Sus escudos son de ramas entrelazadas, *Ser*. Una lanza puede

atravesarlos, o una saeta de ballesta.

—Encontraremos algunas piezas de armadura para ellos, cuando estén preparados. —Eso era lo mejor que podían esperar.

—Probablemente los maten, *Ser*. Mojado Wat aún es un muchacho. Will Cebada va a casarse la próxima vez que venga el septon. Y Gran Rob ni siquiera distingue su pie izquierdo del derecho.

Dunk dejó la olla vacía sobre el suelo de tierra compacta.

—Roger de Pennytree era más joven que Mojado Wat cuando murió en Campo de Hierbarroja. Había hombres en el ejército de tu padre que se acababan de casar, y otros que jamás habían besado a una mujer. Había cientos que no sabían distinguir su pie izquierdo del derecho, quizá miles.

—Aquello fue diferente —insistió Egg—. Aquello era una guerra.

—Como esto. La misma cosa, sólo que a menor escala.

—Menor y más estúpida, *Ser*.

—Eso no somos ni tú ni yo quienes deben decirlo —le replicó Dunk—. Es su deber acudir a la guerra cuando *Ser* Eustace les convoca... y morir, si es necesario.

—Entonces quizá no hubiéramos debido ponerles nombres, *Ser*. La pena será mayor cuando mueran. —Arrugó el ceño—. Si usáramos mis contactos...

—No. —Dunk se puso a la pata coja para sacarse una bota.

—Sí, pero mi padre...

—No. —La segunda bota siguió el camino de la primera.

—Podríamos...

—No. —Dunk se sacó la túnica manchada de sudor, y se la tiró a Egg—. Pídele a la mujer de Sam Encorvado que me la lave.

—Así lo haré, *Ser*, pero...

—Que no, he dicho. ¿Necesitas un bofetón en la oreja para ayudarte a oír mejor? —Se desató los calzones. No llevaba nada más debajo; hacía demasiado calor para la ropa interior—. Está bien que te preocupes de Wat, de Wat, de Wat y del resto, pero tus *contactos* sólo son para un caso de necesidad perentoria. —¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Un millar, y uno—. ¿Qué te dijo tu padre, cuando te envió como mi escudero?

—Que mantuviera mi cabeza afeitada o teñida, y que no le revelara a

nadie mi verdadero nombre —dijo el chico, con una clara reticencia.

Egg había servido a Dunk durante año y medio, aunque algunas veces le parecían veinte. Habían ascendido juntos por el Paso del Príncipe y cruzado las extensas arenas de Dorne, las rojas y las blancas. Un barco de un mástil les había llevado por el Sangreverde hasta Tabladillo, desde donde hicieron travesía hasta Antigua sobre el Dama Blanca. Habían dormido en establos, tabernas y cunetas, compartido pan con sacerdotes, prostitutas y actores, y asistido a un montón de teatros de titiriteros. Egg había cuidado del caballo de Dunk, afilado su espada y desoxidado su cota de malla. Había sido tan buen compañero como cualquier hombre pudiera desear, y el caballero errante había llegado a pensar en él casi como en un hermano pequeño.

Sin embargo, no lo es. Este retoño ha sido criado por dragones, no por hombres. Egg puede *ser* el escudero de un caballero errante, pero Aegon de la Casa Targaryen es el cuarto y más joven hijo de Maekar, Príncipe de Torre Verano, a su vez cuarto hijo del fallecido rey Daeron el Bueno, el Segundo con Su Nombre, quien se sentó durante veinticinco años en el Trono de Hierro hasta que la Gran Epidemia Primaveral se lo llevó.

—Hasta donde le puede importar al pueblo, Aegon Targaryen regresó a Torre Verano con su hermano Daeron después del torneo de Pradera de Vado Ceniza —le recordó Dunk al chico—. Tu padre no querría que se supiese que andas vagabundeando por los Siete Reinos con cualquier caballero errante. Así que no quiero volver a oír lo de tus contactos.

Una mirada fue toda la respuesta que obtuvo. Egg tenía los ojos grandes, y de algún modo su cabeza afeitada hacía que parecieran mayores. A la penumbrosa luz de la lámpara de la bodega parecían negros, pero con una iluminación mejor se revelaba su verdadero color: un profundo índigo oscuro. *Ojos valyrios*, pensó Dunk. En Poniente, pocos excepto los de sangre de dragón tenían ojos de tal color, o un cabello que relucía como una amalgama de oro veteada de plata.

Cuando navegaban juntos por el Sangreverde, las niñas huérfanas jugaron a que frotar la cabeza afeitada de Egg les daría suerte. Aquello hizo que el chico se sonrojara más que una granada.

—Las chicas son tontas —diría—. La próxima que me toque va a acabar en el río.

—Entonces te tocaré yo —le contestó Dunk—. Te daré tal bofetón que estarás oyendo campanas toda una luna.

Aquello sólo suscitó en el chico una insolencia mayor:

—Mejor campanas que chicas estúpidas —insistió, pero no lanzó a ninguna al río.

Dunk entró en la bañera y se acomodó hasta que el agua le cubrió hasta la barbilla. Aún escaldaba en la parte superior, aunque más abajo ya estaba templada. Apretó los dientes para no quejarse. Si lo hacía, el chico se reiría. A Egg le gustaba que su baño abrasara.

—¿Necesitáis más agua hervida, *Ser*?

—Así está bien. —Dunk se frotó los brazos y contempló cómo salía la suciedad entre largas nubes de vapor gris—. Alcánzame el jabón. Oh, y el cepillo de mango largo también. —Pensar en el pelo de Egg le había recordado que el suyo estaba sucio. Tomó una bocanada de aire y se deslizó bajo el agua para darse un buen remojón. Cuando emergió de nuevo, chapoteando, Egg ya estaba al lado de la tina con el jabón y el cepillo de crin de caballo en la mano—. Tienes pelos en la mejilla —observó Dunk mientras le cogía el jabón—. Dos. Ahí, debajo de la oreja. Asegúrate de quitarlos la próxima vez que te afeites la cabeza.

—Lo haré, *Ser*. —El chico parecía complacido por el descubrimiento.

No hay duda que piensa que un poco de barba le convierte en un hombre. Dunk había pensado lo mismo la primera vez que encontró algo de pelusilla creciendo sobre su labio superior. Intenté afeitarlo con la daga, y casi me corto la nariz de cuajo.

—Ahora ve y duerme algo —le dijo a Egg—. No te necesitaré hasta mañana.

Le llevó un buen rato librarse de todo el sudor y la suciedad. Después, puso el jabón a un lado, se estiró todo lo que pudo y cerró los ojos. Para entonces, el agua ya se había enfriado. Después del salvaje calor del día, venía bien un momento de alivio. Se remojó hasta que sus pies y sus dedos se arrugaron y el agua se volvió gris, y sólo en ese momento, perezoso, salió de la bañera.

Aunque a Egg y a Dunk les habían reservado gruesos jergones de paja en la bodega, Dunk prefería dormir encima del tejado. El aire era más fresco, y a

veces había brisa. No era que tuviera que temer la lluvia, precisamente. La próxima vez que lloviera sobre ellos allí arriba sería la primera.

Egg estaba dormido para cuando Dunk alcanzó el tejado. Se tumbó boca arriba con las manos detrás de la cabeza y contempló el cielo. Había estrellas por todas partes, miles y miles. Le recordó a una noche en Pradera de Vado Ceniza, antes de que empezara el torneo.

Aquella noche había visto una estrella fugaz. Se supone que las estrellas fugaces te traen suerte, así que le dijo a Tanselle que pintara una en su escudo, pero Vado Ceniza le había traído de todo menos suerte. Antes de finalizar el torneo, casi había perdido una mano y un pie, y tres hombres buenos habían perdido sus vidas. Sin embargo, ganó un escudero. Egg estaba conmigo cuando me marché cabalgando de Vado Ceniza. Esa fue la única cosa buena de todo lo que sucedió.

Esperaba que esa noche no hubiera estrellas fugaces.

Montañas rojas en el horizonte y arena blanca bajo sus pies. Dunk estaba excavando, ensartando una pala en la tierra seca y cálida, y echando la fina arena por encima de su hombro. Estaba haciendo un agujero. *Una tumba*, pensó, *una tumba para la esperanza*. Un trío de caballeros dornianos observaban de pie, burlándose de él entre susurros. Más atrás, los mercaderes esperaban con sus mulas, sus carretas y sus trineos de arena. Querían marcharse, pero no podían hacerlo hasta que él enterrara a Castaño. No iba a dejar a su viejo amigo a merced de las serpientes, los escorpiones y los perros del desierto.

El jamelgo había muerto en el sediento y largo tránsito entre el Paso del Príncipe y Vaith, con Egg sobre sus lomos. Sus patas delanteras simplemente se plegaron bajo sí mismo y se derrumbó, rodó a un lado y murió. Su cadáver estaba despatarrado junto al agujero. Ya estaba rígido. Pronto empezaría a apestar.

Dunk lloraba mientras cavaba, para divertimento de los caballeros dornianos.

—El agua es demasiado preciosa para verterla —dijo uno—, no deberíais malgastarla, *Ser*. —Los demás se carcajeaban y decían—: ¿Por qué lloráis? Sólo era un caballo, y bastante malo.

Castaño, pensó Dunk mientras excavaba, *su nombre era Castaño, y me llevó en su lomo durante años, y jamás me derribó ni me mordió*. El viejo jamelgo parecía lamentable al lado de los relucientes corceles de las arenas que los dornianos montaban, con sus elegantes cabezas, sus largos cuellos y sus sedosas crines, pero él ya había dado todo lo que tenía para dar.

—¿Lloras por un caballo reventado? —dijo en su mente *Ser Arlan* con su

voz de anciano—. ¿Por qué, muchacho, nunca lloraste por mí, que te puse sobre mi espalda? —Soltó una pequeña risa, para demostrar que no quería herirle con el reproche—. Dunk el Tocho, la mollera tan dura como la muralla de un castillo.

—Tampoco derramó lágrimas por mí —dijo Baelor Rompelanzas desde su tumba—, aunque yo era su príncipe, la esperanza de Poniente. Los dioses no querían que muriera tan joven.

—Mi padre sólo tenía treinta y nueve —dijo el príncipe Valarr—. Podía haber sido un gran rey, el más grande desde Aegon el Dragón. —Miró a Dunk con sus fríos ojos azules—. ¿Por qué se lo llevaron los dioses, y te dejaron a ti? —El Joven Príncipe tenía el cabello castaño claro de su padre, pero una mecha de oro y plata lo atravesaba.

Estáis muertos, quería gritar Dunk, los tres estáis muertos, ¿por qué no me dejáis en paz?

Ser Arlan había muerto de un resfriado, el príncipe Baelor de un golpe propinado por su hermano durante el juicio de Siete de Dunk, y su hijo Valarr durante la Gran Epidemia Primavera. No tengo la culpa. Estábamos en Dorne, no lo sabíamos.

—Estás loco —le dijo el anciano—. No cavaremos ningún hoyo para ti, cuando te mueras por esa locura. En las vastas arenas, un hombre debe atesorar su agua.

—Fuera de aquí, *Ser Duncan* —dijo Valarr—. Fuera de aquí.

Egg le ayudaba a cavar. El chico no tenía pala, sólo sus manos, y la arena volvía a la tumba en cuanto la apartaba. Era como tratar de cavar un hoyo en el mar. Tengo que seguir cavando, se dijo Dunk, aunque la espalda y los hombros le dolían por el esfuerzo. Tengo que enterrarlo profundo, donde los perros del desierto no puedan encontrarlo. Tengo que...

—¿... morir? —dijo Gran Rob el Simplón desde el fondo de la tumba. Echado allí, quieto, frío y con una fea herida escarlata abriendo su barriga, ya no parecía tan alto.

Dunk se detuvo y le miró.

—Tú no estás muerto. Tú estás durmiendo abajo, en la bodega. —Buscó ayuda en *Ser Arlan*—. Decídselo, *Ser* —le rogó—, decidle que salga de la tumba.

Sólo que no era *Ser Arlan de Pennytree* quien estaba frente a él, sino *Ser Bennis del Escudo Pardo*. El caballero pardo sólo se carcajeaba.

—Dunk el Tocho —decía—, destripar es lento, pero seguro. Nunca conocí a un hombre que viviera con las tripas colgando. —En sus labios burbujeaba una espuma roja. Se dio la vuelta y escupió, y las blancas arenas lo absorbieron. Cata estaba detrás de él con una flecha en el ojo, llorando lentas lágrimas rojizas. Y también estaba Mojado Wat, con la cabeza casi partida en dos, con el viejo Lim, Pate con los ojos congestionados, y todos los demás. Dunk pensó en un principio que habían estado masticando hojamarga con Bennis, pero entonces se dio cuenta de que era sangre chorreando de sus bocas. *Muertos*, pensó, *todos muertos*, y el caballero pardo bramó—: Sí, así que mejor que te des prisa. Tienes más tumbas que cavar, tocho. Ocho para ellos, una para mí, una para el viejo *Ser Inútil*, y la última para tu chico calvo.

La pala se deslizó de las manos de Dunk.

—¡Egg —gritó—, corre! ¡Tenemos que correr! —Pero las arenas se hundían bajo sus pies.

Cuando el chico intentaba trepar por el agujero, sus laterales se derrumbaron. Dunk vio caer la arena sobre Egg, enterrándole mientras abría la boca para gritar. Intentó abrirse paso hacia él, pero la arena se alzaba a su alrededor, empujándole hacia la tumba, llenándole la boca, la nariz, los ojos...

Con la llegada del día, *Ser Bennis* se preparó para enseñarles a sus reclutas cómo formar un muro defensivo. Alineó a los ocho hombro con hombro, con los escudos tocándose y las puntas de las lanzas asomando entre medias, como largos colmillos de madera afilados. Luego Dunk y Egg montaron y cargaron contra ellos.

Maestra se negó a acercarse a menos de tres metros de las lanzas y se detuvo de forma abrupta, pero Trueno había sido entrenado para aquello. El gran caballo de guerra cargó, cogiendo velocidad. Las gallinas corroteaban entre sus piernas y revoloteaban cloqueando. Su pánico era contagioso. Una vez más, Gran Rob fue el primero en soltar su lanza y correr, dejando un hueco en mitad del muro. En lugar de cerrarlo, los demás guerreros de Tiesa se unieron a la fuga. Trueno trotó sobre sus escudos abandonados antes de que Dunk pudiera refrenarlo con las riendas. Las ramas entrelazadas se partieron y se hicieron astillas bajo sus pezuñas herradas. *Ser Bennis* profirió una retahíla de juramentos mientras pollos y aldeanos huían en todas direcciones. Egg luchó con todas sus fuerzas por aguantarse la risa, pero perdió la batalla.

—Ya es suficiente. —Dunk detuvo a Trueno, se desabrochó el yelmo y se lo quitó de un tirón. Si hacen eso en la batalla, conseguirán que los maten a todos—. Y a ti y a mí también, probablemente.

La mañana ya era cálida, y se sentía tan sucio y pegajoso como si no se hubiera bañado. Le martilleaba la cabeza, y no conseguía olvidar el sueño que había tenido la noche antes. No ha ocurrido, trataba de decirse. No ha sido así.

Castaño había muerto en el largo viaje a Vaith; esa parte era cierta. Él y

Egg compartieron montura hasta que el hermano de Egg le dio a Maestra. El resto, no obstante...

Jamás lloré. Habría querido, pero nunca lo hice. También hubiera querido enterrar al caballo, pero los dornianos no habrían esperado.

—Los perros del desierto deben comer y alimentar a sus cachorros —le dijo uno de los caballeros dornianos mientras ayudaban a Dunk a quitarle al jamelgo las alforjas y las bridas—. Su carne alimentará a los perros o a las arenas. En un año, sus huesos estarán limpios. Esto es Dorne, amigo mío. —Al recordar, Dunk no pudo sino preguntarse a quién alimentaría la carne de Wat, de Wat y de Wat. Quizá haya peces jaquelados bajo el Jaquel.

Guió a Trueno hasta la torre y desmontó.

—Egg, ayuda a *Ser Bennis* a reunirlos y a traerlos de vuelta. —Le lanzó a Egg su yelmo y caminó a grandes zancadas hacia las escaleras.

Ser Eustace se reunió con él en la penumbra de su sala de estar.

—Eso no estuvo nada bien.

—No, mi señor —dijo Dunk—. No servirán. —Una espada leal debe a su señor servicio y obediencia, pero esto es una locura.

—Era su primera vez. Sus padres y hermanos eran tan malos o peores cuando comenzaron su entrenamiento. Mis hijos trabajaron con ellos antes de ir a ayudar al Rey. Todos los días, durante una buena quincena. Hicieron soldados de ellos.

—¿Y cuando llegó la batalla, mi señor? —preguntó Dunk—. ¿Cómo se las arreglaron entonces? ¿Cuántos de ellos regresaron a casa con vos?

El viejo caballero le miró durante largo rato.

—Lim —dijo al fin—, Pate y Dake. Dake forrajeaba para nosotros. Era el buscador de comida más habilidoso que jamás conocí. Nunca marchábamos con el estómago vacío. —Sus mostachos se estremecieron—. Puede que nos lleve más de una quincena.

—Mi señor —dijo Dunk—, la mujer podría estar aquí mañana, con todos sus hombres. —*Son buenos muchachos, pensó, pero pronto serán muchachos muertos, si avanzan contra los caballeros de Fosafría*—. Debe de haber alguna otra manera.

—Alguna otra manera. —*Ser Eustace* pasó con delicadeza sus dedos sobre el escudo del Pequeño León—. No obtendré justicia de lord Rowan, no

de este rey... —Cogió a Dunk del antebrazo—. Se me ocurre que, en días pasados, cuando gobernaban los reyes verdes, podías pagarle a un hombre un precio de sangre si habías matado a uno de sus animales o campesinos.

—¿Un precio de sangre? —Dunk dudaba.

—Alguna otra manera, dijiste. Tengo algunas monedas guardadas. Sólo fue un pequeño rasguño en la mejilla, dice *Ser Bennis*. Podría pagarle al hombre un venado de plata y tres a la mujer por la ofensa. Podría, y lo haría... si quitara la presa. —El anciano arrugó el entrecejo—. Sin embargo, no puedo ir hasta ella. No a Fosafría. —Una gorda mosca negra zumbó en torno a su cabeza y se posó en su brazo—. El castillo fue nuestro una vez. ¿Sabíais eso, *Ser Duncan*?

—Sí, mi señor. —Sam Encorvado se lo había contado.

—Durante mil años antes de la Conquista, fuimos los Alguaciles de la Frontera del Norte. Rendíamos lealtad a un grupo de señores menores que nos dieron cien caballeros con tierras. Teníamos entonces cuatro castillos y torres de vigilancia en las colinas para avisar de la llegada de los enemigos. Fosafría era el mayor de nuestros bastiones. Lord Pervyn Osgrey lo levantó. Pervyn el Orgullosa, le llamaban. Después de Campo de Fuego, Altojardín pasó de los reyes a unos administradores, y los Osgrey fueron desapareciendo. Fue el rey Maegor, hijo de Aegon, quien nos arrebató Fosafría, cuando lord Ormond Osgrey protestó contra su supresión de las Estrellas y Espadas, como se conocía a la Compañía Pobre y a los Hijos del Guerrero. —Su voz se había vuelto ronca—. Hay un león jaquelado tallado en piedra sobre las puertas de Fosafría. Mi padre me lo enseñó la primera vez que me llevó con él para responder a la llamada de Reynard Webber. Yo se lo enseñé a mis hijos. Addam... Addam sirvió en Fosafría, como paje y escudero, y un... un cierto... cariño surgió entre él y la hija de lord Wyman. Así que un día de invierno me puse mis vestimentas más finas y fui a ver a lord Wyman para proponerle un matrimonio. Su negativa fue cortés, pero mientras me marchaba le escuché reírse con *Ser Lucas Inchfield*. Después de aquello, jamás volví a Fosafría, excepto una vez, cuando aquella mujer presumió de haberse llevado a uno de los míos. Cuando me dijeron que buscara al pobre Lim en el fondo del foso...

—Dake —dijo Dunk—. Bennis dice que su nombre era Dake.

—¿Dake? —La mosca bajaba por su manga, deteniéndose para frotarse las patas. *Ser Eustace* la espantó, y se humedeció los labios bajo el mostacho —. Dake. Eso fue lo que dije. Un muchacho leal, le recuerdo bien. Forrajeaba para nosotros durante la guerra. Jamás tuvimos que cabalgar con el estómago vacío. Cuando *Ser Lucas* me informó de lo que le habían hecho a mi pobre Dake, hice juramento de no volver a poner un pie en ese castillo, de no *ser* para tomarlo en posesión. Así que ya veis, no puedo ir allí, *Ser Duncan*. Ni para pagar un precio de sangre ni por ninguna otra razón. No puedo.

Dunk comprendió.

—Puedo ir yo, mi señor. No he hecho ningún juramento.

—Sois un hombre bueno, *Ser Duncan*. Un valiente caballero, y honesto. —*Ser Eustace* le dio a Dunk un apretón en el brazo—. Ojalá los dioses no se hubieran llevado a mi Alysanne. Sois el tipo de hombre con quien siempre deseé que se desposara. Un verdadero caballero, *Ser Duncan*. Un caballero auténtico.

Dunk se estaba sonrojando.

—Le diré a *lady Webber* lo que me dijisteis sobre el precio de sangre, pero...

—Salvaréis a *Ser Bennis* del mismo destino de Dake. Lo sé. Yo no juzgo a los hombres a la ligera, y vos sois de buena pasta. Les haréis vacilar, *Ser*. Con vuestra sola presencia. Cuando esa mujer vea que Tiesa tiene semejante campeón, derribará el dique de muy buena gana. —Dunk no supo que decir. Se arrodilló.

—Mi señor. Partiré mañana, y haré lo que pueda.

—Mañana. —La mosca voló en círculos, y se posó en la mano izquierda de *Ser Eustace*. Éste levantó la derecha y la aplastó—. Sí. Mañana.

Otro baño? —dijo Egg, consternado—. Os lavasteis ayer.

—Y después me pasé el día con la armadura puesta, nadando en sudor. Cierra la boca y llena la olla.

—Os lavasteis la noche que *Ser* Eustace os tomó a su servicio —señaló Egg—. Y anoche, y ahora. Eso son tres veces, *Ser*.

—Tengo que tratar con una dama de alta alcurnia. ¿Quieres que aparezca ante su real trono oliendo como *Ser* Bennis?

—Tendríais que rebozaros en una bañera llena de excrementos de Maestra para oler tan mal como él, *Ser*. —Egg llenó la olla—. Sam Encorvado dice que el castellano de Fosafría es tan grande como vos. Su nombre es Lucas Inchfield, pero le llaman *Dosmetros* por su tamaño.

—¿Creéis que será tan grande como vos, *Ser*?

—No. —Habían pasado años desde que Dunk conociera a alguien tan alto como él. Cogió la olla y la colgó sobre el fuego.

—¿Lucharéis con él?

—No. —Dunk casi deseaba que fuese de otro modo. Puede que no fuera el mejor guerrero del reino, pero el tamaño y la fuerza pueden solucionar muchas carencias. Sin embargo, no una carencia de intelecto. No era bueno con las palabras, y peor con las mujeres. El gigante Lucas *Dosmetros* no le amilanaba tanto como la perspectiva de enfrentarse a la Viuda Escarlata—. Voy a hablar con la Viuda Escarlata, eso es todo.

—¿Qué le diréis, *Ser*?

—Que tiene que destruir el dique. —Debéis destruir el dique, mi señora, o si no...—. Quiero decir que le pediré que retire el dique. —Por favor, devolvednos nuestro Jaquel—. Si es tan amable. —Un poco de agua, mi

señora, si no es molestia. *Ser* Eustace no querría que le rogara.

¿Cómo lo digo, entonces?

El agua enseguida empezó a echar vapor y a burbujear.

—Ayúdame a arrastrar esto hasta la bañera —le dijo Dunk al chico. Juntos, quitaron la olla del fuego y cruzaron la bodega hasta la gran tina de madera—. No sé cómo hablar con damas de alta cuna —confesó mientras vertían el agua—. Podríamos muy bien haber sido matados en Dorne, por lo que le dije a *lady* Vaith.

—*Lady* Vaith estaba loca —le recordó Egg—, pero vos podríais haber sido más galante. A las damas les gusta la galantería. Si pudierais rescatar a la Viuda Escarlata igual que lo hicisteis de Aerion con aquella titiritera...

—Aerion está en Lys, y la viuda no necesita que la rescaten. —No quería hablar de Tanselle. Tanselle *La Giganta* era su nombre, pero no era tan alta para mí—. Bueno —dijo el chico—, algunos caballeros le cantan canciones galantes a sus damas, o les tocan melodías con un laúd. No tengo laúd. —Dunk parecía malhumorado—. Y aquella noche en Tabladillo que bebí demasiado, me dijiste que canté como un buey en una charca de cieno.

—Lo había olvidado, *Ser*.

—¿Cómo puedes olvidarlo?

—Me dijisteis que lo olvidara, *Ser* —dijo Egg, con absoluta inocencia—. Me dijisteis que me llevaría un bofetón en la oreja la próxima vez que lo mencionara.

—Nada de canciones. —Aunque hubiera tenido voz para ello, la única canción que conocía Dunk era *El oso y la hermosa doncella*. Dudaba que le sirviera para ganarse a *lady* Webber.

La olla echaba humo otra vez. Forcejeó con ella para echar el contenido en la bañera.

Egg sacó agua para llenar la cazuela por tercera vez, y luego trepó de nuevo sobre el pozo.

—Será mejor que no toméis comida ni bebida en Fosafría, *Ser*. La Viuda Escarlata envenenó a todos sus maridos.

—No voy a casarme con ella. Es una dama de la nobleza, y yo soy Dunk de Lecho de Pulgas, ¿recuerdas? —Frunció el ceño—. ¿Cuántos maridos tuvo, exactamente? ¿Lo sabes?

—Cuatro —dijo Egg—, pero ningún niño. Cada vez que da a luz, un demonio viene por la noche y se lleva al bebé. La esposa de Sam Encorvado dice que vendía las criaturas antes de nacer al Señor de los Siete Infiernos, a cambio de enseñarle sus artes oscuras.

—Las damas de alta cuna no se mezclan con las artes oscuras. Bailan, cantan y hacen bordados.

—Quizá ella baile con demonios y borde encantamientos malignos —dijo Egg con entusiasmo—. ¿Y cómo sabéis lo que hacen las damas de alta cuna, *Ser*? *Lady Vaith* es la única que habéis conocido.

Aquello era insolente, pero cierto.

—Puede que no conozca ninguna dama noble, pero conozco a un chico que está pidiendo una buena bofetada. —Dunk se frotó la nuca. Un día entero con cota de malla la deja dura como la madera—. Tú has conocido a reinas y princesas. ¿Bailaban con demonios y practicaban las artes oscuras?

—*Lady Shiera* sí. La amante de lord Cuervo de Sangre. Se baña en sangre para mantener su belleza. Y una vez mi hermana Rhae puso una poción de amor en mi bebida para que me casase con ella en lugar de con mi hermana Daella.

Egg hablaba como si tal incesto fuese la cosa más natural del mundo. Para él, lo es. Los Targaryen se habían casado entre hermanos durante cientos de años, para mantener pura la sangre del dragón. Aunque el último dragón real había muerto antes que Dunk naciera, los reyes dragón seguían la tradición. Quizá a los dioses no les importe que se casen con sus hermanas.

—¿Funcionó la poción? —preguntó Dunk.

—Lo habría hecho —dijo Egg—, pero la escupí. No quiero una esposa, quiero *ser* caballero de la Guardia Real, y vivir sólo para servir y defender al Rey. La Guardia Real hace juramento de no casarse.

—Esa es una cosa muy noble, pero cuando seas mayor puede que descubras que tienes una chica antes que una capa blanca. —Dunk estaba pensando en Tanselle *La Giganta*, y la forma en que ella le sonría en Vado Ceniza—. *Ser* Eustace me dijo que yo era la clase de hombre que le hubiera gustado para desposar a su hija. Su nombre era Alysanne.

—Está muerta, *Ser*.

—Sé que está muerta —dijo Dunk, molesto—. Si estuviera viva, me dijo.

Si lo estuviera, le complacería que me casara con ella. O alguien como yo. Nunca antes había tenido un señor que me ofreciera su hija.

—Su hija muerta. Y puede que los Osgrey fuesen señores en tiempos pasados, pero *Ser* Eustace sólo es un caballero con tierras.

—Sé lo que es. ¿Quieres un bofetón en la oreja?

—Bueno —dijo Egg—. Preferiría antes un bofetón que una esposa. En especial una esposa muerta, *Ser*. La olla está burbujeando.

Llevaron el agua hasta la bañera, y Dunk se quitó la túnica por encima de la cabeza.

—Llevaré mi túnica dorniana a Fosafría. —Era de seda de las arenas, la vestimenta más lujosa de las que poseía, pintada con su olmo y la estrella fugaz.

—Si la lleváis durante la cabalgada se empapará de sudor, *Ser* —dijo Egg—. Llevad la que teníais hoy. Yo llevaré la otra, y podréis cambiaros cuando lleguéis al castillo.

—Antes de llegar al castillo. Parecería un loco, si me cambiara de ropa en el puente levadizo. ¿Y quién te dijo que ibas a venir conmigo?

—Un caballero impresiona más si tiene un escudero que le atienda.

Aquello era cierto. El chico sabía de esas cosas. Debería. Sirvió dos años como paje en Desembarco del Rey. Aun así, Dunk era reticente a ponerlo en peligro. No tenía noción de la clase de recibimiento que le esperaba en Fosafría. Si esa Viuda Escarlata era tan peligrosa como se decía, podría acabar en una jaula, como aquellos dos hombres de la carretera.

—Te quedarás y ayudarás a *Ser* Bennis con los aldeanos —le dijo a Egg—. Y no me mires de esa forma tan hosca. —Se quitó los calzones, y se metió en la bañera de agua humeante—. Ahora ve y duerme, y déjame bañarme. No vas a ir, y se acabó la cuestión.

Cuando Dunk se despertó, Egg se había levantado y ya no estaba. La luz del sol matutino le daba en el rostro. Dioses misericordiosos, ¿cómo puede hacer tanto calor tan pronto? Se incorporó hasta quedarse sentado, se estiró y bostezó, se puso en pie y se dirigió tambaleante y somnoliento hacia el pozo, donde encendió una vela de sebo, se echó algo de agua fría en la cara y se vistió. Cuando salió a la luz del sol, Trueno estaba esperando junto al establo, ensillado y con las bridas puestas. Egg también estaba esperando, con su mula Maestra. El chico se había puesto las botas. Por una vez, parecía el escudero ideal, enfundado en un bonito jubón de cuadros verde y oro y un par de ajustados calzones de lana blancos.

—Los calzones estaban rotos por el trasero, pero la esposa de Sam Encorvado me los ha cosido —anunció.

—Las ropas eran de Addam —dijo *Ser* Eustace, mientras conducía su propio caballo gris fuera del establo. Un león jaquelado adornaba la raída capa de seda que el anciano tenía abrochada sobre los hombros—. El jubón es una fruslería húmeda por el baúl pero debería servir. Un caballero impresiona más si tiene un escudero que le atienda, así que he decidido que Egg os acompañe a Fosafría.

Engañado por un chico de diez años. Dunk miró a Egg y en silencio formó con la boca las palabras bofetón en la oreja. El chico sonrió abiertamente.

—También tengo algo para vos, *Ser* Duncan. Venid. —*Ser* Eustace sacó una capa, y la agitó con gesto desgarbado.

Era de lana blanca, bordada con cuadros de satén verde y paño de oro. Una capa de lana era lo último que necesitaba bajo semejante calor, pero

cuando *Ser Eustace* la abrochó sobre sus hombros, Dunk vio el orgullo reflejado en su rostro, y se vio incapaz de rechazarla.

—Gracias, mi señor.

—Te queda bien. Ojalá pudiera ofrecerte más. —El mostacho del viejo tembló—. Envié a Sam Encorvado a buscar en la bodega entre las cosas de mis hijos, pero Edwyn y Harrold eran hombres pequeños, más delgados de pecho y más cortos de pierna. Nada de lo que dejaron os estaría bien, siento decir.

—La capa es suficiente, mi señor. No la deshonraré.

—No lo dudo. —Le dio una palmada a su caballo—. Pensé en cabalgar con vos parte del camino, si no tenéis objeción.

—Ninguna, mi señor.

Egg abrió la marcha colina abajo, sentado muy tieso sobre Maestra.

—¿Tiene que llevar ese sombrero de paja? —le preguntó *Ser Eustace* a Dunk—. Parece un poco tonto, ¿no creéis?

—No tan tonto como su cabeza pelada, mi señor. —Incluso a aquellas horas, con el sol apenas asomado al horizonte, hacía calor. Para la tarde, las sillas de montar estarán lo bastante calientes para levantarnos ampollas. Egg podría parecer elegante con las galas del chico muerto, pero estaría cocido como un huevo para el anochecer. Dunk al menos podía cambiarse; tenía su túnica buena en las alforjas, y la vieja verde de repuesto.

—Tomaremos el camino del oeste —anunció *Ser Eustace*—. Se utiliza poco en los últimos años, pero sigue siendo el camino más corto desde Tiesa hasta el castillo de Fosafría. —El sendero les llevó a rodear la colina por delante de las tumbas donde el viejo caballero había enterrado a su esposa y sus hijos, entre unas espesas moreras—. A mis chicos les encantaba coger las moras aquí. Cuando eran pequeños y venían a mí con las caras pegajosas y rasguños en los brazos, ya sabía dónde habían estado. —Sonrió con cariño—. Vuestro Egg me recuerda a mi Addam. Un chico valiente, siendo tan joven. Addam estaba intentando proteger a su hermano herido Harrold cuando la batalla cayó sobre ellos. Un ribereño con seis bellotas en el escudo le arrancó el brazo con un hacha. —Sus tristes ojos grises se encontraron con los de Dunk—. Este viejo maestro vuestro, el caballero de Pennytree... ¿luchó en la Rebelión de Fuegosuro?

—Lo hizo, mi señor. Antes de acogerme. —Dunk no tenía más de tres o cuatro años y corría medio desnudo por los callejones de Lecho de Pulgas, más animal que niño.

—¿Con el dragón rojo o con el negro?

¿Rojo o negro? Era una pregunta peligrosa, incluso ahora. Desde los tiempos de Aegon el Conquistador, las armas de la Casa Targaryen habían mostrado un dragón de tres cabezas, rojo sobre negro. Daemon el Pretendiente había intercambiado esos colores en sus propios estandartes, al igual que hacían muchos bastardos. *Ser* Eustace es mi señor por juramento, se recordó Dunk. Tiene derecho a preguntar.

—Combatió bajo el estandarte de lord Hayford, mi señor.

—¿Barras verdes sobre oro, una banda ondulada color verde pálido?

—Puede *ser*, mi señor. Egg lo sabrá. —El muchacho podía recitar los escudos de armas de la mitad de los caballeros de Poniente.

—Lord Hayford era un notable unionista. El rey Daeron le nombró su Mano justo antes de la batalla. Butterwell había hecho un trabajo tan pésimo que muchos cuestionaban su lealtad, pero lord Hayford había sido leal desde el principio.

—*Ser* Arlan estaba detrás de él cuando cayó. Un lord con tres castillos en el escudo le derribó.

—Muchos hombres buenos cayeron ese día, en ambos bandos. La hierba no era roja antes de la batalla. ¿Os dijo eso vuestro señor Arlan?

—A *Ser* Arlan no le gustaba hablar de la batalla. Su escudero también murió allí. Su nombre era Roger de Pennytree, hijo de la hermana de *Ser* Arlan. —Incluso decir su nombre hizo que Dunk se sintiera vagamente culpable. Robé su lugar. Sólo los príncipes y los grandes señores tienen los medios para mantener dos escuderos. Si Aegon el Indigno le hubiera dado su espada a su heredero Daeron en lugar de a su bastardo Daemon, puede que nunca hubiera tenido lugar una Rebelión de Fuegoscurro, y Roger de Pennytree podría estar vivo hoy. Habría un caballero en algún sitio, uno más verdadero que yo. Yo habría acabado en la horca, o habría sido enviado a la Guardia de Noche, a vigilar el Muro hasta que muriese.

—Una gran batalla es una cosa terrible —dijo el viejo caballero—, pero en medio de la sangre y la carnicería, a veces hay algo de belleza, belleza que

puede romperte el corazón. Nunca olvidaré el aspecto del sol cuando se puso sobre el Campo de Hierbarroja... Diez mil hombres habían muerto, y el aire estaba repleto de gemidos y lamentos, pero sobre nosotros el cielo se volvía dorado, rojo y naranja, tan bello que el saber que mis hijos nunca lo verían me hizo sollozar. —Suspiró—. Estuvo más cerca de lo que hacen creer a la gente hoy en día. Si no fuera por Cuervo de Sangre...

—Siempre había oído que fue Baelor Rompelanzas quien ganó la batalla —dijo Dunk—. Él y el príncipe Maekar.

—¿El martillo y el yunque? —Los bigotes del anciano se crisparon—. Los juglares olvidan mucho y más. Daemon fue el Guerrero aquel día. Ningún hombre resistía enfrente de él.

»Rompió la vanguardia de lord Arryn en pedacitos, y mató al Caballero de las Nueve Estrellas y a Wyl Waynwood el Salvaje antes de enfrentarse a *Ser Gwayne Corbray*, de la Guardia Real. Durante cerca de una hora, bailaron sobre sus caballos, dando vueltas y más vueltas, y matando a todo hombre que se les acercara. Se decía que cada vez que Fuegoscurro y Forlorn chocaban, se podía oír el sonido a kilómetros. Era media canción y medio grito, aseguraban. Pero cuando al fin la espada dama titubeó, Fuegoscurro atravesó el yelmo de *Ser Gwayne* y le dejó ciego y sangrante. Daemon desmontó para evitar que su enemigo caído fuese pisoteado, y ordenó a Redtusk que se lo llevara hasta los maestros de retaguardia. Y ese fue su error mortal, ya que los Picos de Cuervo habían ganado la cima de Cresta Llorosa, y Cuervo de Sangre vio el estandarte real de su medio hermano a trescientos metros, y a Daemon y sus hijos bajo él. Mató primero a Aegon, el mayor de los gemelos, porque sabía que Daemon nunca dejaría al chico mientras su cuerpo estuviera caliente, a pesar de que las lanzas caían como la lluvia. Y no lo hizo, aunque siete flechas le perforaban, disparadas tanto por la brujería como por el arco de Cuervo de Sangre. El joven Aemon cogió a Fuegoscurro cuando la hoja se desprendió de los dedos de su moribundo padre, por lo que Cuervo de Sangre también lo mató, al más joven de los gemelos. Así perecieron el dragón negro y sus hijos.

»Después hubo mucho más, lo sé. Yo mismo vi algunas cosas... los rebeldes corriendo, Bittersteel alcanzando la desbandada y liderando su demente carga... su batalla con Cuervo de Sangre, sólo superada por la que

Daemon libró con Gwayne Corbray... los golpes de martillo del príncipe Baelor contra la retaguardia rebelde, todos los dornianos gritando mientras llenaban el aire con sus lanzas... pero al final del día, nada de eso importó. La guerra había terminado cuando murió Daemon.

»Estuvo tan cerca... Si Daemon hubiera pasado por encima de Gwayne Corbray y le hubiera abandonado a su destino, podría haber roto el flanco izquierdo de Maekar antes que Cuervo de Sangre tomara la cresta. El día habría pertenecido a los dragones negros, con la Mano asesinada y el camino hacia Desembarco del Rey expedito ante ellos. Daemon podría haberse sentado en el Trono de Hierro para cuando el príncipe Baelor llegara con sus señores de la tormenta y sus dornianos.

»Los juglares pueden seguir con su martillo y su yunque, *Ser*, pero fue el matarreyes quien cambió la marea con una flecha blanca y un hechizo oscuro. Y es él quien nos gobierna, no os quepa duda. El rey Aerys es su marioneta. No me sorprendería averiguar que Cuervo de Sangre ha hechizado a Su Gracia, para doblegar su voluntad. Me pregunto si no estamos malditos».

Ser Eustace sacudió la cabeza, y se sumergió en un silencio siniestro. Dunk se preguntaba cuánto había oído Egg, pero no había manera de preguntarle. *¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre?*, pensó.

El día ya se estaba volviendo más cálido. Hasta las moscas han huido, se percató Dunk.

Las moscas tienen más sentido común que los caballeros. Se mantienen a salvo del sol. Se preguntó si serían hospitalarios con él y con Egg en Fosafría. Un pichel de cerveza tostada helada iría muy bien, Dunk estaba considerando con placer aquella perspectiva cuando recordó lo que Egg le había dicho sobre la Viuda Escarlata y el envenenamiento de sus maridos. Su sed se evaporó en un momento. Había cosas peores que una garganta seca.

—Hubo un tiempo en que la Casa Osgrey poseía todas las tierras en muchos kilómetros a la redonda, desde Monjilla en el este hasta Remendón —dijo *Ser* Eustace—. Fosafría era nuestra, y las Colinas de la Herradura, las cuevas de las Colinas de la Gesta, las aldeas de Dosk, Pequeña Dosk y Valle Brandy, ambas riberas de Lago Frondoso... Las damas Osgrey se casaban con los Florent, los Swann y los Tarbecks, incluso con los Hightower y los Blackwood.

Tenían a la vista el lindero del Bosque Cerradón. Dunk se protegió los ojos con la mano, y oteó el follaje. Por una vez, envidiaba el sombrero de Egg. Al menos tendremos algo de sombra.

—Hubo un tiempo en que el Bosque Cerradón se extendía hasta Fosafría —dijo Ser Eustace—. No recuerdo quién fue Cerradón. No obstante, antes de la Conquista, se podían encontrar uros en su bosque, y enormes alces con cornamentas de cincuenta centímetros y más. Había más venados rojos de los que cualquier hombre podría comerse en toda su vida, ya que nadie excepto el Rey y el león jaquelado podían cazar allí. Incluso en tiempos de mi padre, había árboles a ambos lados del río, pero las arañas talaron los bosques para hacer pastizales para sus reses, ovejas y caballos.

Un delgado chorro de sudor caía por el pecho de Dunk. Se descubrió deseando con fervor que su señor se estuviera callado. Hace demasiado calor para hablar, hace demasiado calor para cabalgar. Hace un calor de narices.

En el bosque, se toparon con el cadáver de un gato arbóreo marrón, cubierto de gusanos.

—Aagh —dijo Egg, mientras lo rodeaba con Maestra—, eso huele peor que Ser Bennis.

Ser Eustace tiró de sus riendas.

—Un gato arbóreo. No sabía que quedaran en este bosque. Me pregunto qué le mató. —Cuando nadie contestó, dijo—: Daré la vuelta aquí. Continúa por el camino del oeste y llegaréis directos hasta Fosafría. ¿Tenéis la moneda? —Dunk asintió—. Bien. Volved a casa con mi agua, Ser. —El anciano caballero se alejó trotando por donde habían venido.

Cuando se hubo ido, Egg dijo:

—He pensado en cómo deberíais hablarle a *lady* Webber, Ser. Podríais ganárosela con cumplidos galantes. —El chico parecía tan fresco y limpio en su túnica a cuadros como Ser Eustace con su capa.

¿Soy yo el único que suda?

—Cumplidos galantes —repitió Dunk—. ¿Qué tipo de cumplidos galantes?

—Ya sabéis, Ser. Decidle lo bella y hermosa que es.

Dunk tenía sus dudas.

—Ha sobrevivido a cuatro maridos, debe *ser* tan vieja como *lady* Vaith.

Si le digo que es bella y hermosa cuando es vieja y verrugosa, me tomará por un mentiroso.

—Sólo necesitáis hallar algo verdadero que decir sobre ella. Así lo hace mi hermano Daeron. Hasta las prostitutas viejas y feas pueden tener el pelo bonito o unas orejas bien formadas, *Ser*.

—¿Orejas bien formadas? —Las dudas de Dunk aumentaron.

—O los ojos bonitos. Decidle que su túnica hace juego con el color de sus ojos. —El chico reflexionó un instante—. A menos que sólo tenga un ojo, como lord Cuervo de Sangre.

Mi señora, esa túnica le hace juego con el color de su ojo. Dunk había oído a caballeros y lores menores susurrar tales galanterías a otras damas. Sin embargo, ninguno se había andado con tantos rodeos. Buena señora, ese vestido es precioso. Hace juego con el color de sus dos adorables ojos. Algunas de las damas eran viejas y escuálidas, o gruesas y rubicundas, o tenían sífilis y eran poco atractivas, pero todas tenían vestido y dos ojos, y según recordó Dunk, se mostraron complacidas ante las palabras floridas. Qué vestido tan encantador, mi señora. Hace juego con la adorable belleza del hermoso color de sus ojos.

—La vida de un caballero errante es más simple —dijo Dunk, sombrío—. Si le digo algo incorrecto, me meterá en un saco de piedras y me arrojará al río.

—Dudo que tenga un saco tan grande, *Ser* —dijo Egg—. Podríamos usar mi bota.

—No —gruñó Dunk—, no podemos.

Cuando salieron del Bosque Cerradón, se hallaban más arriba del dique. Las aguas habían subido lo suficiente para que Dunk tomara ese trago con el que había soñado. *Lo bastante profundo para ahogar a un hombre*, pensó. En la orilla opuesta, el cauce había sido modificado para desviar parte del caudal hacia el oeste. La acequia transcurría paralela al camino, abasteciendo a una miríada de canales más pequeños que serpenteaban entre los campos. Una vez que crucemos el arroyo, estaremos en poder de la Viuda. Dunk se preguntó en qué se estaba metiendo. Sólo era un hombre, con un chico de diez años para guardar sus espaldas.

Egg se abanicaba el rostro.

—¿Ser? ¿Por qué nos detenemos?

—No lo hacemos. —Dunk azuzó su montura con los talones y se metió en el arroyo. Egg le siguió con la mula. El agua llegaba hasta la barriga de Trueno. Emergieron mojados en la orilla de la Viuda. Delante, la acequia discurría recta como una lanza, resplandeciente de verde y oro por el sol.

Cuando avistaron las torres de Fosafría varias horas más tarde, Dunk se detuvo para cambiar su buena túnica dorniana y aflojar la espada en su vaina. No quería que la hoja se quedara encallada si necesitaba sacarla. Egg también comprobó su daga, con cara solemne bajo el sombrero de paja. Cabalgaron a la par, Dunk sobre el gran caballo de guerra, el chico sobre la mula y el estandarte Osgrey ondeando apenas en su asta.

Fosafría resultó *ser* un tanto decepcionante, después de todo lo que *Ser* Eustace les había contado. Comparado con Bastión de Tormentas o Altojardín, y con otros señoríos que Dunk había visto, era un castillo modesto... pero era un castillo, no una torre de vigilancia fortificada. Su muralla exterior almenada se elevaban casi diez metros, y tenía torres en las esquinas, cada una de ellas la mitad más altas que Tiesa. De cada torreón y aguja colgaban con pesadez las banderas negras de Webber, todas ellas con el blasón de una araña moteada sobre una telaraña plateada.

—¿Ser? —dijo Egg—. El agua. Mirad adonde va.

El canal terminaba bajo los muros este de Fosafría, derramando el agua en el foso del cual el castillo tomaba su nombre. El borboteo del agua hizo que los dientes de Dunk rechinaran.

No se llevará mi Jaquel.

—Venga —le dijo a Egg.

Sobre la arcada de la entrada principal caía una fila de banderolas de araña, inmóviles ante la ausencia de aire, sobre el blasón más viejo esculpido en piedra. Siglos de viento y lluvia lo habían borrado, pero su forma aún estaba intacta: un león rampante hecho con cuadros ajedrezados. Las puertas de debajo estaban abiertas. Mientras trapaleaban por el puente levadizo, Dunk tomó nota de cuánto había descendido el foso. Dos metros o menos, juzgó.

Dos lanceros obstaculizaban su paso por el rastrillo. Uno tenía una gran barba negra y el otro no. El de la barba exigió saber sus intenciones.

—Mi señor de Osgrey me envía para tratar con *lady* Webber —le dijo

Dunk—. Me llaman *Ser Duncan* el Alto.

—Bueno, ya sabía que no erais Bennis —dijo el guardia barbilampiño—. Le hubiéramos olido al venir. —Le faltaba un diente y tenía el distintivo de la araña moteada bordado sobre el corazón.

El barbudo miraba escamado a Dunk.

—Nadie ve a su señoría a menos que *Dosmetros* dé su permiso. Venid conmigo. Vuestro mozo de cuadra puede quedarse con los caballos.

—Soy un escudero, no un mozo de cuadras —insistió Egg—. ¿Sois ciego, o sólo estúpido?

El guardia barbilampiño rompió en carcajadas. El de la barba puso la punta de la lanza sobre el cuello del chico.

—Repite eso.

Dunk le dio a Egg un bofetón en la oreja.

—No, cierra la boca y atiende a los caballos. —Desmontó—. Veré ahora a *Ser Lucas*.

El barbudo bajó la lanza.

—Está en el patio.

Pasaron bajo un rastrillo de puntas de hierro y bajo una buhedera antes de emerger al pabellón exterior. Los sabuesos ladraban en sus jaulas, y Dunk pudo oír cánticos que procedían de las ventanas con cristales emplomados de un sept heptagonal de madera. En frente de la herrería, un herrero calzaba un caballo de guerra, con la ayuda de un aprendiz. Al lado, un escudero estaba soltando flechas de las dianas de los arqueros, mientras que una niña pecosa con una larga trenza disparaba con el arco. El estafermo también estaba girando, mientras media docena de caballeros con armaduras de relleno acolchado hacía turnos para golpearlo.

Encontraron a *Ser Lucas Dosmetros* entre los observadores del estafermo, hablando con un enorme y obeso septon que sudaba más que Dunk y que parecía una morcilla enfundada en una ropa que parecía haberse dejado puesta para darse un baño. Inchfield se asemejaba a una lanza detrás del otro, rígido, derecho y muy alto... aunque no tanto como Dunk. Dos metros y cinco centímetros, calculó Dunk, y cada centímetro más orgulloso que el anterior. Aunque vestía de seda negra con hilos plateados, *Ser Lucas* parecía tan fresco como si hubiera estado caminado por el Muro.

—Mi señor —le saludó el guardia—. Éste viene de la torre gallinero para una audiencia con su señoría.

El septon se giró en primer lugar, con una risotada de regocijo que hizo pensar a Dunk si no estaría borracho.

—¿Y quién es éste? ¿Un caballero errante? Pues sí que tenéis caballeros altos en el Dominio. —El septon hizo un gesto de bendición—. Que el Guerrero luche siempre a vuestro lado. Soy el septon Sefton. Un nombre desafortunado, pero es el mío. ¿Y vos?

—*Ser Duncan el Alto*.

—Un chico modesto, éste —le dijo el septon a *Ser Lucas*—. Si yo fuera tan alto como él, me haría llamar *Ser Sefton el Inmenso*. *Ser Sefton la Torre*. *Ser Sefton con las Nubes* junto a los Oídos. —Su cara de luna estaba roja, y había manchas de vino sobre su túnica.

Ser Lucas estudió a Dunk. Era un hombre mayor, de cuarenta por lo menos, quizá incluso cincuenta, fibroso más que musculoso, con un rostro notablemente feo. Sus labios eran gruesos, sus dientes una maraña amarilla, su nariz ancha y bulbosa, sus ojos protuberantes. Y está enfadado, sintió Dunk, incluso antes que el hombre dijera:

—Los caballeros errantes son mendigos con espada en el mejor de los casos, o forajidos en el peor. Largaos. No queremos a nadie de tu calaña por aquí.

La cara de Dunk se ensombreció.

—*Ser Eustace Osgrey* me envía desde Tiesa para tratar con la señora del castillo.

—¿Osgrey? —El septon miró a *Dosmetros*—. ¿Osgrey del león jaquelado? Pensé que la Casa Osgrey estaba extinguida.

—Casi, y ya no importa. El viejo es el último de ellos. Le dejamos quedarse con una torre en ruinas a unos kilómetros al este. —*Ser Lucas* frunció el entrecejo ante Dunk—. Si *Ser Eustace* quiere hablar con su señoría, que venga él mismo. —Sus ojos se estrecharon—. Sois el que estaba con Bennis en la presa. No os molestéis en negarlo. Debería colgaros.

—Que los Siete nos asistan. —El septon se secó el sudor de la frente con la manga—. ¿Es un bandido? Y uno bien grande. *Ser*, arrepentíos de vuestros pecados, y la Madre tendrá misericordia. —La piadosa plegaria del septon se

vio interrumpida cuando se tiró un pedo—. Vaya, hombre. Disculpad mi ventosidad, *Ser*. Es por las alubias y el pan de cebada.

—No soy un bandido —les dijo Dunk a los dos, con toda la dignidad que pudo reunir.

A *Dosmetros* no le conmovió la negativa.

—No presupongáis mi paciencia, *Ser*... si es que sois *Ser*. Corred de vuelta a vuestra torre gallinero y decidle a *Ser* Eustace que envíe a *Ser* Bennis el Hedor Pardo. Si nos liberáis de la molestia de sacarlo de Tiesa, su señoría podría decidirse a *ser* más clemente.

—Hablaré con su señoría sobre *Ser* Bennis y el problema del dique, y también acerca del robo de nuestras aguas.

—¿Robo? —dijo *Ser* Lucas—. Decidle eso a nuestra señora, y estaréis nadando en una saca antes que se ponga el sol. ¿Estáis completamente seguro que deseáis verla?

La única cosa de la que Dunk estaba seguro era que quería meter el puño a través de los retorcidos dientes amarillos de Lucas Inchfield.

—Ya os he dicho lo que deseo.

—Oh, dejad que hable con ella —dijo el septon—. ¿Qué daño puede hacer? *Ser* Duncan ha hecho un largo camino cabalgando bajo este sol infernal, dejad que el muchacho tenga su charla.

Ser Lucas volvió a estudiar a Dunk.

—Nuestro septon es un hombre devoto. Venid. Os agradeceré que seáis breve. —Cruzó el patio a grandes pasos, y Dunk se vio obligado a apresurarse detrás de él.

Las puertas del sept del castillo se habían abierto, y los fieles se estaban desperdigando escaleras abajo. Había caballeros y escuderos, una docena de niños, varios ancianos, tres septas con túnicas blancas de capucha... y una mujer gorda de alta alcurnia, ataviada con un vestido largo azul oscuro damasquinado, engalanado con puntilla myriana, tan largo que sus fondillos arrastraban el polvo. Dunk calculó que tendría cuarenta. Bajo una redecilla plateada, su pelo rojizo formaba un moño alto, pero lo más rojo de ella era su rostro.

—Mi señora —dijo *Ser* Lucas, cuando se detuvieron ante ella y sus septas —, este caballero errante afirma traer un mensaje de *Ser* Eustace Osgrey. ¿Lo

escucharéis?

—Si así lo deseáis, *Ser Lucas*. —Miraba a Dunk tan fijamente que éste no pudo evitar recordar la charla de Egg sobre hechicería. No creo que ésta se bañe en sangre para mantener su belleza. La Viuda era gruesa y ancha, con una cabeza extrañamente aovada que su cabello no podía disimular del todo. Su nariz era demasiado grande, y su boca demasiado pequeña. Tenía dos ojos, según comprobó aliviado, pero para entonces todo pensamiento de galantería le había abandonado.

—*Ser Eustace* me ha ordenado hablar con vos acerca del reciente problema en vuestro dique.

Ella parpadeó.

—¿El... dique, decís?

Una multitud se empezaba a agolpar a su alrededor. Dunk pudo sentir varios ojos poco amistosos sobre sí.

—El arroyo —dijo—, el Jaquel. Su señoría construyó un dique sobre él...

—Oh, estoy segura de que no he hecho eso —replicó—. Porque he estado dedicada a mis oraciones toda la mañana, *Ser*.

Dunk oyó las risitas de *Ser Lucas*.

—No quise decir que su señoría construyera el dique por sí misma, sólo que... sin esas aguas, todos nuestros cultivos se perderán... los campesinos tienen alubias y cebada en los campos, y melones...

—¿De verdad? Me encantan los melones. —En su pequeña boca se formó una sonrisa—. ¿Qué clase de melones son?

Dunk miró incómodo el círculo de caras, y sintió que la suya propia se ruborizaba. Aquí pasa algo. *Dos metros* me está tomando por estúpido.

—Mi señora, ¿podríamos continuar nuestra conversación en un lugar más privado?

—¡Un venado de plata a que el gran zoquete quiere llevársela a la cama! —se burló alguien, y un rugido de carcajadas le rodeó. La dama se encogió medio aterrorizada, y levantó ambas manos para taparse el rostro. Una de las septas se puso rápidamente a su lado, y puso un brazo protector alrededor de sus hombros.

—¿Qué es todo este regocijo? —La voz, fría y firme, cortó las risas—. ¿Nadie va a compartir la broma? *Ser* caballero, ¿por qué molestáis a mi

inocente hermana?

Era la chica que había visto antes con las dianas de arquería. Llevaba una aljaba de flechas en una cadera, y asía un arco largo que era tan alto como ella, lo que no era mucho. Si Dunk pasaba once centímetros de los dos metros, la niña del arco pasaba uno del metro y medio.

Podría rodear su cintura con las dos manos. Su cabello rojo estaba recogido en una trenza tan larga que rozaba sus muslos, y tenía un hoyuelo en la barbilla, la nariz respingona y una ligera rociada de pecas en las mejillas.

—Disculpadnos, *lady* Rohanne. —El que habló era un joven y apuesto lord con el centauro de los Caswell bordado en su jubón—. Este zoquete tomó a *lady* Helicent por vos.

Dunk miró de una dama a otra.

—¿Vos sois la Viuda Escarlata? —Se oyó tartamudear—. Pero vos sois demasiado...

—¿Joven? —La chica le alargó el arco al chico larguirucho con el que le había visto tirar—. Da la casualidad de que tengo veinticinco años. ¿O era bajita lo que quisisteis decir?

—... hermosa. Era hermosa. —Dunk no sabía de dónde había salido eso, pero dio las gracias.

Le gustaba su nariz, el color rubio fresa de su cabello y los pequeños pero bien formados pechos debajo del chaleco de cuero.

—Pensé que seríais... es decir... dicen que sois cuatro veces viuda, así que...

—Mi primer marido murió cuando yo tenía diez años. Él tenía doce, era el escudero de mi padre, y cayó en Campo de Hierbarroja. Mis maridos rara vez duran mucho, me temo. El último murió en la primavera.

Aquello era lo que siempre decían de los que habían perecido durante la Gran Epidemia Primavera. Murió en la primavera. Muchas decenas de miles habían muerto en la primavera, entre ellos un viejo rey sabio y dos jóvenes y prometedores príncipes.

—Yo... lamento todas sus pérdidas, mi señora. —Una galantería, alcornoque, dile una galantería—. Quisiera decirle que... su vestido...

—¿Vestido? —Ella bajó la mirada, hasta sus botas y sus calzones, la blusa de lino y el chaleco de cuero—. No llevo vestido.

—Vuestro cabello, quiero decir... es suave y...

—¿Y cómo lo sabéis, *Ser*? Si alguna vez hubierais tocado mis cabellos, creo que lo recordaría.

—Suave no —dijo Dunk abatido—. Rojo, quise decir. Vuestro pelo es muy rojo.

—¿Muy rojo, *Ser*?, ah, no tan rojo como vuestro rostro, espero. —Se rió, y los testigos se rieron con ella.

Todos excepto Lucas *Dosmetros*.

—Mi señora —interrumpió—, este hombre es una de las espadas a sueldo de Tiesa. Estaba con Bennis del Escudo Pardo cuando atacó a vuestros excavadores en el dique y sajó el rostro de Wolmer. El viejo Osgrey le envía para tratar con vos.

—Así es, mi señora. Me llaman *Ser Duncan el Alto*.

—*Ser Duncan el Lerdo*, más bien —dijo un caballero barbudo que llevaba el relámpago triple de Leygood. Sonaron más carcajadas. Hasta *lady Helicent* se había recobrado lo suficiente para permitirse una risita.

—¿Acaso la cortesía de Fosafría murió con mi padre? —preguntó la chica. No, la chica no, la mujer madura—. ¿Cómo es que *Ser Duncan* cometió semejante error, me pregunto?

Dunk le dirigió a Inchfield una mirada maligna.

—La culpa fue mía.

—¿En serio? —La Viuda Escarlata miró a Dunk de los pies a la cabeza, aunque su mirada se detuvo más en su pecho—. Un árbol y una estrella fugaz. Nunca había visto antes ese blasón. —Tocó la túnica de él, siguiendo una rama del olmo con dos dedos—. Y pintado, no cosido. Había oído que los dornianos pintan sus sedas, pero vos parecéis demasiado grande para *ser* dorniano.

—No todos los dornianos son pequeños, mi señora. —Dunk pudo sentir los dedos de ella a través de la seda. Su mano también tenía pecas. Apuesto a que tiene pecas por todo el cuerpo.

Su boca estaba extrañamente seca.

—Pasé un año en Dorne.

—¿Todos los robles crecen tan altos allí? —dijo, mientras sus dedos trazaban una rama del árbol en torno a su corazón.

—Se supone que es un olmo, mi señora.

—Lo recordaré. —Retiró la mano, solemne—. El patio es demasiado cálido y polvoriento para una conversación. Septon, mostrad a *Ser Duncan* mi sala de audiencias.

—Será un gran placer, hermana.

—Nuestro invitado tendrá sed. Deberíais enviar también a por una jarra de vino.

—¿Debo? —El hombre gordo sonrió—. Bien, si os place.

—Me reuniré con vos en cuanto me haya cambiado. —Se desabrochó el cinturón y la aljaba y se los pasó a su compañero—. Avisad también al maestre Cerrick. *Ser Lucas*, id y pedidle que nos acompañe.

—Lo llevaré en un momento, mi señora —dijo *Lucas Dosmetros*.

La mirada que le dedicó a su castellano era fría.

—No será necesario. Sé que tenéis muchas tareas que realizar por el castillo. Será suficiente que enviéis al maestre Cerrick a mis aposentos.

—Mi señora —dijo *Dunk*—. Mi escudero ha sido retenido en las puertas. ¿Podría unirse también a nosotros?

—¿Vuestro escudero? —Cuando ella sonreía, parecía una niña de quince años, no una mujer de veinticinco. Una hermosa muchacha llena de travesuras y risas—. Por supuesto, si os complace.

No bebáis el vino, *Ser* —le susurró Egg mientras esperaban al septon en la sala de audiencias. Los suelos de piedra estaban cubiertos con esteras de delicados colores, y de las paredes colgaban tapices con escenas de batallas y torneos.

Dunk soltó un bufido.

—No tiene necesidad de envenenarme —le contestó en voz baja—. Ella cree que soy un enorme inútil con nada más que gachas entre las orejas, ya sabes.

—Pues resulta que a mi hermana le gustan las gachas —dijo el septon Sefton, mientras aparecía con una jarra de vino, otra de agua y tres copas—. Sí, sí, os he oído, soy gordo, no sordo. —Llenó dos copas con vino y una con agua. Le dio la tercera a Egg, quien le dedicó una mirada suspicaz y la puso a un lado. El septon no se dio cuenta—. Esta es una cosecha de El Rejo —le decía a Dunk—. Muy buena, y el veneno le da un regustillo especial. —Le guiñó un ojo a Egg—. Rara vez toco la uva yo mismo, pero eso he oído. —Le alargó una copa a Dunk.

El vino estaba cargado y dulce, pero Dunk bebió con cautela, y sólo después de que el septon hubiera bebido la mitad del suyo de tres grandes tragos. Egg se cruzó de brazos y continuó ignorando el agua.

—A ella le gustan las gachas —dijo el septon—, y vos también, *Ser*. Conozco a mi propia hermana. Cuando os vi por primera vez en el patio, casi esperé que fuerais algún pretendiente, venido de Desembarco del Rey para pedir la mano de mi señora.

Dunk frunció el ceño.

—¿Cómo supisteis que era de Desembarco del Rey, septon?

—Los desembarqueños tenéis una cierta manera de hablar. —El septon tomó un sorbo de vino, lo paladeó, lo tragó y suspiró con placer—. He servido allí muchos años, a las órdenes de nuestro Septon Supremo en el Gran Sept de Baelor. —Suspiró—. No conoceríais la ciudad desde la primavera. Las hogueras la han cambiado. Una cuarta parte de las casas ya no existe, y otra cuarta está vacía. Las ratas también se han ido. Esta es la cosa más extraña. Jamás pensé en ver una ciudad sin ratas.

Dunk también lo había oído.

—¿Estuvisteis allí durante la Gran Epidemia Primavera?

—Oh, por supuesto. Un momento horroroso, *Ser*, horroroso. Hombres fuertes que se levantaban sanos al alba y caían muertos al ocaso. Morían tantos y tan rápido que no había tiempo de enterrarlos. En su lugar, los apilaban en el Pozo Dragón, y cuando los cadáveres alcanzaban los tres metros de altura, Lord Ríos ordenaba a los piromantes que los quemaran.

»La luz de las hogueras brillaba a través de las ventanas, como lo hizo antaño cuando los dragones vivos anidaban bajo la colina. Por la noche se podía ver el fulgor por toda la ciudad, el resplandor verde oscuro del fuego. El color verde aún me persigue en estos días. Dicen que la primavera fue mala en Lannisport y peor en Antigua, pero en Desembarco del Rey se llevó a cuatro de cada diez. No había diferencias entre jóvenes o ancianos, ni entre ricos o pobres, ni entre sanos y débiles. Nuestro buen Gran Septon falleció, la mismísima voz de los dioses en la tierra, junto a un tercio de los Más Devotos y casi todas nuestras hermanas con voto de silencio. Su Graciosa Majestad el rey Daeron, la dulce Matarys y el audaz Valarr, la Mano...

»Oh, fueron tiempos terribles. Al final, media ciudad le rezaba al Desconocido. —Tomó otro trago—. ¿Y dónde estabais vos, *Ser*?».

—En Dorne —dijo Dunk.

—Gracias a la Madre por su misericordia, entonces. —La Gran Epidemia Primavera nunca llegó a Dorne, quizá porque los dornianos habían cerrado sus fronteras y puertos, al igual que los Arryn del Valle, que también se habían librado—. Toda esta charla sobre muerte es suficiente para alejar a un hombre del vino, pero el consuelo es difícil de encontrar en esos momentos cuando estás vivo. La sequía dura, a pesar de nuestras oraciones. El bosque del Rey es como un pedazo de yesca, y los incendios rugen allí día y noche.

Bittersteel y los hijos de Daemon Fuegoscurio maquinan conspiraciones en Tyrosh, y los krakens de Dagon Greyjoy rondan el mar al atardecer como lobos, merodeando casi hasta El Rejo. Se dice que se llevaron la mitad de las riquezas de Isla Bella, y también un centenar de mujeres. Lord Farman está reuniendo sus defensas, aunque eso me recuerda al hombre que coloca un cinturón de castidad en su hija embarazada cuando su barriga es tan grande como la mía. Lord Bracken se muere lentamente en El Tridente, y su hijo mayor pereció en la primavera. Eso significa que el sucesor será *Ser Otho*. Los Blackwood nunca soportarán al Bruto de Bracken como vecino. Será la guerra.

Dunk sabía de la antigua enemistad entre los Blackwood y los Bracken.

—¿No les obligará su señor feudal a firmar la paz?

—¡Ay de mí! —dijo el septon Sefton—. Lord Tully es un chiquillo de ocho años rodeado de mujeres. Aguasdulces hará poco, y el rey Aerys hará menos. A menos que algún maestre escriba un libro sobre ello, todo el asunto escapará a su real conocimiento. No es probable que Lord Ríos permita que un Bracken entre a verlo. Recordad, nuestra Mano nació medio Blackwood. Si actúa, será sólo para ayudar a sus primos a mantener a raya al Bruto. La Madre marcó a Lord Ríos el día que nació, y Bittersteel le marcó de nuevo en Campo de Hierbarroja.

Dunk sabía que se refería a Cuervo de Sangre. El verdadero nombre de la Mano era Brynden Ríos. Su madre había sido una Blackwood, y su padre el rey Aegon el Cuarto.

El gordo se bebió su vino y continuó.

—En cuanto a Aerys, Su Gracia se preocupa más de antiguos pergaminos y profecías polvorientas que de lores y leyes. Ni siquiera se ha preocupado de procrear un heredero. La reina Aelinor reza todos los días en el Gran Sept, rogándole a la Madre Celestial que le bendiga con un niño, aunque sigue siendo doncella. Aerys tiene sus propios aposentos, y se comenta que se llevaría a la cama antes un libro que una mujer. —Volvió a llenar su copa—. No os confundáis, es Lord Ríos quien nos gobierna, con sus hechizos y sus espías. No hay nadie que se le oponga. El príncipe Maekar es corroído por la ira en el Refugio Estival, mientras alimenta sus quejas contra su regio hermano. El príncipe Rhaegal es sumiso y está enajenado, y sus niños son...

bueno, niños. Los amigos y favorecidos de Lord Ríos copan todas las dependencias, los lores de las provincias pequeñas comen de su mano, y el nuevo Gran Maestre es tan adepto a la hechicería como él. La Fortaleza Roja está guardada por Picos de Cuervo y nadie ve al rey sin su permiso.

Dunk se removió incómodo en su asiento. ¿Cuántos ojos tiene lord Cuervo de Sangre? Un millar, y uno. Esperaba que la Mano del Rey no tuviera también un millar de oídos y uno. Algunas cosas de las que decía el septon Sefton sonaban a traición. Miró a Egg, para ver como se estaba tomando todo aquello. El chico luchaba con todas sus fuerzas para sujetar su lengua.

El septon se puso en pie.

—Mi buena hermana tardará aún un rato. Como todas las grandes damas, los primeros diez vestidos que se pruebe no harán juego con su estado de ánimo. ¿Queréis más vino? —Sin esperar respuesta, rellenó ambas copas.

—La dama que confundí —dijo Dunk, ansioso por cambiar de tema—, ¿es vuestra hermana?

—Todos somos hijos de los Siete, *Ser*, pero aparte de eso... dioses, no. *Lady* Helicent era la hermana de *Ser* Rolland Uffering, el cuarto marido de *lady* Rohanne, quien falleció en la primavera. Mi hermano fue su predecesor, *Ser* Simon Staunton, quien tuvo la desgracia de ahogarse con un hueso de pollo. Fosafría está llena de fantasmas, se dice. Los maridos mueren aunque su parentela se queda, para beberse los vinos de mi señora y comer sus alimentos, como una plaga de rollizas polillas sobre la seda y el terciopelo. — Se enjugó la boca—. Y sin embargo, debe casarse otra vez, y pronto.

—¿Debe? —dijo Dunk.

—La voluntad de su padre así lo exige. Lord Wyman quería nietos que siguieran la línea de descendencia. Cuando enfermó intentó casarla con *Dosmetros*, para poder morir sabiendo que ella tenía un hombre fuerte que la protegiera, pero Rohanne le rechazó. Su señoría se vengó con su última voluntad. Si permanece soltera en el segundo aniversario del fallecimiento de su padre, Fosafría y sus tierras pasan a su primo Wendell. Quizá le vierais en el patio. Un hombre bajo con bocio en el cuello, muy dado a las flatulencias. Aunque no soy quién para decir eso. Yo mismo tengo la maldición del exceso de viento. Sea como fuere, *Ser* Wendell es codicioso y estúpido, pero su

esposa es la hermana de lord Rowan... y es condenadamente fértil, eso no puede negarse. Ella da a luz con tanta frecuencia como él se pederrea. Sus hijos son tan negados como él, sus hermanas son peores, y todos ellos han empezado a contar los días. Lord Rowan ha confirmado el testamento, así que su señoría sólo tiene hasta la próxima luna nueva.

—¿Por qué ha esperado tanto? —preguntó Dunk en alto.

El septon se encogió de hombros.

—A decir verdad, ha habido escasez de pretendientes. Mi hermana no es difícil de mirar, ya os habréis dado cuenta, y tiene un buen castillo y vastas tierras que añadir a sus encantos. Si pensaraís que hay hijos menores y caballeros sin tierras revoloteando alrededor de su señoría como moscas, os equivocaríais. Los cuatro esposos muertos los hacen recelosos, y también están aquellos que dicen que ella es estéril... aunque nunca en su presencia, a menos que anhelan ver el interior de una jaula. Dio a luz a dos bebés, un niño y una niña, pero ninguno vivió para ver su cumpleaños. Aquellos que no son alejados por los rumores de envenenamientos y brujerías no cuentan con la aprobación de *Dosmetros*. Lord Wyman le encargó en su lecho de muerte que protegiera a su hija de los pretendientes indignos, lo que él ha tomado como todos los pretendientes. Todo hombre que quiera su mano debe antes enfrentarse a la espada de *Dosmetros*. —Se terminó el vino y puso la copa a un lado—. Eso no quiere decir que no haya habido ninguno. Cleyton Caswell y Simon Leygood han sido los más persistentes, aunque parecen más interesados en las tierras de ella que en su persona. Si me estuviera permitido apostar, me jugaría todo mi oro por Gerold Lannister. Aún tiene que hacer acto de aparición, pero dicen que es rubio como el oro y rápido de ingenio, y que mide más de metro ochenta y pico...

—... y *lady* Webber se siente atraída por sus cartas. —La *lady* en cuestión estaba de pie en la entrada, junto a un joven maestre poco agraciado con una gran nariz ganchuda—. Perderíais vuestra apuesta, cuñado. Gerold nunca abandonará voluntariamente los placeres de Lannisport y el esplendor de Roca Casterly por un pequeño señorío. Tiene más influencia como hermano y consejero de lord Tybolt de lo que jamás podría esperar como mi marido. Y en cuanto a los demás, *Ser* Simon necesitaría vender la mitad de mis tierras para pagar sus deudas y *Ser* Cleyton tiembla como una hoja cada

vez que *Dosmetros* se digna a mirar en su dirección. Además, es más hermoso que yo. Y vos, septon, tenéis la boca más grande de Poniente.

—Una gran barriga requiere una gran boca —dijo el septon Sefton, totalmente impertérrito—. De otro modo, pronto se vuelve pequeña.

—¿Vos sois la Viuda Escarlata? —preguntó Egg, atónito—. ¡Yo soy casi tan alto como vos!

—Otro chico hizo la misma observación no hará medio año. Le envié al potro para hacerlo más alto. —Cuando *lady* Rohanne tomó asiento en la silla alta del estrado, se colocó la trenza hacia delante sobre el hombro izquierdo. Era tan larga que su extremo se posó sobre su regazo, como un gato durmiente—. *Ser* Duncan, no debería haberos tomado el pelo en el patio, cuando intentabais *ser* tan gentil. Es sólo que os pusisteis tan colorado... ¿No había chicas que os tomaran el pelo, en el pueblo en el que crecisteis tan alto?

—El pueblo fue Desembarco del Rey. —No mencionó Lecho de Pulgas—. Había chicas, pero...

—El tipo de tomaduras de pelo que se estilaban en Lecho de Pulgas a veces incluía cortarte un dedo del pie.

—Supongo que tenían miedo de burlarse. —*Lady* Rohanne acarició su trenza—. No hay duda de que temían vuestro tamaño. No penséis mal de *lady* Helicent, os lo ruego. Mi cuñada es una criatura simple, pero no haría daño a nadie. Es tan piadosa, que no podría vestirse sola sin sus septas.

—No fue cosa suya. El error fue mío.

—Mentís de manera muy cortés. Sé que fue *Ser* Lucas. Es un hombre con un sentido del humor cruel y vos lo ofendisteis a la vista de todos.

—¿Cómo? —dijo Dunk, confuso—. No le he hecho nada.

Ella sonrió con una expresión que a él le hizo desear que la mujer fuese de menor abolengo.

—Os vi de pie junto a él. Sois varios centímetros más alto. Hacía mucho tiempo que *Ser* Lucas no conocía a nadie a quien no pudiera mirar por encima del hombro. ¿Qué edad tenéis, *Ser*?

—Cerca de veinte, si os place, mi señora. —A Dunk le gustaba lo de rondar los veinte, aunque lo más probable era que fuese un año más joven, puede que dos. Nadie lo sabía con exactitud, y él menos que nadie. Debía haber tenido un padre y una madre como todo el mundo, pero no los había

conocido, ni siquiera sus nombres, y nadie en Lecho de Pulgas se había preocupado mucho de cuando había nacido, ni de quien.

—¿Sois tan fuerte como aparentáis?

—¿Cuán fuerte aparento, mi señora?

—Oh, lo bastante fuerte para derribar a *ser* Lucas. Es mi castellano, pero no por elección mía. Al igual que Fosafría, es un legado de mi padre. ¿Os convertisteis en caballero en algún campo de batalla, *ser* Duncan? Vuestro discurso sugiere que no sois de noble cuna, si me excusáis el comentario.

Nací en el arroyo.

—Un caballero errante llamado *ser* Arlan de Pennytree me tomó como escudero cuando sólo era un niño. Me enseñó la caballería y las artes de la guerra.

—¿Y ese mismo *ser* Arlan os ordenó caballero?

Dunk se miró los pies. Una de sus botas estaba a medio desatar, según vio.

—Nadie más era probable que lo hiciera.

—¿Dónde está ahora *ser* Arlan?

—Murió. —Levantó la mirada. Podría atarse la bota más tarde—. Le enterré en la ladera de una colina.

—¿Cayó valientemente en batalla?

—Llovió mucho. Cogió una pulmonía.

—Los ancianos son frágiles, lo sé. Aprendí eso de mi segundo marido. Yo tenía trece años cuando nos desposamos. Él hubiera cumplido cincuenta y cinco en su próxima onomástica, si hubiera vivido lo suficiente. Cuando llevaba medio año bajo tierra, le di un hijo, pero El Desconocido también vino por él. Los septones dijeron que su padre lo quería a su lado. ¿Qué pensáis vos, *ser*?

—Bueno —dijo Dunk, dubitativo—, así sería, mi señora.

—Estupideces —dijo ella—, el chico nació demasiado débil. Una cosita tan pequeña. Apenas tenía fuerza para amamantarse. Más aún, los dioses le concedieron a su padre cincuenta y cinco años. Podrían haberle concedido más de tres días al hijo.

—Podrían. —Dunk sabía poco o nada de los dioses. A veces iba al septon, y rezaba para que el Guerrero le concediera fuerza a sus brazos, pero

aparte de eso no tenía contacto con los Siete.

—Lamento que vuestro *ser* Arlan falleciese —dijo—, y más aún que *ser* Eustace os tomara a su servicio. Todos los ancianos no son iguales, *Ser* Duncan. Haríais bien en regresar a vuestra casa de Pennytree.

—No tengo hogar sino allí donde juro por mi espada, —Dunk nunca había visto Pennytree; ni siquiera podía asegurar que estuviera en el Dominio.

—Juradla aquí, entonces. Vivimos tiempos inciertos. Necesito caballeros. Tenéis aspecto de tener un gran apetito, *Ser* Duncan. ¿Cuántos pollos podéis comerlos? En Fosafría tendríais vuestro plato lleno de carne de cerdo caliente y dulces tartas de frutas. Vuestro escudero también parece falto de sustento. Es tan escuálido que todo el cabello se le ha caído. Podría compartir celda con otros chicos de su edad. Le gustaría. Mi maestro armero puede entrenarle en las artes del combate.

—Yo le entreno —dijo Dunk, a la defensiva.

—¿Y quién más? ¿Bennis? ¿El viejo Osgrey? ¿Los pollos?

Había días en los que Dunk había puesto a Egg a perseguir a los pollos. *Le ayuda a ser más rápido*, pensó, pero sabía que si se lo decía, se reiría. Le estaba distrayendo, con su nariz respingona y sus pecas. Dunk tuvo que recordarse por qué le había enviado allí *Ser* Eustace.

—Mi espada es leal a lord Osgrey, mi señora —dijo—, y así seguirá.

—Sea, *Ser*. Hablemos de asuntos menos placenteros. —*Lady* Rohanne le dio un tirón a su trenza—. Nosotros no toleramos ataques ni a Fosafría ni a sus gentes. Por tanto, decidme por qué no debo coser un saco con vos en el interior.

—He venido a parlamentar —le recordó él—, y he bebido vuestro vino. —El sabor aún llenaba su boca, sabroso y dulce. Siempre y cuando no estuviera envenenado. Quizá era el vino el que le hacía *ser* audaz—. Y no tenéis un saco lo bastante grande para mí.

Para su alivio, el chiste hizo que ella sonriera.

—Sin embargo, tengo uno que será suficiente para Bennis. El maestre Cerrick dice que el rostro de Wolmer fue sajado casi hasta el hueso.

—*Ser* Bennis perdió los nervios con el hombre, mi señora. *Ser* Eustace me envió pagar el precio de sangre.

—¿El precio de sangre? —Se rió—. Es un anciano, lo sé, pero no me había dado cuenta de que estaba tan viejo. ¿Cree que vivimos en la Edad de los Héroes, cuando la vida de un hombre no costaba más que un saco de plata?

—El excavador no murió, mi señora —le recordó Dunk—. Nadie que yo viera fue asesinado. Su cara fue cortada, eso es todo.

Los dedos de ella danzaban perezosamente a lo largo de su trenza.

—¿En cuánto valora *Ser* Eustace la mejilla de Wolmer, decidme?

—Un venado de plata. Y tres para vos, mi señora.

—*Ser* Eustace le pone un precio muy tacaño a mi honor, aunque tres venados son mejor que tres pollos, eso seguro. Haría mejor en enviarme a Bennis para que yo lo castigara.

—¿Eso incluiría el saco que mencionasteis?

—Puede *ser*. —Balanceó su trenza con una mano—. Osgrey puede guardarse su plata. Sólo la sangre puede pagar la sangre.

—Bien —dijo Dunk—, puede *ser* como decís, mi señora, ¿pero por qué no enviar a por el hombre que *Ser* Bennis hirió, y le preguntamos si preferiría un venado de plata o a Bennis en un saco?

—Oh, escogería la plata, si no pudiera tener las dos cosas. Eso no lo dudo, *Ser*. Pero no es él quien tiene que hacer la elección. Ahora es un asunto entre el león y la araña, no de mejillas de labriegos. Es a Bennis a quien quiero, y es a Bennis a quien tendré. Nadie cabalga hasta mis tierras, hace daño a los míos y escapa para reírse de ello.

—Su señoría cabalgó hasta tierra de Tiesa, e hizo daño a uno de los de *Ser* Eustace —dijo Dunk, antes de pararse a pensarlo.

—¿Eso hice? —Volvió a tirar de su trenza—. Si te refieres al cuatrero, el individuo tenía muy mala reputación. Me quejé en dos ocasiones a Osgrey, y sin embargo no hizo nada. Yo no ruego por tercera vez. La ley del rey me garantiza el derecho al foso y a la horca.

Fue Egg quien respondió.

—En sus propias tierras —insistió el chico—. La ley del rey otorga a los lores el derecho de imponer el foso y la horca en su propio territorio.

—Chico listo —dijo ella—. Si tanto sabes, también estarás al tanto de que los caballeros con tierras no tienen derecho a castigar sin el consentimiento

de su señor feudal. *Ser Eustace* obtuvo Tiesa de lord Rowan. Bennis rompió la paz del Rey cuando derramó sangre, y debe pagar por ello. —Miró a Dunk—. Si *Ser Eustace* me envía a Bennis, le cortaré la nariz, y eso será el fin del asunto. Si tengo que ir y llevármelo, no prometo nada.

Dunk tuvo de repente una extraña sensación en el fondo del estómago.

—Se lo diré, pero no entregará a *Ser Bennis*. —Dudó—. El dique fue la causa de todo el problema. Si su señoría consintiera en derribarlo...

—Imposible —declaró el joven maestre al lado de *lady Rohanne*—. Fosafría sostiene a veinte veces más campesinos que Tiesa. Su señoría tiene campos de trigo, maíz y cebada que se están muriendo por la sequía. Tiene media docena de huertas, manzanas, albaricoques y tres clases de peras. Tiene reses a punto de parir, quinientas ovejas de morro negro, y cría los caballos más excelentes del Dominio. Tenemos una docena de yeguas a punto de dar a luz.

—*Ser Eustace* también tiene ovejas —dijo Dunk—. Posee melones en los campos, alubias, cebada, y...

—¡Habéis estado cogiendo agua para el foso! —dijo Egg en voz alta.

Estaba llegando a lo del foso, pensó Dunk.

—El foso es esencial para las defensas de Fosafría —insistió el maestre—. ¿Sugerís que *lady Rohanne* quede expuesta a ataques, en tiempos inciertos como éstos?

—Bueno —dijo Dunk lentamente—, un foso seco sigue siendo un foso. Y mi señora tiene fuertes murallas, y numerosos hombres para defenderlas.

—*Ser Duncan* —dijo *lady Rohanne*—, yo tenía diez años cuando se alzó el dragón negro. Le rogué a mi padre que no se arriesgara, o que al menos me dejara a mi esposo. ¿Quién me iba a proteger, si mis dos hombres muriesen? Así que me subió a las murallas, y me señaló los puntos fuertes de Fosafría. «Mantenlos fuertes», me dijo, «y ellos te mantendrán a salvo. Si miras por tus defensas, ningún hombre te hará daño». La primera cosa a la que apuntó fue el foso. —Se acarició la mejilla con la punta de la trenza—. Mi primer marido murió en Campo de Hierbarroja. Mi padre me encontró otros, pero El Desconocido se los llevó también. Ya no confío en los hombres, no importa lo numerosos que parezcan. Confío en la piedra, en el acero y en el agua. Confío en los fosos, *Ser*, y el mío no se secará.

—Lo que os dijo vuestro padre es cierto y bueno —dijo Dunk—, pero no os da derecho a llevaros el agua de Osgrey.

Ella le dio un tirón a la trenza.

—Supongo que *Ser* Eustace os dijo que el arroyo es suyo.

—Durante mil años —dijo Dunk—. Se llama Jaquel. Eso está claro.

—Así es. —Volvió a tironearse del pelo, una, dos, tres veces—. Igual que el río se llama Mander, aunque los Manderly fueron expulsados de sus riberas hace mil años. Altojardín sigue siendo Altojardín, aunque el último Gardener murió en el Campo de Fuego. Roca Casterly está llena de Lannister, y no se ve ni un Casterly. Las palabras cambian, *Ser*. El Jaquel nace en las Colinas de la Herradura, que eran mías por completo la última vez que lo comprobé. El agua también es mía. Maestre Cerrick, mostrádselo.

El maestre descendió de la tarima. Podía no *ser* mucho mayor que Dunk, pero con sus ropas grises y su collar de cadenas tenía un aire de sabiduría sombría que sobrepasaba su edad. En sus manos tenía un viejo pergamino.

—Comprobadlo por vos mismo, *Ser* —dijo mientras lo desenrollaba y se lo ofrecía a Dunk.

Dunk el Tocho, la mollera tan dura como la muralla de un castillo. Volvió a sentir que sus mejillas se arrebolaban. Por cortesía, tomó el pergamino del maestre y frunció el ceño ante la escritura. Ni una de las palabras eran inteligibles para él, pero conocía el sello de cera bajo la caligrafía adornada: el dragón de tres cabezas de la Casa Targaryen. El sello del Rey. Estaba mirando un decreto real de algún tipo. Dunk movió la cabeza de lado a lado para que pensarán que estaba leyendo.

—Aquí hay una palabra que no distingo —murmuró, después de un momento—. Egg, ven a echar un vistazo, tú tienes los ojos más finos que los míos.

El chico se apresuró a ponerse a su lado.

—¿Qué palabra, *Ser*? —Dunk apuntó—. ¿Ésa? Oh. —Egg leyó rápidamente, luego levantó la mirada hacia Dunk e hizo un leve gesto de asentimiento.

Es su arroyo. Tiene un papel. Dunk se sintió como si le hubiera dado un gancho en el estómago. El mismísimo sello del Rey.

—Aquí... debe haber algún error. Los hijos del anciano murieron al

servicio del Rey, ¿por qué iba Su Gracia a quitarle el arroyo?

—Si el rey Daeron hubiera sido un hombre menos clemente, también le hubiera quitado la cabeza.

Durante medio latido de corazón, Dunk estuvo perdido.

—¿Qué queréis decir?

—Quiere decir —dijo el maestre Cerrick—, que *Ser* Eustace Osgrey es un rebelde y un traidor.

—*Ser* Eustace escogió el dragón negro en lugar del rojo, con la esperanza de que un rey Fuegoscurto pudiera restaurarle las tierras y castillos que los Osgrey habían perdido bajo el poder de los Targaryen —dijo *lady* Rohanne—. Sobre todo, quería Fosafría. Sus hijos pagaron por su traición con su vida. Cuando llevó sus restos a casa y entregó a su hija a los hombres del rey como rehén, su mujer se arrojó desde el tejado de la torre de Tiesa. ¿No os contó eso *Ser* Eustace? —Su sonrisa fue triste—. No, no lo creo.

—El dragón negro. —Juraste tu espada a un traidor, tocho. Comiste el pan de un traidor y dormiste bajo el techo de un traidor—. Mi señora —dijo cauteloso—, el dragón negro... eso fue hace quince años. Esto es ahora, y hay sequía. Aunque fuese un rebelde entonces, *Ser* Eustace sigue necesitando el agua.

La Viuda Escarlata se incorporó, y se estiró la falda.

—Entonces, sería mejor que rezara pidiendo lluvia.

Fue entonces cuando Dunk recordó las palabras de despedida de Osgrey en el bosque.

—Si no le concedéis parte del agua por él, hacedlo al menos por su hijo.

—¿Su hijo?

—Addam. Sirvió aquí como paje y escudero de vuestro padre.

El rostro de *lady* Rohanne se volvió pétreo.

—Acercaos.

No sabía qué hacer, aparte de obedecer. La tarima añadía bastante a la altura de ella, pero aún así Dunk sobresalía sobre la otra figura.

—Arrodillaos —dijo ella. Así lo hizo.

La bofetada que le dio iba con todas las fuerzas, y era más fuerte de lo que parecía. Su mejilla ardía, y pudo sentir en la boca el sabor de la sangre de un labio partido, pero en realidad no le había dolido. Por un momento, todo

en lo que pudo pensar Dunk fue cogerla por aquella larga trenza roja y ponerla sobre su regazo para azotarle el trasero, como a un niño revoltoso. Si lo hago, no obstante, gritará, y veinte caballeros vendrán a toda prisa para matarme.

—¿Osáis apelar a mí en nombre de Addam? —Los orificios de su nariz temblaban—. Marchaos de Fosafría, *Ser*. De inmediato.

—Nunca quise...

—Marchaos, o encontraré un saco lo bastante grande para vos. Decidle a *Ser* Eustace que me traiga a Bennis del Escudo Pardo mañana, o iré yo misma por él con el fuego y la espada. ¿Me comprendéis? ¡Fuego y espada!

El septon Sefton asió el brazo de Dunk y le sacó con presteza de la sala. Egg les siguió de cerca.

—Eso fue de lo más estúpido, *Ser* —le susurró el septon, y le condujo a las escaleras—. De lo más estúpido. Mencionar a Addam Osgrey...

—*Ser* Eustace me dijo que el chico le gustaba.

—¿Gustarle? —El septon bufó con pesadez—. Amaba al chico, y él a ella. Nunca fue más allá de uno o dos besos, pero... fue por Addam por quien lloró después de Campo de Hierbarroja, no por el marido a quien apenas conocía. Le echa la culpa de su muerte a *Ser* Eustace, y tiene razón. El chico tenía doce años.

Dunk sabía lo que era soportar una herida. Cada vez que alguien hablaba del Prado de Vado Ceniza, pensaba en los tres hombres buenos que murieron para salvar su pie, y siempre dolía.

—Decidle a mi señora que no era mi intención hierirla. Suplicad su perdón.

—Haré lo que pueda, *Ser* —dijo el septon Sefton—, pero decidle a *Ser* Eustace que traiga a *Ser* Bennis, y rápido. De otro modo la cosa empeorará para él. Empeorará mucho.

No fue hasta que las murallas y las torres de Fosafría se perdieron en el oeste detrás de ellos que Dunk se volvió hacia Egg y le dijo:

—¿Qué palabras había escritas en el papel?

—Era una concesión de derechos, *Ser*. Para lord Wyman Webber, de parte del Rey. Por su leal servicio en la última rebelión, lord Wyman y sus descendientes fueron recompensados con todos los derechos sobre el Jaquel, desde su nacimiento en las Colinas de la Herradura hasta la orilla del Lago Frondoso. También dice que lord Wyman y sus descendientes tienen el derecho de cazar ciervos rojos, jabalíes y conejos en el Bosque Cerradón siempre que les plazca, y de cortar veinte árboles al año del bosque. —El chico se aclaró la garganta—. Sin embargo, el derecho es temporal. El papel decía que si *Ser* Eustace muere sin heredero varón de su sangre, Tiesa volvería a la corona, y los privilegios de lord Webber terminarían.

Fueron los Alguaciles de la Frontera del Norte durante mil años.

—Todo lo que le dejaron al anciano fue una torre en la que morir.

—Y su cabeza —dijo Egg—. Su Gracia le dejó la cabeza, *Ser*. A pesar de todo, era un rebelde.

Dunk miró al muchacho.

—¿Tú se la hubieras cortado?

Egg tuvo que pensarlo.

—En ocasiones, en la corte, tenía que servir en el consejo privado del Rey. Solían discutir ese tema. El tío Baelor decía que la clemencia era lo mejor cuando tratabas con un enemigo honorable. Si un hombre derrotado cree que será perdonado, puede que baje su espada e hincle la rodilla. De otro modo luchará hasta la muerte, y matará a más hombres leales e

inocentes. Pero lord Cuervo de Sangre decía que cuando perdonas a los rebeldes, sólo siembras las semillas de la próxima rebelión. —Su voz estaba llena de duda—. ¿Por qué se levantaría *Ser* Eustace contra el rey Daeron? Era un buen rey, todo el mundo lo dice. Trajo a Dorne al reino e hizo de los dornianos nuestros amigos.

—Tendrás que preguntarle a *Ser* Eustace, Egg. —Dunk pensó que conocía la respuesta, pero no era adecuada para que la oyera el chico. Quería un castillo con un león en la entrada, pero todo lo que obtuvo fueron tumbas entre las moreras. Cuando juras tu espada a un hombre, prometes servicio y obediencia, luchar por él si es necesario, no curiosear en sus asuntos o cuestionar sus alianzas... pero *Ser* Eustace le había tomado por tonto. Dijo que sus hijos murieron combatiendo por el rey, y me hizo creer que el arroyo era suyo.

La noche les alcanzó en el Bosque Cerradón.

Fue culpa de Dunk. Debería haber ido a casa en línea recta por donde habían venido, pero en vez de eso se dirigió al norte para echarle otro vistazo al dique. Tuvo el medio pensamiento de intentar echarlo abajo con sus manos desnudas. Pero los Siete y *ser* Lucas *Dosmetros* no se mostrarían muy amables. Cuando alcanzaron la presa vieron que estaba custodiada por dos ballesteros con emblemas de la araña cosidos en sus chalecos. Uno estaba sentado con los pies desnudos dentro del agua robada. Dunk podía haber ido tranquilamente a encargarse de él a solas, pero el hombre les oyó llegar y cogió su ballesta con rapidez. Su compañero, más rápido todavía, tenía un virote cargado y listo. Lo mejor que Dunk podía hacer era mirarles, ceñudo y amenazador.

Después de aquello no había más que hacer que volver por sus pasos. Dunk no conocía aquellas tierras tan bien como Bennis; hubiera sido humillante perderse en un bosque tan pequeño como el Cerradón. Para cuando cruzaron el arroyo, el sol estaba rozando el horizonte y las primeras estrellas habían aparecido, junto a nubes de bichitos. Entre los altos árboles negros, Egg encontró su lengua otra vez.

—¿*Ser*? Ese gordo septon dijo que mi padre está enfurruñado en Refugio Estival.

—Las palabras se las lleva el viento.

—Mi padre no está enfurruñado.

—Bueno —dijo Dunk—. Puede. Tú sí.

—Yo no, *Ser*. —Arrugó el entrecejo—. ¿No?

—A veces. No muy a menudo. De otra forma, te daría más cachetes en la oreja de los que te doy.

—Me disteis uno en las puertas.

—Eso fue un medio cachete. Si alguna vez te diera uno entero, lo sabrías.

—La Viuda Escarlata os dio a vos uno entero.

Dunk se tocó el labio lastimado.

—No hace falta que parezcas entusiasmado por ello. —Sin embargo, nadie abofeteó a tu padre en la oreja. Quizá por eso el príncipe Maekar es como es—. Cuando el Rey nombró a lord Cuervo de Sangre su Mano, tu padre se negó a formar parte de su consejo y se fue de Desembarco del Rey hacia su propio trono —le recordó a Egg—. Ha estado en Refugio Estival durante año y medio. ¿Cómo lo llamas a eso, sino estar enfurruñado?

—Lo llamo estar furioso —declaró Egg con altivez—. Su Gracia debería haber nombrado Mano a mi padre. Es su hermano y el mejor comandante en la batalla del reino desde que murió el tío Baelor. Lord Cuervo de Sangre ni siquiera es un lord de verdad; su título no es más que una estúpida cortesía. Es un hechicero y además de origen humilde.

—Bastardo, no humilde. —Cuervo de Sangre podría no *ser* un auténtico lord, pero era noble por ambas partes. Su madre había sido una de las amantes del rey Aegon el Indigno. Los bastardos de Aegon habían sido el azote de los Siete Reinos desde que el rey muriera. Éste los había legitimado a todos en su lecho de muerte; no sólo a los Altos Bastardos como Cuervo de Sangre, Bittersteel y Daemon Fuegoscurio, cuyas madres eran *ladies*, sino incluso a los menores que había tenido con prostitutas y camareras de taberna, hijas de mercaderes, amas de cría, y toda campesina hermosa sobre la que puso el ojo. «Fuego y Sangre» habían sido las palabras de la Casa Targaryen, pero Dunk oyó una vez a *Ser* Arlan que las de Aegon deberían haber sido «Bañadla y traedla a mi cama».

—El rey Aegon eliminó la bastardía de Cuervo de Sangre —le recordó a Egg—, al igual que hizo con el resto.

—El anciano Gran Septon le dijo a mi padre que las leyes del Rey eran

una cosa, y las leyes de los dioses otra —dijo el chico con tozudez—. Los hijos auténticos proceden de una cama matrimonial y están bendecidos por el Padre y la Madre, pero los bastardos nacen de la lujuria y la debilidad, dijo. El rey Aegon decretó que sus bastardos no eran bastardos, pero no puede cambiar su naturaleza. El Gran Septon dijo que todos los bastardos nacen para traicionar... Daemon Fuegoscurio, Bittersteel, incluso Cuervo de Sangre. Lord Ríos era más listo que los otros dos, pero al final también probará *ser* un traidor. El Gran Septon aconsejó a mi padre que nunca confiara en él, ni en ningún otro bastardo, sean de cuna o no.

Nacen para traicionar, pensó Dunk. Nacen de la lujuria y la debilidad. Nunca se debe confiar en ellos, sean de cuna o no.

—Egg —dijo—, ¿nunca has pensado que yo podría *ser* un bastardo?

—¿Vos, *Ser*? —Aquello desconcertó al muchacho—. No lo sois.

—Podría serlo. Nunca conocí a mi madre, ni lo que fue de ella. Quizá nací demasiado grande y la maté. Lo más probable es que fuese una prostituta o una chica de taberna. No se encuentran damas refinadas en Lecho de Pulgas. Y si se hubiera casado alguna vez con mi padre... bueno, ¿qué fue de él, entonces? —A Dunk no le gustaba recordar su vida antes de que *Ser* Arlan lo acogiera—. Había una tienda de cerámica en Desembarco del Rey a la que solía venderle ratas, gatos y palomas para la sopa. El cocinero siempre decía que mi padre fue algún ladrón o robabolsos. «Lo más probable es que lo colgaran», solía decirme, «aunque puede que simplemente le enviaran al Muro». Cuando servía como escudero de *Ser* Arlan, estuve a punto de preguntarle si no podríamos ir en aquella dirección alguna vez, para servir en Invernalía o en algún otro castillo norteño. Tenía el convencimiento de que si pudiera llegar al Muro, quizá encontrara algún hombre mayor, un hombre realmente alto que se pareciera a mí. Sin embargo, nunca fuimos. *Ser* Arlan decía que no había caballeros errantes en el norte, y que todos los bosques estaban infestados de lobos. —Sacudió la cabeza—. Sea como fuere, lo más probable es que seas el escudero de un bastardo.

Por una vez, Egg no tuvo nada que decir. La oscuridad estaba cayendo sobre ellos. Las luciérnagas se movían lentamente entre los árboles, con sus pequeñas luces semejantes a estrellas fugaces. También había estrellas en el cielo, más de las que cualquier hombre pudiera contar, aunque viviera más

tiempo que el rey Jaehaerys. Dunk sólo necesitaba alzar la vista para encontrar compañeros familiares: el Corcel y la Puerca, la Corona del Rey y el Farol y la Vieja, la Galera, el Fantasma y la doncella Luna. Pero había nubes en el norte, y el ojo azul del Dragón de Hielo estaba oculto, el ojo azul que apuntaba al norte.

La luna ya había salido para cuando llegaron a Tiesa, oscura y alta sobre su colina. Una pálida luz amarilla salía de las ventanas superiores de la torre, según vio. La mayoría de las noches *Ser* Eustace se iba a la cama tan pronto como cenaba, pero no esa noche, al parecer.

Nos está esperando, supo Dunk.

Bennis del Escudo Pardo también les esperaba levantado. Le encontraron sentado en las escaleras de la torre, masticando hojamarga y afilando su espada larga a la luz de la luna. Las lentas pasadas de la piedra de afilar eran largas. A pesar de la negligencia de *Ser* Bennis con respecto a sus ropas y a su persona, cuidaba bien de sus armas.

—El retorno del tocho —dijo Bennis—. Ya estaba afilando mi acero para ir y rescataros de la Viuda Escarlata.

—¿Dónde están los hombres?

—Cata y Mojado Wat están vigilando en el tejado, por si acaso viniera la Viuda. El resto se revuelven en sus camas. Doloridos como una úlcera, así están. Les hice trabajar duro. Derramé un poco de sangre de ese enorme retrasado, sólo para enfurecerle. Lucha mejor cuando se cabrea. —Mostró su sonrisa marrón y roja—. Bonito labio traéis. La próxima vez, no le andes dando vuelta a las rocas. ¿Qué dijo la mujer?

—Que se va a quedar con el agua. Y también os quiere a vos, por rajar al excavador aquel junto a la presa.

—Ya me lo imaginé. —Bennis escupió—. Muchas molestias por un campesino cualquiera.

—Debería darme las gracias. A las mujeres les gustan los hombres con cicatrices.

—Entonces, no os importará que ella os corte la nariz.

—Y una mierda. Si quisiera quedarme sin nariz me la cortaría yo mismo.

—Señaló hacia arriba con su pulgar—. Encontraréis a *Ser Inútil* en sus aposentos, poniéndose melancólico acerca de lo grande que solía *ser*.

Egg salió de su mutismo.

—Combatió junto al dragón negro.

Dunk pensó en propinarle un bofetón al muchacho, pero el caballero pardo tan sólo se rió.

—Por supuesto que sí. Sólo hay que mirarle. ¿Te parece del tipo de personas que escogen el bando ganador?

—No más que vos. Si no, no estarías aquí con nosotros. —Dunk se giró hacia Egg—. Atiende a Trueno y a Maestra y luego sube y reúnete con nosotros.

Cuando Dunk subió, el viejo caballero estaba sentado junto a la chimenea de su dormitorio, aunque el fuego no estaba encendido. La copa de su padre estaba en su mano, un pesado cáliz de plata que había sido fabricado para algún lord Osgrey antes de la Conquista. Un león jaquelado adornaba la copa, hecho de escamas de jade y oro, aunque alguno de los fragmentos se había desprendido. Ante el sonido de los pasos de Dunk, el anciano caballero levantó la mirada y parpadeó como un hombre que sale de un sueño.

—*Ser Duncan*. Estáis de vuelta. ¿Impresionó vuestra visión a Lucas Inchfield, *Ser*?

—Por lo que pude ver, no, mi señor. Más bien, le hizo enfurecer. —Dunk le contó todo lo mejor que pudo, aunque omitió la parte sobre *lady Helicent*, lo que le habría hecho parecer un idiota. También habría dejado aparte el tema de la bofetada, pero su labio roto se había hinchado dos veces su tamaño normal, y *Ser Eustace* no pudo sino darse cuenta.

Cuando lo hizo, frunció el ceño.

—Vuestro labio...

Dunk lo tocó con delicadeza.

—Su señoría me dio una bofetada.

—¿Os pegó? —Su boca se abrió y se cerró—. ¿Pegó a mi enviado, quien llegó a ella bajo el emblema del león jaquelado? ¿Osó poner sus manos sobre vuestra persona?

—Sólo una mano, *Ser*. Dejó de sangrar antes incluso de abandonar el castillo. —Cerró el puño—. Quiere a *Ser* Bennis, no vuestra plata, y no derribará el dique. Me mostró un pergamino con algo escrito en él, y el sello real del Rey. Dice que el arroyo es suyo. Y... —Dudó—. Dice que vos erais... que os habíais...

—¿... alzado junto al dragón negro? —*Ser* Eustace pareció desplomarse—. Temí que lo haría. Si deseáis abandonar mi servicio, no os detendré. —El viejo caballero miró dentro de su copa, pero Dunk no podía decir lo que veía dentro.

—Me dijisteis que vuestros hijos murieron luchando por el Rey.

—Y así fue. El verdadero rey, Daemon Fuegoscurio. El Rey Que Portó La Espada. —Los bigotes del anciano temblaron—. Los hombres del dragón rojo se llaman a sí mismos leales, pero los que escogimos al negro fuimos igual de leales, una vez. Sin embargo, ahora... todos los hombres que marcharon junto a mí para sentar al príncipe Daemon en el Trono de Hierro se han desvanecido como el rocío del amanecer. Quizá fueran producto de mi imaginación. O más probable aún, lord Cuervo de Sangre y sus Picos de Cuervos les han metido el miedo dentro. No pueden estar todos muertos.

Dunk no podía negar la verdad de aquello. Hasta aquel momento, nunca se había encontrado con ningún hombre que combatiera junto al Pretendiente. No obstante, he tenido que conocer alguno. Había miles. Medio reino apoyaba al dragón rojo y el otro medio al negro.

—Ambos bandos lucharon con valor, me decía siempre *Ser* Arlan. —Pensó que el anciano querría oír eso. *Ser* Eustace sostenía su copa de vino con ambas manos.

—Si Daemon hubiera cabalgado por encima de Gwayne Corbray... si Fireball no hubiera resultado muerto en los albores de la batalla... si Hightower, Tarbeck, Oakheart y Butterwell nos hubieran apoyado con todas sus fuerzas en lugar de mantener un pie en cada facción... si Manfred Lothston hubiera sido leal en lugar de traicionero... si las tormentas no hubieran retrasado la flota de lord Bracken con los ballesteros myrianos... si Quickfinger no hubiese sido capturado con los huevos de dragón robados... si no fuese por tantos *si*, *Ser*... si alguno hubiera tenido un resultado diferente, las tornas habrían cambiado. Entonces nosotros seríamos los leales,

y los del dragón negro serían recordados como hombres que combatieron para mantener al usurpador Daeron el Desleal sobre su trono robado, y fallaron.

—Así pudo ser, mi señor —dijo Dunk—, pero las cosas salieron como salieron. Fue hace muchos años, y vos fuisteis perdonado.

—Sí, fuimos perdonados. Mientras nos arrodilláramos y le entregáramos un rehén para asegurar nuestra futura lealtad, Daeron perdonaría a los traidores y a los rebeldes. —Su voz se hizo más amarga—. Compré mi cabeza con la vida de mi hija. Alysanne tenía siete años cuando se la llevaron a Desembarco del Rey, y veinte cuando murió, convertida ya en una hermana con voto de silencio. Fui a verla a Desembarco del Rey una vez, y ni siquiera me habló a mí, su propio padre. La clemencia de un Rey es un regalo envenenado. Daeron Targaryen me respetó la vida, pero se llevó mi orgullo, mis sueños y mi honor. —Sus manos temblaban, y el vino caía sobre su regazo, pero el anciano no se daba cuenta—. Debí haberme ido al exilio con Bittersteel, o muerto junto a mis hijos y mi querido rey. Ésa hubiera sido una muerte adecuada para un león jaquelado, descendiente de tantos lores orgullosos y guerreros poderosos. La clemencia de Daeron me empequeñeció.

En su corazón, el dragón negro nunca murió, se dio cuenta Dunk.

—¿Mi señor?

Era la voz de Egg. El chico había entrado mientras Ser Eustace hablaba de su muerte. El anciano caballero parpadeó como si le estuviera viendo por primera vez.

—¿Sí, muchacho? ¿Qué ocurre?

—Con vuestro permiso... La Viuda Escarlata dice que vos os rebelasteis para quedaros con su castillo. Eso no es cierto, ¿verdad?

—¿El castillo? —Parecía confuso—. Fosafría... Daemon me prometió Fosafría, sí, pero... no era como recompensa, no...

—¿Entonces, por qué? —preguntó Egg.

—¿Por qué? —Ser Eustace arrugó el entrecejo.

—¿Por qué os convertisteis en traidor? Si no se trataba del castillo.

Ser Eustace miró a Egg durante un buen rato antes de replicar.

—Sólo eres un muchacho joven. No lo entenderías.

—Bueno —dijo Egg—, puedo intentarlo.

—Traición... es sólo una palabra. Cuando dos príncipes luchan por un trono en el que sólo puede sentarse uno, tanto los grandes lores como los hombres corrientes deben elegir. Y cuando la batalla ha terminado, los victoriosos son jaleados como hombres honestos y leales, mientras que los derrotados son conocidos para el resto de sus vidas como rebeldes y traidores. Ese fue mi destino.

Egg pensó en ello durante un momento.

—Sí, mi señor. Sólo que... El rey Daeron era un buen hombre. ¿Por qué escogisteis a Daemon?

—Daeron... —*Ser Eustace casi se atragantó con la palabra, y Dunk se percató de que estaba medio borracho*—. Daeron era larguirucho y caído de hombros, con una pequeña barriga que se bamboleaba cuando caminaba. Daemon se erguía derecho y orgulloso, y su terso vientre era plano y duro como un escudo de roble. Y podía combatir. Con el hacha, con la lanza, con el mayal... era tan bueno como cualquier caballero que yo haya visto, pero con la espada era el mismísimo Guerrero. Cuando el príncipe Daemon tenía a Fuegoscurio en la mano, no había hombre que le igualara... ni Ulrick Dayne con Albor, no, ni siquiera el Caballero Dragón con Hermana Oscura.

»Puedes conocer a un hombre por sus aliados, Egg. Daeron se rodeó de maestros, septones y bardos. Siempre tenía mujeres susurrándole al oído, y su corte estaba llena de dornianos.

»¿Cómo no, si aceptó en su cama a una dorniana, y vendió a su propia y dulce hermana al príncipe de Dorne, a pesar de que ésta amaba a Daemon? Daeron llevaba el mismo nombre que el Joven Dragón, pero cuando su esposa dorniana le dio un hijo, le llamó Baelor, el rey más débil que jamás se sentó en el Trono de Hierro.

»Daemon, no obstante... Daemon no era más piadoso de lo que necesita *ser* un rey, y todos los grandes caballeros del reino estaban con él. A lord Cuervo de Sangre le vendría bien si todos sus nombres fuesen olvidados, y por eso ha prohibido que se cante acerca de ellos, pero yo los recuerdo. Robb Reyne, Gareth el Gris, *Ser Aubrey Ambrose*, lord Gormon Peake, Byren Flores el Negro, Fireball... ¡Bittersteel! Os pregunto, ¿ha habido jamás compañía más noble, semejante lista de héroes?

»¿Por qué, muchacho? ¿Me preguntas por qué? Porque Daemon era el mejor. El viejo rey así lo vio también. Le dio la espada a Daemon. Fuegoscurio, la espada de Aegon el Conquistador, la hoja que todo rey Targaryen ha blandido desde la Conquista... Puso esa espada en la mano de Daemon el día que le armó caballero, siendo un chico de doce años».

—Mi padre dice que fue porque Daemon era espadachín, y Daeron no —dijo Egg—. ¿Para qué entregarle un caballo a un hombre que no sabe cabalgar? La espada no era el reino, dice.

La mano del viejo caballero se cerró tan fuerte que el vino de su plateada copa se derramó.

—Tu padre es un imbécil.

—No lo es —dijo el chico.

La cara de Osgrey se retorció de ira.

—Hiciste una pregunta y te la contesté, pero no sufriré más insolencias. *Ser* Duncan, deberíais castigar a este muchacho más a menudo. Su cortesía deja mucho que desear. Si tengo que hacerlo yo mismo, lo haré...

—No —le interrumpió Dunk—. No lo haréis. *Ser*. —Había tomado una decisión—. Está oscuro. Nos marcharemos con el alba.

Ser Eustace se le quedó mirando, sorprendido.

—¿Os marcharéis?

—De Tiesa. De vuestro servicio. Nos mentisteis. Llamadlo como queráis, no había honor en ello. —Se desató la capa, la dobló y la puso en el regazo del anciano.

Los ojos de Osgrey se estrecharon.

—¿Os ofreció esa mujer tomaros a su servicio? ¿Me abandonáis por la cama de esa puta?

—No sé si es una puta —dijo Dunk—, o una bruja, o una envenenadora o lo que sea. Lo que sea no importa. Nos marchamos como errantes, no a Fosafría.

—A vagabundear, queréis decir. Me abandonáis para merodear en los bosques como lobos, para asaltar a hombres honestos por los caminos. —Su mano estaba temblando. La copa cayó de sus dedos, salpicando vino mientras rodaba por el suelo—. Marchaos, pues. Marchaos. No quiero a nadie como vos. Nunca debí tomaros a mi servicio. ¡Marchaos!

—Como digáis, *Ser.* —Dunk salió, y Egg le siguió.

Aquella última noche, Dunk quiso estar tan lejos de *Ser Eustace Osgrey* como pudiese, así que durmió en la bodega, con el resto de las magras fuerzas de Tiesa. Fue una noche sin descanso. Lim y Pate Ojos Rojos roncaban, uno alto y el otro constante. Un vapor húmedo anegaba la estancia, salido de la trampilla que conducía a las cámaras subterráneas. Dunk se revolvía por el picor de su jergón, sumiéndose en un duermevela sólo para despertar de súbito en la oscuridad. Las picaduras que había recibido en los bosques le irritaban mucho, y también había pulgas en la paja. Estaré mejor lejos de este lugar, lejos del viejo, de *Ser Bennis* y del resto. Quizá fuese hora de llevar a Egg de vuelta a Refugio Estival para ver a su padre. Le preguntaría al chico por la mañana, cuando estuvieran bien lejos.

Sin embargo, la mañana parecía lejana. La cabeza de Dunk estaba llena de dragones, rojos y negros... llena de leones jaquelados, de escudos antiguos, de viejos baúles... llena de arroyos, fosos y diques, de papeles estampados con el gran sello del rey que no podía leer.

Y ella también estaba allí, la Viuda Escarlata, Rohanne de Fosafría. Podía ver su rostro pecoso, sus esbeltos brazos, su larga trenza pelirroja. Le hizo sentir culpable. Debería estar soñando con Tanselle. Tanselle la Giganta, la llamaban, pero no era tan alta para mí. Ella había pintado las armas en su escudo y él la había salvado del Príncipe Luminoso, pero se esfumó antes del juicio de Siete. No podía soportar verme morir, se decía Dunk a menudo, pero ¿qué sabía él? Tenía la mollera tan dura como la muralla de un castillo. Pensar en la Viuda Escarlata era prueba suficiente de ello. Tanselle me sonrió, pero nunca nos abrazamos, ni nos besamos, ni siquiera en la mejilla. Rohanne al menos le había tocado; tenía el labio lastimado para probarlo. No

seas bobo. Ella no es para ti. Es demasiado pequeña, demasiado lista, y demasiado peligrosa.

Adormilándose al fin, Dunk soñó. Estaba corriendo por un claro en el corazón del Bosque Cerradón, corriendo hacia Rohanne, y ella le disparaba flechas. Cada saeta que disparaba era certera, y le atravesaba el pecho, aunque el dolor era extrañamente dulce. Hubiera girado y huido, pero en vez de eso siguió adelante, corriendo de la forma lenta en que se hace en sueños, como si el mismo aire se hubiese tornado miel. Otra flecha vino, y otra. A su aljaba parecía no acabársele nunca las flechas. Sus ojos eran grises y verdes, y estaban llenos de dolor. Vuestro vestido hace juego con el color de vuestros ojos, quería decirle, pero ella no llevaba vestido, ni ninguna ropa. A través de sus pequeños pechos cruzaba una pálida rociada de pecas, y sus pezones eran rojos y duros como pequeñas bayas. Las flechas le hacían parecer un gran puercoespín para cuando llegó a los pies de ella, tambaleante, pero de algún modo encontró fuerzas para coger su trenza. Con un fuerte jalón, la tiró encima de sí y la besó. Se despertó de repente, al sonido de un grito.

En la oscurecida bodega, todo era confusión. Las maldiciones y los quejidos resonaban por todas partes, y los hombres se empujaban los unos a los otros mientras tanteaban en busca de sus lanzas y calzones. Nadie sabía qué estaba ocurriendo. Egg encontró la vela de sebo y la encendió, para arrojar algo de luz sobre la escena. Dunk fue el primero en subir las escaleras. Casi chocó con un Sam Encorvado que bajaba, resoplando como un fuelle y barbotando incoherencias. Dunk tuvo que agarrarle de ambos hombros para evitar que cayese.

—Sam, ¿qué sucede?

—El cielo —gimió el anciano—. ¡El cielo! —No se le podía sacar nada con mayor sentido, así que todos subieron al tejado para echar un vistazo. Ser Eustace estaba ante ellos, de pie junto a los parapetos con sus ropas de cama, observando la distancia.

El sol estaba saliendo por el oeste.

A Dunk le llevó un buen rato darse cuenta de lo que aquello significaba.

—El Bosque Cerradón está en llamas —dijo con un susurro. De la base de la torre les llegó la voz de Bennis maldiciendo, un torrente de juramentos tan vergonzosos que hubieran hecho enrojecer a Aegon el Indigno. Sam

Encorvado comenzó a rezar.

Estaban demasiado lejos para distinguir las llamas, pero el fulgor rojizo pintaba la mitad del horizonte occidental, y la luz de las estrellas de encima se desvanecía. Corona del Rey ya casi se había ido, oscurecida tras un velo de humo emergente.

Fuego y espada, dijo ella.

El fuego lo quemaba todo excepto la noche. Nadie en Tiesa durmió. Al poco, pudieron oler el humo, y ver danzar a las llamas en la distancia como chicas de faldas rojas. Todos se preguntaban si el fuego los engulliría. Dunk estaba de pie detrás de los parapetos, con los ojos ardiendo, vigilando por si había incursos nocturnos.

—Bennis —dijo cuando subió el caballero pardo masticando su hojamarga—, es a vos a quien quiere. Quizá debierais ir.

—¿Cómo, corriendo? —Soltó una carcajada—. ¿En mi caballo? También podría intentar volar sobre uno de esos malditos pollos.

—Entonces rendíos. Tan sólo os abrirá la nariz.

—Me gusta mi nariz como es, tocho. Que intente cogerme, veremos qué es lo que se abre. —Se sentó con las piernas cruzadas y la espalda contra un esmerejón, y cogió una piedra de su bolsa para afilar la espada. *Ser Eustace* estaba de pie detrás de él. En voz baja, habló de cómo librar la batalla.

—*Dosmetros* nos esperará en el dique —oyó Dunk que decía el anciano caballero—, así que, en vez de eso, le quemaremos los cultivos. Fuego por fuego. —*Ser Bennis* pensaba que eso estaba muy bien, sólo que quizá debían pasar por la antorcha también el molino.

—Está a más de treinta kilómetros en la otra dirección, *Dosmetros* no nos buscará allí. Quemar el molino y matar al molinero, eso le costará caro.

Egg también estaba escuchando. Tosió, y miró a Dunk con los ojos muy abiertos.

—*Ser*, tenéis que detenerlos.

—¿Cómo? —preguntó Dunk. La Viuda Escarlata les detendrá. Ella, y ese Lucas *Dosmetros*—. Sólo están lanzando bravatas, Egg. Es eso, o mearse en los calzones. Y ahora no tiene nada que ver con nosotros.

El amanecer llegó con un nuboso cielo gris y un aire que quemaba los ojos.

Dunk tenía intención de partir temprano, aunque después de la noche en vela no sabía si llegarían muy lejos. Él y Egg desayunaron huevos hervidos mientras Bennis presionaba a los demás con más ejercicios. Ellos son hombres de Osgrey y nosotros no, se decía a sí mismo. Comió cuatro de los huevos. Ser Eustace se los debía, en su opinión. Egg comió dos. Ayudaron a pasarlos con cerveza.

—Podríamos ir a Isla Bella, Ser —dijo el chico mientras reunían sus cosas—. Ya que están siendo atacados por hombres del hierro, puede que lord Farman esté buscando espadas.

Era un buen pensamiento.

—¿Has estado alguna vez en Isla Bella?

—No, Ser —dijo Egg—, pero dicen que es muy hermosa. El hogar de lord Farman es muy bonito también. Se llama Castibello.

Dunk rió.

—A Castibello, pues. —Se sentía como si le hubieran quitado de encima de los hombros un gran peso—. Comprobaré las monturas —dijo, cuando ya había hecho un fardo con su armadura, asegurado con una cuerda de cáñamo—. Ve al tejado y coge nuestros petates, escudero. —La última cosa que quería esa mañana era otro enfrentamiento con el león jaquelado—. Si ves a Ser Eustace, no le hagas caso.

—Así será, Ser.

Afuera, Bennis tenía a sus reclutas alineados con sus lanzas y escudos, e intentaba enseñarles a avanzar al unísono. El caballero pardo no le hizo el menor caso a Dunk mientras éste cruzaba el patio. Los conducirá a todos a la

muerte. La Viuda Escarlata puede llegar en cualquier momento. Egg llegó corriendo desde la puerta de la torre e hizo resonar los escalones de madera con sus petates. Sobre él, *Ser* Eustace se erguía con rigidez en el balcón, sus manos descansadas sobre el pretil. Cuando sus ojos se encontraron con los de Dunk, su mostacho tembló, y se giró con rapidez para irse. El aire estaba sucio por el humo.

Bennis tenía el escudo colgado de la espalda, un gran rombo de madera sin pintar, oscurecido por las incontables capas de barniz y rodeado de detalles de hierro. No mostraba ningún blasón, tan sólo un tachón en el centro que a Dunk le recordaba un gran ojo, fuertemente cerrado. Tan ciego como su portador.

—¿Cómo pensáis enfrentaros a ella? —le preguntó Dunk.

Ser Bennis miró a sus soldados con la boca roja par la hojамarga.

—No podemos defender la colina con tan pocas lanzas. Tendrá que *ser* en la torre. Nos meteremos dentro. —Asintió hacia la puerta—. Sólo hay una entrada. Levantaremos los escalones de madera, y no habrá forma de que puedan alcanzarnos.

—A menos que construyan ellos mismos alguna escalera. También puede que traigan cuerdas y arpeos, y que caigan sobre vosotros desde el tejado. Quizá simplemente se queden en retaguardia con sus ballestas y os llenen de viroles mientras intentáis sujetar la puerta.

Los Melones, Alubias y Cebadas estaban escuchando todo lo que hablaban. Toda su charla bravucona se había esfumado, aunque no soplaba ni una brizna de viento. Se quedaron parados con sus palos afilados, mirando a Dunk y a Bennis alternativamente.

—Este grupo no os sacará las castañas del fuego —dijo Dunk con un gesto hacia el andrajoso ejército de Osgrey—. Los caballeros de la Viuda Escarlata les harán pedazos si los lleváis a campo abierto, y sus lanzas no servirán dentro de la torre.

—Pueden arrojar cosas desde el tejado —dijo Bennis—. Cata es bueno tirando piedras.

—Supongo que puede lanzar una o dos piedras —dijo Dunk—, antes de que uno de los ballesteros de la Viuda le atraviere con un virote.

—¿*Ser*? —Egg estaba junto a él—. *Ser*, si vamos a irnos, debería *ser* ya,

por si la Viuda viene.

El chico tenía razón. Si nos rezagamos, nos quedaremos atrapados. Sin embargo, Dunk dudaba.

—Dejad que se marchen, Bennis.

—¿Qué? ¿Perder a nuestros valientes muchachos? —Bennis miró a los campesinos, y rió con estruendo—. Será mejor que no cojáis ninguna idea —les avisó—. Destriparé a cualquiera que intente correr.

—Inténtalo, y yo os destriparé a vos. —Dunk desenvainó su espada—. Id a casa, todos vosotros —le dijo a los aldeanos—. Regresad a vuestras aldeas, y comprobad si el fuego se ha extendido a vuestras casas y cultivos. —Nadie se movió. El caballero pardo le miraba mientras su boca masticaba. Dunk le ignoró—. Marchaos —le dijo a los campesinos. Era como si algún dios le hubiera puesto esa palabra en la boca. No el Guerrero. ¿Hay un dios de los idiotas?—. ¡MARCHAOS! —volvió a decir, bramando esta vez—. Coged vuestras lanzas y escudos, pero marchaos, o no viviréis para ver el día de mañana. ¿Queréis volver a besar a vuestras esposas? ¿Queréis abrazar a vuestros hijos? ¡Marchaos a casa! ¿Estáis todos sordos?

No lo estaban. Se organizó un buen jaleo entre los pollos. Gran Rob pisó a una gallina cuando empezó su carrera, y Pate estuvo a punto de destripar a Will Alubia cuando su propia lanza le puso la zancadilla, pero al final allí estaban, corriendo. Los Melones se marcharon por un lado, los Alubias por otro y los Cebadas por un tercero. *Ser Eustace* les gritaba desde las alturas, pero nadie le hizo caso. *Al menos, están sordos para él*, pensó Dunk.

Para cuando el viejo caballero emergió de su torre y bajó los escalones, sólo Dunk, Egg y Bennis quedaban entre los pollos.

—Regresad —le gritaba *Ser Eustace* a sus hordas batidas en retirada—. No tenéis mi permiso para marcharos. ¡No tenéis mi permiso!

—Es inútil, mi señor —dijo Bennis—. Se han ido.

Ser Eustace se volvió hacia Dunk, con los bigotes tensos de rabia.

—No tenéis ningún derecho a despedirlos. ¡Ningún derecho! Les dije que no se fueran, se lo prohibí. Os prohibí que los echarais.

—No os oímos, mi señor. —Egg se quitó el sombrero para alejar el humo—. Los pollos piaban demasiado alto.

El anciano se desplomó sobre el escalón más bajo de Tiesa.

—¿Qué os ofreció esa mujer para que me entregarais a ella? —le preguntó a Dunk con voz lúgubre—. ¿Cuánto oro os dio para que me traicionarais, desbandarais a mis muchachos y me dejarais aquí solo?

—No estáis solo, mi señor. —Dunk envainó su espada—. He dormido bajo vuestro techo, y comí vuestro huevos esta mañana. Aún os debo un último servicio. No me escabulliré con el rabo entre las piernas. Mi espada sigue aquí. —Tocó la vaina.

—Una espada. —El viejo caballero se puso en pie lentamente—. ¿Qué puede hacer una espada contra esa mujer?

—Mantenerla fuera de vuestras tierras, para empezar. —Dunk deseaba que sus palabras fuesen tan ciertas como sonaban.

El bigote del anciano se movía cada vez que tomaba aliento.

—Sí —dijo al fin—. Mejor ir abiertamente que esconderse tras paredes de piedra. Mejor morir como un león que como un conejo. Fuimos los alguaciles de la Frontera Norte durante mil años. Debo ponerme la armadura. —Empezó a subir los escalones.

Egg miraba a Dunk desde abajo.

—No sabía que tuvierais rabo, *Ser* —dijo el muchacho.

—¿Quieres un bofetón en la oreja?

—No, *Ser*. ¿Queréis vos vuestra armadura?

—Eso —dijo Dunk—, y una cosa más.

Ser Bennis dijo algo de ir con ellos, pero al final *Ser* Eustace le ordenó quedarse y guardar la torre. Su espada sería de poca utilidad contra el contingente que estaban a punto de encarar, y su presencia enfurecería aún más a la Viuda.

El caballero pardo no requirió de mucha insistencia. Dunk le ayudó a soltar las clavijas de hierro que sujetaban los escalones superiores. Bennis las desclavó, ató a los escalones una vieja cuerda de cáñamo gris, y jaló con todas sus fuerzas. Crujiendo y quejándose, la escalera de madera cedió, dejando tres metros de aire entre el escalón superior de piedra y la única entrada a la torre. Sam Encorvado y su esposa estaban en el interior. Los pollos tendrían que arreglárselas solos. Sentado en su jamelgo gris, *Ser* Eustace alzó la voz para decir:

—Si no hemos regresado para la noche...

—... cabalgaré hasta Altojardín, mi señor, y le diré a lord Tyrell cómo esa mujer quemó vuestro bosque y os asesinó.

Dunk seguía a Egg y a Maestra colina abajo. El anciano venía después, con su armadura que traqueteaba un poco. En una ocasión el viento arreció, y pudo oír el ondear de su capa.

Donde el Bosque Cerradón se había erigido, encontraron humeantes tierras baldías. El fuego hacía tiempo que se había consumido para cuando llegaron al lugar, pero aquí y allí se veían unos cuantos parches que seguían ardiendo, islas de fuego en un mar de ceniza y carbonilla. Por todas partes, los troncos de los árboles incendiados se clavaban en la tierra como lanzas ennegrecidas que apuntaran al cielo. Otros árboles habían caído, y yacían atravesados sobre el sendero del oeste con sus ramas rotas y chamuscadas, y rojizos fuegos apagados en sus corazones huecos. También había zonas calientes en el suelo del bosque, y lugares desde donde el humo se elevaba como una cálida bruma gris. *Ser Eustace* fue atacado por un acceso de tos, y por unos momentos Dunk temió que el viejo hombre tuviera que volver, pero finalmente pasó.

Cabalaron sobre el cadáver de un venado rojo, y después junto a lo que podría haber sido un tejón. Nada vivía, excepto las moscas. Las moscas podían sobrevivir a todo, según parecía.

—El Campo de Fuego debe parecerse a esto —dijo *Ser Eustace*—. Fue allí donde comenzaron nuestras desgracias, hace doscientos años. El último de los reyes verdes murió en aquel campo, con las más hermosas flores del Dominio a su alrededor. Mi padre decía que el dragón de fuego quemaba tanto que sus espadas se derretían en sus manos. Después, las hojas fueron reunidas, y pasaron a formar parte del Trono de Hierro. Altojardín pasó de tener reyes a tener administradores, y los Osgrey cayeron y se diseminaron,

hasta que los Alguaciles de la Frontera Norte no fueron más que caballeros con tierras atados por feudalidad a los Rowan.

Dunk no tenía nada que decir sobre aquello, así que cabalgó en silencio durante un rato, hasta que *Ser* Eustace tosió, y dijo:

—*Ser* Duncan, ¿recordáis la historia que os conté?

—Puede, *Ser* —dijo Dunk—. ¿Cuál?

—El Pequeño León.

—La recuerdo. Era el más joven de cinco hijos.

—Bien. —Volvió a toser—. Cuando mató a Lancel Lannister, los hombres del oeste se retiraron. Sin rey, no hay guerra. ¿Entendéis lo que estoy diciendo?

—Sí —dijo Dunk, reticente. ¿Sería yo capaz de matar a una mujer? Por una vez, Dunk deseó *ser* tan duro como la muralla de un castillo. No se debe llegar a eso. No dejaré que las cosas se pongan así.

Unos pocos árboles verdes aún seguían de pie allí donde la senda del oeste se cruzaba con el Jaquel. Sus troncos estaban chamuscados y negros por un lado. Justo un poco más allá, el agua brillaba, amenazante. *Azul y verde*, pensó Dunk, *pero ya no hay oro*. El humo había tapado el sol.

Ser Eustace se detuvo al alcanzar la orilla del arroyo.

—Hice un juramento sagrado. No cruzaré esta corriente. No mientras las tierras de la otra ribera sean tuyas. —El viejo caballero llevaba coraza y cota de malla debajo de su túnica amarillenta. Llevaba la espada en un costado.

—¿Y si ella no viene, *Ser*? —preguntó Egg.

Con fuego y espada, pensó Dunk.

—Vendrá.

Lo hizo, y en menos de una hora. Primero oyeron sus caballos, después el vago sonido metálico de sus armaduras que iba creciendo. El humo acumulado hacía difícil determinar lo lejos que estaban, hasta que su portaestandarte apareció entre la cortina de jirones de niebla. El pendón estaba coronado por una araña de hierro pintada de blanco y rojo, con el estandarte negro de los Webber colgando debajo, lánguido. Cuando los vio al otro lado de las aguas, se plantó en la orilla. *Ser* Lucas Inchfield apareció medio latido de corazón después, armado de la cabeza a los pies.

Sólo entonces apareció la mismísima *lady* Rohanne, a horcajadas de una

yegua negra como el carbón y ataviada con ropas de seda plateada, como una telaraña. La capa de la Viuda estaba confeccionada con el mismo material. Ondeaba desde sus hombros y sus muñecas, ligera como el aire. También tenía armadura, de verdes escamas esmaltadas repujadas con oro y plata. Se ajustaba a su figura como un guante, y le hacía parecer como si fuera ataviada con hojas del estío. Su larga trenza pelirroja daba saltos mientras cabalgaba. El septon Sefton montaba a su lado, con el rostro congestionado, sobre un enorme caballo gris. Al otro lado iba su joven maestre, Cerrick, sobre una mula.

Detrás venían más caballeros, media docena, atendidos por otros tantos escuderos. Una columna de ballesteros montados formaba la retaguardia, y se desplegaron a ambos lados del camino cuando alcanzaron el Jaquel y vieron a Dunk esperando al otro lado. Eran treinta y tres hombres de armas en total, excluyendo al septon, el maestre y la propia Viuda. Uno de los caballeros captó la atención de Dunk; un hombre calvo y rechoncho como un barril, cubierto de malla y cuero, con un rostro iracundo y un feo bocio en el cuello.

La Viuda Escarlata condujo su mula hasta la orilla del río.

—*Ser Eustace, Ser Duncan* —les llamó desde el otro lado—, vimos vuestro fuego ardiendo en la noche.

—¿Visteis? —respondió a voces *Ser Eustace*—. Sí, lo visteis... después de provocarlo.

—Eso es una vil acusación.

—Para un vil acto.

—Anoche estaba durmiendo en mi cama, con mis damas a mi alrededor. Los gritos desde las murallas me despertaron, como a la mayoría de todo el mundo. Los ancianos treparon las inclinadas escaleras de la torre para observar, y los bebés de pecho vieron las luces rojas y lloraron de miedo. Y eso es todo lo que sé de vuestro fuego, *Ser*.

—Era vuestro fuego, mujer —insistió *Ser Eustace*—. Mi bosque se ha perdido. ¡Perdido, os digo!

El septon Sefton se aclaró la garganta.

—*Ser Eustace* —bramó—, también hay incendios en los bosques del Rey, e incluso en la selva. La sequía ha convertido todos nuestros bosques en astillas.

Lady Rohanne levantó un brazo y apuntó.

—Mirad mis campos, Osgrey. Lo secos que están. Sería una estúpida si encendiera un fuego. Si el viento hubiera cambiado de dirección, las llamas podrían haber saltado el río, y quemado todos mis cultivos.

—¿Podrían? —gritó *Ser Eustace*—. Fueron mis bosques los que ardieron, y vos quien los quemó. ¡Lo más probable es que lanzarais algún conjuro de brujería para dirigir el viento, igual que empleasteis las artes oscuras para matar a vuestros maridos y hermanos!

El rostro de *lady Rohanne* se endureció. Dunk había visto aquella expresión en Fosafría, justo antes de que le abofeteara.

—Chismorreos —le dijo al anciano—. No gastaré más saliva con vos, *Ser*. Entregad a Bennis del Escudo Pardo, o iremos nosotros a por él.

—Eso no lo haréis —declaró *Ser Eustace* con tono chillón—. No lo haréis nunca. —Su mostacho se crispó—. No deis ni un paso más. Esta orilla del arroyo es mía, y no sois bienvenida. No obtendréis hospitalidad por mi parte. Ni pan ni sal, ni siquiera sombra ni agua. Seréis considerada una intrusa. Os prohíbo poner pie en tierra de Osgrey.

Lady Rohanne se echó la trenza por encima del hombro.

—*Ser Lucas* —fue todo lo que dijo. *Dosmetros* hizo un gesto, los ballesteros desmontaron, cargaron sus ballestas con ayuda del gancho y el estribo, y colocaron viroles de sus aljabas—. Ahora, *Ser* —gritó su señoría, cuando todas las ballestas estuvieron cargadas, apuntadas y listas—, ¿qué era lo que me prohibíais?

Dunk ya había escuchado suficiente.

—Si franqueáis el cauce sin permiso, estaréis quebrantando la paz del Rey.

El septon Sefton hizo avanzar un paso a su montura.

—El rey ni lo sabrá ni le importará —afirmó—. Todos somos hijos de la Madre, *Ser*. En su nombre, haceos a un lado.

Dunk frunció el ceño.

—Yo no sé mucho de dioses, septon... ¿pero no somos también hijos del Guerrero? —Se frotó la nuca—. Si tratáis de cruzar, os detendré.

Ser Lucas Dosmetros rió.

—Aquí tenemos a un caballero errante que quiere *ser* un puercoespín, mi

señora —le dijo a la Viuda Escarlata—. Decid una palabra, y se le clavarán una docena de viroles. A esta distancia, atravesarán esa armadura como si estuviera hecha de saliva.

—No. Aún no, *Ser*. —*Lady Rohanne* le estudió a través del cauce—. Sois dos hombres y un muchacho. Nosotros somos treinta y tres. ¿Cómo os proponéis evitar que crucemos?

—Bien —dijo Dunk—, os lo diré. Pero sólo a vos.

—Como deseéis. —Golpeó con los talones el costado de su montura y se metió en el agua. Cuando el agua alcanzó el vientre de la yegua, se detuvo, a la espera—. Aquí estoy. Acercaos, *Ser*. Prometo no meteros en un saco.

Ser Eustace aferró el brazo de Dunk antes que pudiera responder.

—Id con ella —dijo el anciano caballero—, pero recordad al Pequeño León.

—Como digáis, mi señor. —Dunk guió a Trueno hasta el agua. Llegó hasta ella y dijo—: Mi señora.

—*Ser Duncan*. —Levantó la mano y posó dos dedos sobre su maltrecho labio—. ¿Os hice yo esto, *Ser*?

—Nadie más me ha abofeteado la cara últimamente, mi señora.

—Estuvo mal por mi parte. Una violación de la hospitalidad. El buen septon me ha estado regañando. —Miró por encima de las aguas a *Ser Eustace*—. Apenas recuerdo ya a Addam. Se fue hace más de la mitad de mi vida. Sin embargo, recuerdo que le amaba. No he amado a ninguno de los otros.

—Su padre le enterró junto a las moreras, con sus hermanos —dijo Dunk—. Le gustaban las moras.

—Lo recuerdo. Solía recogerlas para mí, y las comíamos con un tazón de crema.

—El rey perdonó al anciano por lo de Daemon —dijo Dunk—. Ya es hora de que lo perdonéis por lo de Addam.

—Entregadme a Bennis, y lo consideraré.

—Bennis no es de mi propiedad, para poder entregarlo.

Ella suspiró.

—Preferiría no tener que mataros.

—Preferiría no tener que morir.

—En tal caso, dadme a Bennis. Le cortaremos la nariz y lo devolveremos, y eso será el fin de todo.

—Sin embargo, no será así —dijo Dunk—. Aún hay que tratar el tema del dique, y el incendio. ¿Nos entregaréis los hombres que lo provocaron?

—Había luciérnagas en ese bosque —dijo ella—. Quizá ellas lo provocaron, con sus pequeñas linternas.

—No más burlas, mi señora —le avisó Dunk—. No es momento. Echad abajo el dique, y dejad que *Ser* Eustace tenga agua para el bosque. Eso es justo, ¿no?

—Podría *ser*, si yo hubiese quemado el bosque. Lo cual no hice. Estaba en Fosafría, metida en la cama. —Bajó la vista hacia el agua—. ¿Qué es lo que evitará que atravesemos el arroyo? ¿Habéis dispuesto arqueros entre las rocas? ¿Ballesteros ocultos en las cenizas? Decidme que es lo que pensáis que va a detenernos.

—Yo. —Se sacó un guantelete—. En Lecho de Pulgas siempre era más grande y fuerte que los demás chicos, así que solía pegarles y robarles. El anciano me enseñó a no hacerlo. Está mal, me decía, a veces los niños pequeños tienen hermanos mayores. Echadle un vistazo a esto. —Dunk se sacó el anillo del dedo y se lo alargó. Ella tuvo que dejar suelta su trenza para cogerlo.

—¿Oro? —dijo, cuando sintió su peso—. ¿Qué es esto, *Ser*? —Le dio la vuelta—. Un sello. Oro y ónice. —Sus ojos verdes se estrecharon mientras estudiaba el sello—. ¿Dónde encontrasteis esto, *Ser*?

—En una bota. Envuelto en trapos y encajado entre los dedos.

Los dedos de *lady* Rohanne se cerraron a su alrededor. Miró a Egg y al viejo *Ser* Eustace.

—Os arriesgáis mucho al enseñarme este sello, *Ser*. Mas ¿en qué os avala? Si ordenara a mis hombres que cruzaran...

—Bueno —dijo Dunk—, eso significaría que tendría que combatir.

—Y morir.

—Muy probablemente —dijo—, y entonces Egg regresaría al lugar del que viene, y contaría lo que ha pasado aquí.

—No si también muere.

—No creo que asesinarais a un chiquillo de diez años —dijo, deseando no

equivocarse—. No a este chiquillo de diez años. No lo creo. Tenéis treinta y tres hombres aquí, como dijisteis. Los hombres hablan. Ese gordo de ahí en especial. No importa lo profundas que cavéis las tumbas, la historia saldrá a la luz. Y entonces, bueno... Puede que el mordisco de una araña moteada pueda matar a un león, pero un dragón es una clase de bestia diferente.

—Preferiría *ser* amiga del dragón. —Intentó ponerse el anillo en el dedo. Era demasiado grande incluso para su pulgar—. Dragón o no, debo tener a Bennis del Escudo Pardo.

—No.

—Sois dos metros diez de testarudez.

—Más otro centímetro.

Ella le devolvió el anillo.

—No puedo regresar a Fosafría con las manos vacías. Dirán que la Viuda Escarlata ha perdido su picadura, que es demasiado débil para imponer justicia, que no puede proteger a sus plebeyos. No lo entendéis, *Ser*.

—Puede que sí. —Mejor de lo que imagináis—. Recuerdo cierta ocasión en que algún lord menor de las tierras de la tormenta tomó a *Ser* Arlan a su servicio, para que le ayudara a luchar contra otro lord menor. Cuando le pregunté al viejo por el motivo de la contienda, me dijo: «Nada, muchacho. No es más que un concurso a ver quien mea más lejos».

Lady Rohanne le dirigió una mirada sorprendida, pero no fue más que durante medio latido de corazón, antes de volver a sonreír.

—Había oído un millar de descortesías en mi vida, pero vos sois el primer caballero que dice *mear* en mi presencia. —Su cara pecosa se ensombreció—. Esos concursos de mear son el modo en que un lord calcula la fuerza de otro, y demuestran a todo el mundo quién tiene una debilidad. Una mujer tiene que mear dos veces más lejos, si espera gobernar. Y si ocurre que esa mujer es bajita... Lord Stackhouse codicia mis Colinas de la Herradura, *Ser* Clifford Conklyn tiene una antigua reclamación sobre Lago Frondoso, esos desleales de los Durwell viven de robar mi ganado... y bajo mi propio techo tengo a los Longinch. Todos los días me levanto preguntándome si ese será el día en que se case conmigo por la fuerza. —Su mano se aferró en torno a su trenza, tan fuerte como si fuera una cuerda y colgara de un precipicio—. Es su deseo, lo sé. Le retiene el miedo a mi ira, al igual que los Conklyn, los

Stackhouse y los Durwell cuando se meten en los asuntos de la Viuda Escarlata. Si por un solo momento cualquiera de ellos pensara que me he vuelto débil y blanda...

Dunk se volvió a poner el anillo en el dedo, y desenfundó su daga.

Los ojos de la Viuda se abrieron como platos a la vista del acero desenfundado.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo—. ¿Habéis perdido el juicio? Hay una docena de ballesteros que os apuntan.

—Queríais sangre por sangre. —Puso la daga contra su propia mejilla—. Os informaron mal. No fue Bennis quien cortó al excavador, fui yo. —Apretó el filo de acero sobre su rostro, y tajó hacia abajo. Cuando sacudió la sangre de la hoja, una parte salpicó la cara de ella. *Más pecas*, pensó—. Ya está, La Viuda Escarlata tiene su pago. Mejilla por mejilla.

—Estáis loco de remate. —El humo había llenado sus ojos de lágrimas—. Si tuvieseis mejor cuna, me desposaría con vos.

—Sí, mi señora. Y si los cerdos tuvieran alas y escamas y escupieran fuego, serían tan poderosos como dragones. —Dunk deslizó el cuchillo en su vaina. Su rostro había empezado a dar punzadas. La sangre corría mejilla abajo y goteaba sobre la gola de su armadura. El olor hizo que Trueno resoplara, y pateara el agua—. Entregadme a los hombres que quemaron el bosque.

—Nadie quemó el bosque —dijo—, pero si alguno de mis hombres lo hubiera hecho, sería para complacerme. ¿Cómo podría entregaros a ese hombre? —Volvió la vista hacia su séquito—. Sería mejor si *Ser Eustace* se retractara de su acusación.

—Esos cerdos tendrían que exhalar fuego primero, mi señora.

—En ese caso, debo defender mi inocencia a ojos de los dioses y de los hombres. Decidle a *Ser Eustace* que exija una disculpa... o un duelo. Suya es la elección.

Dio la vuelta a la yegua para volver hasta sus hombres.

La corriente de agua sería el campo de batalla.

El septon Sefton andaba como un pato elevando una plegaria, suplicando al Padre Celestial que bajara sus ojos hasta aquellos dos hombres y les juzgara con justicia, rogando al Guerrero que prestara su fuerza a aquel

hombre cuya causa fuese justa y honesta, pidiendo la clemencia de la Madre para el injusto, y que se le perdonaran sus pecados. Cuando se acabó la oración, se volvió hacia *Ser Eustace Osgrey* una última vez.

—*Ser* —dijo—, os lo ruego una vez más, retractaos de vuestras acusaciones.

—No —dijo el anciano con bigotes temblorosos.

El obeso septon se giró hacia *lady Rohanne*.

—Hermana, si hicisteis eso de que se os acusa, confesad vuestra culpa, y ofreced a *Ser Eustace* una restitución por su bosque. De otro modo, correrá la sangre.

—Mi campeón probará mi inocencia ante los ojos de dioses y de hombres.

—El juicio mediante duelo no es la única forma —dijo el septon, con el agua hasta la cintura—. Vayamos a Sotodeoro, os lo imploro a ambos, y presentemos el caso ante lord Rowan para que lo resuelva.

—Jamás —dijo *Ser Eustace*. La Viuda Escarlata negó con la cabeza.

Ser Lucas Inchfield miró a *lady Rohanne* con el rostro hecho una furia.

—Os casaréis conmigo cuando esta farsa quede resuelta. Como deseaba vuestro señor padre.

—Mi señor padre no os conocía como yo —replicó ella.

Dunk apoyó una rodilla en tierra junto a Egg, y devolvió el sello a la mano del muchacho; cuatro dragones de tres cabezas, dos y dos, el emblema de Maekar, Príncipe de Refugio Estival.

—Vuelve a ponértelo en la bota —le dijo—, pero si llego a morir, dirígete hacia el amigo de tu padre más cercano y haz que te devuelva a Refugio Estival. No intentes cruzar tú solo todo el Dominio. Cuida de no olvidarte de mis palabras, o mi fantasma regresará y te dará un bofetón en el oído.

—Sí, *Ser* —dijo Egg—, pero preferiría que no murierais.

—Hace demasiado calor para morir.

Dunk se puso el yelmo, y Egg le ayudó a atarlo fuerte al cuello de su armadura. La sangre de su cara estaba pegajosa, a pesar de que *Ser Eustace* había rasgado un trozo de su capa para ayudar a detener la hemorragia del corte. Se irguió y fue hasta Trueno. La mayoría del humo se había disipado, observó mientras se encaramaba a la silla, pero el cielo seguía oscuro.

Nubes, pensó, *nubes oscuras*. Hacía mucho que no se veían. Quizá sea un presagio. Mas ¿para mí, o para él? A Dunk no se le daban bien los presagios.

Al otro lado del río, *Ser Lucas* también había montado. Su caballo era un corcel alazán, un animal espléndido, rápido y fuerte, aunque no tan grande como Trueno. Sin embargo, lo que el caballo echaba en falta en tamaño lo suplía con armadura: tenía un revestimiento en la crin, testera, y una cota de malla ligera. El propio *Dosmetros* vestía armadura esmaltada negra y cota de anillas plateada. En la punta de su yelmo se agazapaba de forma maligna una araña de ónice, pero en su escudo portaba su propio blasón: una franja diagonal de cuadros blancos y negros sobre campo gris claro. Dunk advirtió que *Ser Lucas* se lo entregaba a un escudero. No tiene intención de emplearlo. Cuando otro escudero le tendió un hacha de guerra, supo el porqué. El hacha era larga y letal, con el mango encintado, la cabeza pesada y un horrible pincho en el otro extremo, pero era un arma a dos manos. *Dosmetros* tendría que confiar en su armadura para protegerse. Tengo que conseguir que se lamente de esa elección.

Sostenía su propio escudo con el brazo izquierdo, el escudo en el que Tanselle le había pintado el olmo y la estrella fugaz. Una canción infantil resonó en su cabeza. Protegedme bien, roble y acero, o estaré muerto, y de viaje al infierno. Extrajo la espada larga de su vaina. Su peso en la mano le hizo sentirse bien. Clavó los talones en los flancos de Trueno, y guió al enorme caballo de guerra hacia el agua. Al otro lado, *Ser Lucas* hizo lo mismo. Dunk tiró de las riendas a la derecha, para así presentarle a *Dosmetros* su lado izquierdo, protegido por el escudo. *Ser Lucas* no quería concederle esa ventaja, por lo que giró su corcel con rapidez. Chocaron en un tumulto de acero gris y gotas verdes. *Ser Lucas* atacó con su hacha. Dunk tuvo que retorcerse en la silla de montar para detenerla con el escudo. La fuerza del golpe la bajó el brazo e hizo sacudir sus dientes. Dibujó un mandoble con la espada a modo de respuesta, una estocada lateral que acertó al otro caballero bajo el brazo alzado. El metal chirrió contra el metal, y así empezó el duelo.

El corcel de *Dosmetros* dibujó un círculo, intentando llegar al lado desprotegido de Dunk, pero Trueno se giró para encararse a él, cortando el paso del otro caballo. *Ser Lucas* ejecutó un golpe demoledor tras otro, de pie

sobre los estribos para poner todo el peso y la fuerza en su hacha. Dunk movía el escudo para parar las acometidas según venían. Medio doblado tras el pedazo de roble, lanzó tajos a los brazos, costados y piernas de Inchfield, mas su armadura devolvía cada golpe. Dieron una vuelta, luego otra, con el agua chapoteando a sus pies. *Dosmetros* atacaba, y Dunk se defendía, buscando un punto flaco.

Finalmente, lo vio. Cada vez que *Ser Lucas* levantaba el hacha para descargar otro golpe, aparecía un hueco bajo el brazo. Había malla y cuero en aquel sitio, y material acolchado debajo, pero no armadura de acero. Dunk mantenía su escudo en alto, intentando medir su ataque. Pronto. Pronto. El hacha descargó otro golpe, se torció a un lado, y volvió a subir. ¡Ahora! Le clavó las espuelas a Trueno, acercándose, y lanzó una estocada con la espada larga con la intención de clavar la punta en la abertura. Pero el hueco desaparecía tan pronto como había aparecido. La punta de la espada arrancó una anilla, y Dunk, de tan estirado que estaba, casi perdió el sitio sobre la silla. El hacha descendía sobre él, sesgando el borde de hierro del escudo de Dunk, aplastando un lado de su yelmo y propinándole a Trueno un golpe oblicuo en el cuello.

El caballo relinchó y retrocedió sobre las patas traseras, con los ojos blancos de dolor, mientras el aroma cobrizo de la sangre llenaba el aire. Golpeó con sus pezuñas herradas en el momento en que *Dosmetros* se acercó. Una cogió a *Ser Lucas* en el rostro, la otra en un hombro. Después, el pesado caballo de guerra cayó sobre su corcel.

Todo sucedió en el espacio de un latido. Los caballos cayeron en una maraña de coces y mordiscos mutuos, agitando el agua y el cieno de debajo. Dunk intentó saltar de la silla de montar, pero se le enredó un pie en el estribo. Cayó con la cabeza por delante, tomando una desesperada bocanada de aire antes de que la corriente de agua se le colara en el yelmo a través de la abertura para los ojos. Su pie seguía enganchado, y sintió un salvaje tirón cuando el forcejeo de Trueno casi le arranca de cuajo la pierna. En un instante se liberó y se dio la vuelta mientras se hundía. Por un momento, braceó impotente en el agua. El mundo se volvió azul, verde y marrón.

El peso de su armadura le hundió hasta que su hombro golpeó contra el lecho del arroyo. Si esto es lo de abajo, la otra dirección es hacia arriba. Las

acorazadas manos de Dunk se agarraron a las piedras y a la arena, y de algún modo consiguió poner las piernas debajo de su cuerpo e incorporarse. Se tambaleaba y chorreaba barro. El agua salió de los respiraderos del yelmo abollado, pero estaba de pie. Aspiró una buena bocanada de aire. Su magullado escudo seguía colgado del brazo izquierdo, pero tenía vacía la vaina y había perdido la espada. Tenía sangre y agua dentro del yelmo. Cuando intentó cambiar el peso, el tobillo le envió una punzada de dolor pierna arriba. Según vio, ambos caballos se habían puesto en pie de nuevo. Volvió la cabeza, bizqueando un ojo a través de un velo de sangre, en busca de su rival. *Se ha ido, pensó, se ha hundido, o Trueno le ha aplastado el cráneo.*

Ser Lucas emergió de repente del agua frente a él, con la espada en mano. Le propinó a Dunk un golpe terrible en el cuello, y sólo el grosor de su gola mantuvo su cabeza sobre los hombros. No tenía hoja con la que responder, sólo el escudo. Se alejó, y *Dosmetros* le siguió, gritando y soltando golpes. El brazo en alto de Dunk se llevó un buen golpe sobre el codo que le durmió el brazo. Un corte en la cadera le hizo gruñir. Mientras retrocedía, una roca bajo su pie se soltó, y cayó sobre una rodilla, con el agua sobre el pecho. Alzó el escudo, pero esta vez *Ser* Lucas golpeó tan fuerte que partió en dos la gruesa plancha de roble, y mandó las astillas sobre el rostro de Dunk. Los oídos le zumbaban y tenía la boca llena de sangre, pero desde algún lugar lejano oyó que Egg gritaba:

—¡A por él, *Ser*, a por él, está justo ahí!

Dunk se echó hacia delante. *Ser* Lucas había echado atrás la espada, preparando otro mandoble. Dunk le embistió en la cintura y le hizo perder pie. El arroyo volvió a tragárselos a ambos, pero esta vez Dunk estaba preparado. Rodeó a *Dosmetros* con el brazo y le empujó al fondo. Subían burbujas desde la visera retorcida y machacada de Inchfield, pero éste seguía forcejeando. Encontró una roca en el fondo del arroyo y comenzó a machacar la cabeza y las manos de Dunk. Dunk rebuscó en su cinturón. ¿También he perdido la daga?, se preguntó.

No, allí estaba. Su mano se cerró sobre la funda y la sacó. La clavó despacio a través del agua chapoteante, de las anillas de hierro y del cuero endurecido debajo del brazo de Lucas *Dosmetros*, girándola cuando estuvo

ensartada. *Ser* Lucas se retorció y sacudió, y la fuerza le abandonó. Dunk le dio un empujón y quedó medio flotando. Sentía fuego en el pecho. Un pez saltó cerca de su rostro, alargado, blanco y delgado. ¿Qué ha sido eso?, se preguntó. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso?

Se despertó en el castillo equivocado. Cuando se abrieron sus ojos, no supo donde estaba. Hacía un frío de mil demonios. Tenía el sabor de la sangre en la boca y una venda sobre los ojos, una tela pesada aromatizada con algún ungüento. Pensó que olía a clavo.

Dunk se toqueteó el rostro y se quitó la venda. Sobre él, la luz de las antorchas jugueteaba contra un alto techo. Los cuervos caminaban sobre las vigas, observándole con pequeños ojos negros y graznándole. Al menos, no estoy ciego. Estaba en la torre de un maestro. Las paredes estaban jalonadas de hileras de hierbas y pociones en jarros de cerámica y vasijas de cristal verde. La larga mesa con caballetes a su lado estaba llena de pergaminos, libros y extraños instrumentos de bronce, todos salpicados con los excrementos de los cuervos de las vigas. Podía oír como murmuraban entre ellos.

Intentó sentarse. Resultó *ser* un gran error. La cabeza le daba tumbos, y la pierna izquierda se quejó en agonía cuando puso sobre ella el más mínimo peso. Tenía el tobillo vendado, y también tenía tiras de lino alrededor del pecho y los hombros.

—Permaneced quieto. —Una cara joven y demacrada de oscuros ojos castaños junto a una nariz ganchuda apareció sobre él. Dunk conocía aquel rostro. Su propietario vestía de gris por completo, con un collar de eslabones en el cuello, una cadena de maestro de muchos metales.

Dunk le cogió de la muñeca.

—¿Dónde...?

—Fosafría —dijo el maestro—. Estabais demasiado grave para volver a Tiesa, así que *lady* Rohanne nos ordenó que os trajéramos aquí. Bebed esto.

—Alzó una copa de... algo... hasta los labios de Dunk. La poción tenía un sabor amargo, como el vinagre, pero al menos se llevó el sabor de la sangre.

Dunk se obligó a beberlo todo. Después flexionó los dedos de la mano de la espada, y luego de la otra. Por lo menos mis manos aún funcionan, y los brazos.

—¿Qué... qué me he lesionado?

—¿Y qué no? —bufó el maestro—. Un tobillo roto, una rodilla torcida, una clavícula rota, magulladuras... La parte superior de vuestro torso está verde y amarilla, y vuestro brazo derecho está cárdeno. Pensé que vuestro cráneo también estaba fracturado, pero parece que no. Y está el tajo de vuestro rostro, *Ser*. Me temo que os quedará una cicatriz. Oh, y os habíais ahogado cuando os sacamos del agua.

—¿Ahogado? —dijo Dunk.

—Nunca creí que un hombre pudiera tragar tanta agua, ni siquiera uno tan grande como vos, *Ser*. Consideraos afortunado de que yo sea hijo del hierro. Los sacerdotes del Dios Ahogado saben cómo ahogar a un hombre y devolverlo a la vida, y yo he hecho un estudio de sus creencias y costumbres.

Me ahogué. Dunk intentó sentarse otra vez, pero no tenía fuerzas. Me ahogué en una corriente de agua que ni siquiera me llegaba al cuello. Se rió, y gruñó de dolor.

—¿*Ser* Lucas?

—Muerto. ¿Lo dudabais?

No. Dunk dudaba de muchas cosas, pero no de ésa. Recordaba cómo la fuerza había abandonado los miembros de *Dosmetros*, de todos a la vez.

—Egg —gimió—. Quiero a Egg...

—Vomitarse es buena señal —dijo el maestro—, pero ahora lo que necesitáis es dormir.

Dunk sacudió la cabeza, y se arrepintió de inmediato.

—Egg es mi escudero...

—¿De verdad? Un muchacho valiente, y más fuerte de lo que parece. Él fue el que os sacó del arroyo. También nos ayudó a sacaros la armadura, y cabalgó con vos en el carro cuando os trajimos. Ni siquiera durmió, sino que se sentó a vuestro lado con vuestra espada en el regazo, por si alguien intentaba haceros daño. Incluso sospechó de mí, e insistió en que yo probara

todo con lo que os alimentaba. Un escudero joven, pero devoto.

—¿Dónde está?

—*Ser* Eustace pidió al chico que le atendiera en el festejo nupcial. No había nadie más a su lado. Hubiera sido descortés por su parte negarse.

—¿Festejo nupcial? —Dunk no comprendía.

—No lo sabéis, claro. Fosafría y Tiesa se reconciliaron después de vuestra batalla. *Lady* Rohanne le pidió permiso al viejo *Ser* Eustace para cruzar sus tierras y visitar la tumba de Addam, y él le concedió tal derecho. Ella se arrodilló ante las moreras y comenzó a llorar, y él se conmovió tanto que se acercó a consolarla. Pasaron la noche entera hablando del joven Addam y del noble padre de mi señora. Lord Wyman y *Ser* Eustace eran muy buenos amigos, hasta la Rebelión de Fuegoscurio. Su señoría y mi señora se casaron esta mañana, y la ceremonia fue oficiada por nuestro buen septon Sefton. Eustace Osgrey es el señor de Fosafría, y su león jaquelado ondea junto a la araña de los Webber en cada torre y muro.

El mundo de Dunk giraba lentamente a su alrededor. Esa poción. Me ha dado algo para dormir. Cerró los ojos, y dejó que todo el dolor le abandonara. Podía oír el graznido mutuo de los cuervos, el sonido de su propia respiración, y también algo más... un sonido suave, monótono, pesado, algo relajante.

—¿Qué es eso? —murmuró somnoliento—. Ese sonido...

—¿Eso? —El maestro aguzó el oído—. Sólo es la lluvia.

No la vio hasta el día de su marcha.

Esto es un disparate, *Ser* —se quejaba el septon Sefton, mientras Dunk caminaba pesadamente a través del patio, cojeando por el pie magullado ayudado de una muleta—. El maestro Cerrick dice que aún no estáis ni medio curado, y con esta lluvia... vais a coger un resfriado, si no os ahogáis otra vez. Al menos esperad que la lluvia amaine.

—Eso pueden *ser* años. —Dunk le estaba agradecido al gordo septon, quien le había visitado todos los días... para rezar por él, en teoría, aunque la mayor parte del tiempo parecía haber sido ocupada con historias y chismorreos. Echaría de menos su lengua suelta y viva y su alegre compañía, pero eso no cambiaba nada—. Necesito irme.

La lluvia caía a su alrededor, miles de fríos látigos grises sobre su espalda. Su capa ya estaba empapada. Era la capa blanca de seda que *Ser* Eustace le había dado, con el borde jaquelado de verde y oro. El anciano caballero se la había prendido una vez más, como regalo de despedida.

—Por vuestro coraje y leal servicio, *Ser* —dijo. El broche que prendía la capa junto a su hombro también era un regalo: una araña de marfil con patas de plata. Sobre su lomo, varios granates engarzados.

—Espero que ésta no sea alguna estúpida caza y captura para atrapar a Bennis —dijo el septon Sefton—. Estáis tan magullado y herido que temería por vos, si ese tipo os encuentra en semejante estado.

Bennis, pensó Dunk con amargura, *el cabrón de Bennis*. Mientras Dunk había estado en su puesto en el río, Bennis había atado a Sam Encorvado y a su esposa, saqueado Tiesa de arriba a abajo, y huido con todo objeto de valor que pudo encontrar, desde candelabros, ropas y armas hasta la antigua copa de plata de los Osgrey y un pequeño cofre con monedas que el anciano había

escondido en sus aposentos detrás de un tapiz mohoso. Dunk esperaba volver a encontrarse algún día con *Ser Bennis* del Escudo Pardo, y cuando lo hiciera...

—Bennis puede esperar.

—¿Adónde iréis? —El septon jadeaba con pesadez. Incluso con Dunk en muletas, era demasiado obeso para igualar su paso.

—Isla Bella. Harrenhal. El Tridente. En todas partes hay sitio para un caballero errante. —Se encogió de hombros—. Siempre he querido ver el Muro.

—¿El Muro? —El septon se quedó helado en el sitio—. ¡Estáis loco de atar, *Ser Duncan*! —gritó, de pie en el barro con las manos extendidas, mientras la lluvia caía sobre ellos—. ¡Rezaré, *Ser*, para que la Vieja ilumine vuestro camino!

Dunk siguió caminando.

Ella le estaba esperando en los establos, de pie junto a las amarillentas balas de paja, con un vestido verde como el verano.

—*Ser Duncan* —dijo cuando él empujó la puerta. Su roja trenza colgaba hacia delante, y el extremo le llegaba a los muslos—. Qué bueno veros en pie.

Nunca me habéis visto acostado, pensó.

—Mi señora. ¿Qué os trae a los establos? Hay demasiada humedad para cabalgar.

—Yo podría deciros lo mismo.

—¿Os lo dijo Egg? —Le debo otro bofetón en la oreja.

—Agradeced que lo hiciera, o hubiera enviado hombres detrás de vos para haceros volver. Sería muy cruel por vuestra parte intentar escabullirse sin ni siquiera un adiós.

No había ido a verle mientras estaba al cuidado del maestre Cerrick, ni una vez.

—Ese verde os sienta bien, mi señora —dijo—. Hace juego con el color de vuestros ojos. —Cambió de peso sobre la muleta con torpeza—. He venido por mi caballo.

—No tenéis por qué iros. Aquí hay sitio para vos, cuando os recuperéis. Capitán de mi guardia. Y Egg puede unirse a mis otros escuderos. Nadie tiene

por qué saber nunca quién es.

—Gracias, mi señora, pero no. —Trueno estaba una docena de estabulaciones más allá. Dunk cojeó hacia él.

—Por favor, reconsideradlo, *Ser*. Son tiempos peligrosos, incluso para los dragones y sus amigos. Quedaos hasta que os recuperéis. —Caminaba a su lado—. También complaceríais a *Ser* Eustace. Os tiene un gran cariño.

—Un gran cariño —afirmó Dunk—. Si su hija no estuviera muerta, querría que me casara con ella. Y entonces, vos podríais *ser* mi señora madre. Nunca he tenido madre, y mucho menos una señora madre.

Durante medio latido de corazón, pareció que *lady* Rohanne iba a abofetearlo de nuevo.

Quizá me despida de una patada.

—Estáis enojado conmigo, *Ser* —dijo, en su lugar—. Debéis permitir que os lo compense.

—Bien —dijo—, podríais ayudarme a ensillar a Trueno.

—Tenía otra cosa en mente. —Estiró la mano para coger la de Dunk, una mano pecosa, de dedos firmes y delgados. Apuesto a que tiene pecas por todo el cuerpo—. ¿Cuánto sabéis de caballos?

—Cabalgo en uno.

—Un viejo caballo criado para la guerra, de patas lentas y mal temperamento. No es un caballo para moverse de lugar en lugar.

—Cuando tengo que moverme de lugar en lugar, es él o éstos. —Dunk apuntó a sus pies.

—Tenéis los pies grandes —observó ella—. También manos grandes. Seguro que sois grande por todas partes. Demasiado para la mayoría de los palafrenes. Parecerían ponis con vos montado en sus lomos. Sin embargo, una montura veloz os servirá bien. Un gran corcel, con algo de sangre dorniana para mejorar su resistencia. —Apuntó a la estabulación enfrente de la de Trueno—. Una montura como ésa.

Se trataba de una yegua baya de ojos vivos y largas crines salvajes. *Lady* Rohanne se sacó una zanahoria de la manga y acarició su cabeza mientras se la daba.

—La zanahoria, no los dedos —le dijo a la yegua, antes de volverse hacia Dunk—. Su nombre es Llama, pero podéis bautizarla como os plazca.

Llamadla Compensación, si lo deseáis.

Por un momento, Dunk se quedó sin habla. Se apoyó sobre la muleta y miró a la yegua baya con nuevos ojos. Era magnífica. Una montura mejor que cualquiera que hubiera tenido el anciano. Sólo había que mirar aquellas patas largas y limpias para saber lo rápida que sería.

—La he criado para *ser* bella, y rápida.

Él se volvió hacia Trueno.

—No puedo aceptarla.

—¿Por qué no?

—Es una montura demasiado buena para mí. No hay más que mirarla.

El rubor subió al rostro de *Lady Rohanne*. Se agarró la trenza, retorciéndola entre los dedos.

—Tenía que casarme, lo sabéis. La voluntad de mi padre... Oh, no seáis tonto.

—¿Qué más puedo *ser*? Tengo la mollera tan dura como la muralla de un castillo, y también soy un bastardo.

—Llevaos el caballo. Me niego a dejaros ir sin algo que os recuerde a mí.

—Os recordaré, mi señora. Por eso no temáis.

—¡Lleváosla!

Dunk le agarró la trenza y tiró de su rostro hacia el suyo. Fue complicado con la muleta y la diferencia de altura. Casi se cayó antes de que sus labios tocaran los de ella. La besó con fuerza. Una de las manos de ella le rodeó el cuello, y otra se apoyó en su pecho. Él aprendía más acerca de los besos en un momento de lo que nunca había aprendido mirando. Pero cuando al fin se separaron, él desenvainó su daga.

—Ya sé lo que quiero para recordaros, mi señora.

Egg estaba esperándole en la valla, montado en un precioso palafrén alazán mientras sujetaba las bridas de Maestra. Cuando Dunk se acercó trotando sobre Trueno, el chico pareció sorprendido.

—Ella dijo que quería regalaros un caballo nuevo, *Ser*.

—Ni siquiera las damas de alta cuna consiguen siempre lo que quieren —dijo Dunk, mientras atravesaban el puente del castillo—. No era el caballo que quería. —El foso estaba tan lleno que amenazaba con desbordarse—. En su lugar, me llevé otra cosa para recordarla. Un mechón de ese cabello pelirrojo.

Buscó bajo su capa, sacó la trenza, y sonrió.

En la jaula de hierro del cruce de caminos, los cadáveres seguían abrazados. Parecían solitarios, melancólicos. Hasta las moscas los habían abandonado, también los cuervos. Sólo quedaban algunos restos de piel y cabello sobre los huesos de los hombres muertos.

Dunk se detuvo y frunció el ceño. Le dolía el tobillo de cabalgar, pero no le importaba. El dolor era parte esencial de la caballería, al igual que las espadas y los escudos.

—¿Hacia dónde está el sur? —le pregunto a Egg. Era difícil saberlo, ya que el mundo estaba cubierto de lluvia y barro, y el cielo era gris como una pared de granito.

—Ese es el sur, *Ser* —apuntó Egg—. Y ese, el norte.

—Refugio Estival está al sur. Tu padre.

—El Muro está al norte.

Dunk le miró.

—Es un largo viaje.

—Tengo un caballo nuevo, *Ser*.

—Así es. —Dunk tuvo que sonreír—. ¿Y para qué quieres ver el Muro?

—Bueno —dijo Egg—, he oído que es alto.

FIN



GEORGE R. R. MARTIN (20 de septiembre de 1948, Bayonne, Nueva Jersey, Estados Unidos). Hijo de un estibador de familia humilde, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en Periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la luz*, obra cumbre de la ciencia ficción mundial, aclamada por crítica y público. Desde 1979 se dedica completamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya* o *El Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco usuales en el género como la amistad, la lealtad, el amor o la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos, pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de *Wild Cards*, antología de mundos compartidos con temática de superhéroes de gran prestigio.

A partir 1986 colabora escribiendo guiones y como asistente para series de televisión como *The Twilight Zone* o *Beauty and the Beast*, así como en la producción de diversas series y telefilmes. En 1996 inicia la publicación de

serie la de fantasía épica *Canción de hielo y fuego*, récord de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

De entre su obra cabría destacar, además de sus relatos cortos y novelas de ciencia ficción y horror, su saga fantástica *Canción de Hielo y Fuego*, de gran éxito internacional y que ha sido adaptada a la televisión por la productora HBO.